

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

15

Conferencias de Historia Habanera.

1ª Serie: Habaneros Ilustres.

IV



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORADOR
DE LA HABANA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

Dirigidos por

Emilio Roig de Leuchsenring

Historiador de la Ciudad de La Habana

15

CONFERENCIAS DE HISTORIA HABANERA

1ª SERIE: HABANEROS ILUSTRES

IV

**Antonio Medina, el Don Pepe de la raza
de color,**

por Angelina Edreira de Caballero.

**Juana Borrero, la adolescente atormentada,
por Angel I. Augier.**

**José Manuel Mestre. La Filosofía en La
Habana,**

por Carlos Rafael Rodríguez.

**Arango y Parreño. Ensayo de interpre-
tación de la realidad económica de Cuba,**

por Enrique Gay - Calbó.



MUNICIPIO DE LA HABANA

Administración del Alcalde

Dr. Antonio Beruff Mendieta

1938

IPD
**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Nota preliminar.

En el presente Cuaderno ofrecemos las siguientes Conferencias de Historia Habanera, de la serie sobre Habaneros Ilustres, que por nosotros organizadas, se celebraron en el Palacio Municipal durante los últimos meses de 1936 y primeros de 1937:

Antonio Medina, el Don Pepe de la raza de color, *por Angelina Edreira de Caballero.*

Juana Borrero, la adolescente atormentada, *por Angel I. Augier.*

José Manuel Mestre. La Filosofía en La Habana, *por Carlos Rafael Rodríguez.*

Arango y Parreño. Ensayo de interpretación de la realidad económica de Cuba, *por Enrique Gay-Calbó.*

Las anteriores conferencias de esta serie fueron editadas en los Cuadernos 7, 8, 9, 11 y 13.

La conferencia sobre José de la Luz y Caballero y la orientación de sus enseñanzas, por Francisco González del Valle, será publicada en el Cuaderno 16, (III del Ideario Cubano), en el que aparecerá también la colección completa, y en su mayor parte inédita, de los Aforismos de Luz y Caballero.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENBRING,
Historiador de la Ciudad de La Habana.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Antonio Medina y Céspedes, el Don Pepe de la raza de color,

por Angelina Edreira de Caballero.

Causas irremediables nos privan de la presencia de nuestro gran poeta, Nicolás Guillén, designado para tratar del tema a que corresponde hoy el turno en esta serie de conferencias; y aunque sé que no he de poder sustituirlo con eficiencia, me encuentro, sin embargo, hoy aquí, para hablarles sobre Antonio Medina y Céspedes.

Un doble motivo me impulsa a ello: uno, quizás no debiera confesarlo, es que no he podido privarme del halago que para mí significa estar ante ustedes, y el otro es que, para hablar de Antonio Medina y Céspedes, quiero estar siempre en las avanzadas.

Benevolencia, pues, y comencemos nuestro tema.

Antonio Medina y Céspedes fué el primer hombre de la raza de color que sostuvo durante muchos años en la ciudad de La Habana la más notable institución cultural dirigida por un hombre de su raza.

Nació en esta capital, en la calle de Jesús María N° 34 el día 13 de junio de 1824, y reza en su fe de bautismo que sus padres fueron el pardo ingenuo Felipe Medina García, y María del Rosario Céspedes de Medina. Nació pues, libre, ya que sus padres lo eran: bien sabeis que sólo se llama ingenuos a aquellos que nunca fueron esclavos, diferenciándolos, con ese calificativo, de los libertos.

Su padre sostenía con mediana comodidad su hogar, aunque el niño que vino a aumentar su felicidad y su alegría, poco tiempo pudo disfrutar de ese bienestar. Sin traspasar aún los um-

brales de la infancia, sin juicio para discernir, sin fuerzas para trabajar, cuando sólo contaba cinco años de edad, el hado ingrato lo señaló como una de sus víctimas, y su dicha comenzó a enturbiarse al perder al autor de sus días.

Mas como no todo había de ser desgracia para él, María, su buena madre, multiplicó sus afanes, acrecentó sus fuerzas en proporción directa a su cariño, y privándose casi siempre de descanso, dedicada a labores de aguja, trabajó para sostener su hogar y educar al hijo de sus desvelos.

Cuando cumplió Medina siete años, su madre lo puso en una escolita de primeras letras, en una de esas escolitas del siglo pasado, que no guardaban ni condiciones higiénicas ni pedagógicas; pero que, a pesar de todo, eran las únicas instituciones culturales que como "gracia especial" tuvieron a su alcance, algunas veces—no todas, no obstante disponerse a pagarlas muy bien—, los hombres negros, pues en muchas circunstancias hasta eso les era negado.

Dos años estuvo en esa escolita, y al cumplir los nueve, multiplicando sus afanes bajo el acicate del cariño, pudo su madre lograr que ingresara como alumno en el colegio de primera enseñanza que en el Convento de Belén sostenían los Padres Belemitas.

Antonio Medina y Céspedes era un niño de carácter dulce, dócil y muy virtuoso. Criado en un medio religioso, y relacionándose sólo con personas de buenas costumbres, sus naturales condiciones tuvieron ancho campo donde florecer, y se esforzaba, a pesar de sus pocos años, en aprovecharse de las enseñanzas que recibía, pagando con su aplicación los desvelos y privaciones constantes que en bien suyo su madre se impusiera.

Tres años estuvo con los Padres Belemitas, y durante ese tiempo logró desarrollar notablemente su mentalidad, y su afición por todo lo que fuera trabajo intelectual. Mas, careciendo de bienes de fortuna, tuvo que dedicarse en temprana edad a una ocupación lucrativa, para poder ayudar, primero, y sustituir, después, en el sostenimiento del hogar, a su buena madre.

A los doce años abandonó aquellas aulas donde fuera un estudiante modelo y donde había sabido captarse el cariño y las simpatías de todos los que le trataron, para cambiar los bancos del aula por la mesa del taller, y entrar en casa del maestro sas-

tre Salinas, con el propósito de aprender bajo su dirección las habilidades de su oficio.

Hay que ponerse en el caso de Medina para poder comprender lo que significaría para él ese cambio de ocupación. Niño precoz, de inteligencia desarrollada, con vocación por los estudios, sin poder comprender claramente, por su juventud, lo que son la necesidad y los imperativos del destino, veíase obligado a dejar todo lo que constituía sus ideales para comenzar a tan temprana edad a luchar por la vida.

Sin embargo, si obligatoriamente dedicaba todas las horas del día a las labores propias de un sastre, no bien tenía un rato libre, tomaba sus libros y repasaba todo lo que había aprendido en las escuelas.

La vida del aprendiz de trabajo manual siempre ha sido dura, y lo es aún hoy: pero entonces lo era mucho más. Había la costumbre de turnarse para hacer guardias nocturnas, durante las cuales se adelantaban los trabajos que había pendientes. Luego, las horas de descanso eran escasas, y el mérito de los que, como Medina, en vez de dedicarlas a su solaz y esparcimiento las utilizaban en el estudio, era aun mayor.

Compañeros suyos de taller eran Antonio Zaragoza, Anselmo Font y Anselmo Ureta, y juntos, además de estudiar, se entretenían en hacer versos, afición muy común entonces en todos los que tenían alguna cultura. Sostenían todas íntimas relaciones con el poeta Manzano y con nuestro bardo inmortal, Gabriel de la Concepción Valdés. La admiración que sentían por estas dos grandes figuras de nuestra literatura era tan grande y espontánea, que uno de sus mayores placeres era pasar las horas libres oyendo al poeta-mártir recitar sus versos, a Manzano improvisar sus endechas, o charlar animadamente sobre asuntos literarios.

Medina y sus amigos trataban de imitar a Plácido; a cada paso repetían sus versos de memoria, e inconscientemente fué despertándose en Antonio Medina y Céspedes una afición extraordinaria hacia las bellas letras, y desarrollándose en él la vocación poética.

Una buena oportunidad se presentó en la vida de Antonio Medina para desviar su destino de los trabajos manuales hacia las ocupaciones intelectuales. Sólo catorce años contaba cuando sabía ya de sastrería todo lo que su maestro podía enseñarle, y

buscando como aumentar sus ingresos logró que lo admitieran como operario de sastrería en el teatro *Tacón*, donde era maestro sastre el también pardo José Santos Flores.

Este hecho tuvo trascendencia extraordinaria en su vida, y dirigió su vocación hacia nuevos rumbos. En el teatro *Tacón*—¡el teatro que construyera Pancho Marty!—se daba cita todas las noches en que había función el elemento más culto, selecto y rico que existía en Cuba en la primera mitad del pasado siglo.

El ambiente que desde ese momento rodea la vida de Medina era notablemente favorable a su desarrollo intelectual. Durante las horas del día, el trato íntimo con los artistas—algunos verdaderas notabilidades—, con los autores de obras teatrales y gente de letras que visitaban el teatro en las horas de ensayo, le hacía desear imitarlos; sus gestos, sus frases, sus giros en el lenguaje, fueron refinándose y lo que era en sus comienzos ligera vocación por saber, se convirtió en ansia intensa y propósito decidido por hacer lo que esos literatos realizaban. Durante las horas de la noche—; las noches de función del teatro *Tacón* en el siglo pasado!—en las que podía admirar de cerca cuanto de fino y escogido poseía la sociedad habanera, pasando ante su vista como un panorama de un cuento de hadas o de *Las Mil y Una Noches*, la belleza del rostro y la proporción de formas de la mujer cubana, entre el *fru-fru* de las sedas, la armonía de los colores de los lujosos trajes, el brillo de las piedras preciosas que adornaban los torneados brazos, los redondos hombros o los negros cabellos de las damas, junto a la corrección de los hombres de rigurosa etiqueta, en un ambiente cargado de perfumes y profusamente iluminado por centenares de bujías que pendían del techo, era espectáculo que elevaba su mente, refinaba su espíritu y despertaba en él nuevas aspiraciones, hasta el punto de que decidió ingresar en una Academia nocturna para aumentar sus conocimientos sobre gramática, aritmética, retórica, latín y francés.

Para darse cuenta del esfuerzo que esto significa, es necesario recordar los grandes sacrificios que le representaría a Medina, teniendo por su oficio pocas horas libres, pagando los maestros a más alto precio, por ser él de color, y luchando con dificultades y obstáculos de toda índole en un país de esclavistas.

Dos años después, tuvo la desgracia de perder a su madre, dolor inmenso del que nunca se consoló. En medio de su enorme

pena, él, que ya hacía ensayos literarios, exacerbada su sensibilidad artística por su angustia, dedicóle una composición que tituló *Lágrimas de dolor*, donde demuestra un cariño tan elevado y tan hondo hacia la autora de sus días, que pudiera ponerse de ejemplo de loa al amor filial.

¿Adónde, adónde la insegura planta
Dirigiré en mi duelo?
¿Dónde hallaré consuelo
A tan grande pesar y angustia tanta?

Mujeres ¡ay! encontraré sin cuento
Que me brinden su amor y su ternura;
Pero otra madre cariñosa y pura
Crearla sólo puede el pensamiento.

Hoy que mi pecho oprimido
Sólo alimenta pesares
Por hallar algún consuelo
Voy por el mundo a lanzarme,
Y con voces lastimeras,
Aunque el llanto me ahogare,
Por todas partes iré
Como peregrino errante,
Demandando compasión
Porque ya no tengo madre.

Hombres que tenéis amor,
Y conocéis lo que vale
Ese afecto, siendo puro
Desinteresado y grande,
Si perdisteis algún día
Lo que con delirio amásteis,
Volved los ojos a mí,
Y si observáis un instante,
Os moveré a compasión
Porque ya no tengo madre.

Tórtola tierna, que lloras
Debajo de aqueste sauce,
La pérdida de un polluelo
Que cariñosa criaste,
Creyendo que no hay dolor
Que con el tuyo se iguale,
Mucho te equivocas, mucho,
Porque es el mío más grande,
Tú podrás tener más hijos,
Mas yo no tendré otra madre.

Pajarillos trinadores
 Que eleváis vuestros cantares
 Hasta el solio del Eterno
 Para rendirle homenaje;
 Hoy por mí entonad un himno
 Melancólico y suave,
 En que pidáis al Señor
 Con vuestro dulce lenguaje,
 Que tenga piedad de mí
 Porque ya no tengo madre.

Prados risueños, que siempre
 Me visteis tierno y constante
 Buscar una hermosa flor
 En vuestras angostas calles
 Por que luciera en el seno
 De una virgen de Almendares:
 Dadme hoy una flor preciosa,
 Eterna, pura, inmutable
 Para adornar el sepulcro
 De mi idolatrada madre.

Albas y firmes montañas,
 Frondosos y extensos valles,
 Que alegres en otros tiempos,
 Mis cántigas escuchasteis;
 No extrañéis que el corazón
 Continuos suspiros lance,
 Y pues ya no soy feliz,
 Tan sólo os dirá este vate
 "Tened compasión de mí,
 Ya me veis, no tengo madre".

Unos cuantos años después, en 1842, contando sólo dieciocho años, comenzó Medina a publicar el primer periódico que se imprimió en Cuba dirigido por un hombre de color. El periódico se llamaba *El Faro*, y era exponente fiel de los progresos de nuestra raza en aquella época, progresos evidentes e imposibles de ocultar, a pesar de la ignorancia en que yacía el número inmenso de esclavos todavía existente en Cuba. Precisamente por eso, el esfuerzo de Medina y de los que, como él, estudiaban y escribían, era más notable, porque tenían que luchar en un medio hostil, donde la instrucción les era negada, y el mérito desconocido, aunque, para satisfacción de la humanidad, existían algunos cuba-

nos blancos y algunos españoles que los estimulaban a proseguir por ese camino. Yo estoy con Martí cuando dice:

El vil no es el esclavo, ni el que lo ha sido, sino el que vió este crimen, y no jura, ante el Tribunal certero que preside en las sombras, hasta sacar del mundo la esclavitud y sus huellas.

En el mencionado periódico,—del que se conservan varios ejemplares en la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País,—colaboraban algunos escritores blancos, como Don Antonio Zambrana, que le honraba con leal amistad y calurosa admiración, y el Sr. Stanisla, redactor del *Diario de la Marina*.

Las relaciones que ahora cultivaba Medina eran más selectas, y esto contribuía a refinar su espíritu de manera extraordinaria. Su amistad con hombres blancos notables de aquella época, como Don José Nicolás Gutiérrez y Hernández, doctor en medicina, catedrático de Anatomía, uno de los fundadores de la Academia de Ciencias, y su primer presidente, “lustre de su patria y honra de la ciencia de curar de la Isla de Cuba” según Bachiller y Morales; los hermanos González del Valle, de mentalidad tan cultivada: Fernando, Decano de la Facultad de Medicina y fundador de la Cátedra de Cirugía de la misma; Ambrosio, también notabilísimo médico, y José Zacarías, a quien llama un conocido bibliógrafo, “profundo filósofo, abogado elocuente, delicado poeta y publicista distinguido”; y sobre todo, con Manzano, Plácido y otros poetas, le servían de acicate para estudiar y perfeccionarse. Proseguía sus clases y llegó a adquirir vastos conocimientos y a dominar el francés.

El, que—como hemos visto—ya escribía versos, decidió en 1843 publicar su primer tomo de poesías, en el que como epígrafe dice:

Es de mi lira, este primer saludo,
Hijo del corazón, no del estudio.

Una de las poesías más conocidas de ese tomo es la titulada *Una Visita al Cementerio*, donde con elevados conceptos y profundo sentido filosófico, como lo demuestra el siguiente fragmento, dice:

Salve, morada augusta, donde yacen
Los restos fríos del mortal que fué,
Donde eterno descanso todos hacen
Entre el inundo polvo que se ve.



Dejadme contemplar un solo instante
 La pompa y el orgullo mundanal,
 Escuchando su grito altisonante
 Confundido en la losa sepulcral.

Aquí yace el humilde, el orgulloso,
 El mísero pastor aquí también;
 El que galas vistiera, el andrajoso,
 La que ostentó coronas en su sien.

Aquí la tierna virgen, la ramera
 Que insultó la virtud con su maldad;
 Aquí principian todos la carrera
 Que los hace alcanzar la eternidad.

¡Oh mortales! venid, hurtad un rato
 Al efímero encanto del placer,
 Y veréis en las tumbas al boato,
 La gloria y esplendor que eran ayer:

Veréis a la belleza convertida
 En débil y fatídica visión,
 Por inmundos gusanos carcomida
 Que se lanzan avaros en montón.

Veréis a la opulencia destrozada,
 Sin honores, sin fuerzas ni oropel,
 Envuelta entre las sombras de la nada
 Y sirviendo a la muerte de escabel.

Veréis la vida con incierto paso
 Junto a la abierta fosa divagar,
 Hasta llegar a hundirse en el ocaso
 Sin volverse otra vez a levantar.

Y en el rugir del fugitivo viento
 Escucharéis su postrimer adiós,
 De los pinos al tétrico concierto,
 Que se aleja, se pierde y vuelve a nos.

Y tomando una inmundada calavera
 Exclamaréis, cual exclamara yo,
 Al ver deshecha la ilusión primera
 Que en tiempos más felices nos causó.

Exclamaréis, el pecho enristecido,
 Y oprimido tal vez por el dolor:
 “¡Aquí se ve tu encanto desmentido,
 Y tus glorias, oh mundo engañador!”



“En estos hondos huecos, donde ahora
El vil insecto roedor está,
Brilló una luz, cual de boreal aurora
Que a brillar otra vez no volverá.

“Mientras son del mundo los ensueños,
Su adorno y su hermosura, vanidad,
Son sus goces letárgicos beleños:
Sólo yace en la tumba la verdad.

“Sólo encontrar aquí pudiera el hombre
Un desengaño a su mentido error,
Y viera hollado su fingido nombre
Entre el inmundo polvo con horror.

“Y elevará su espíritu hasta el cielo
Contemplando de Dios la Majestad,
Exclamando postrado y sin consuelo,
¡Piedad, Señor, de un infeliz, piedad!”

Piedad, Señor, la miserable escoria
Cual águila altanera se elevó,
Quiso trepar a la esplendente gloria
Y a tu sola mirada descendió.

Rodó al abismo donde fué creada,
Donde tu puro aliento le dió ser:
Tornóse al negro caos de la nada...
¡Cuán diferente de lo que era ayer!

Un año después de la publicación de su tomo de poesías sufrió Medina un rudo golpe moral del que tardó mucho en repone-erse. Hay que considerar, para darse cabal cuenta de su estado de ánimo, su carácter, no excepcional entre los hombres de color cultos de aquella época: bondadoso al mismo tiempo que melancólico. Quizás si se manifestase en ellos un poco el atavismo: los ascendientes africanos, influyendo determinadamente en su psiquis, tornaban en melancolía la nostalgia que ellos sufrieron: quizás, también, si el espectáculo de tanta iniquidad y de tanta injusticia como el que constantemente observaban a su alrededor, les hacía desconfiar tristemente de la bondad humana y de la verdad que encierran las doctrinas de Jesús.

Manzano, en este soneto, simboliza muy exactamente esa melancolía de que acabo de hablar:

Mis Treinta Años

Cuando miro el espacio que he corrido
Desde la cuna hasta el presente día,
Tiembo y saludo a la fortuna mía,
Más de terror que de atención movido.

Sorpréndeme la lucha que he podido
Sostener contra suerte tan impía,
Si tal puede llamarse la porfía,
De mi infelice ser, al mal nacido.

Treinta años ha que conocí la tierra,
Treinta años ha que en gemidor estado
Triste infortunio por doquier me asalta.

Mas nada es para mí la cruda guerra
Que en vano suspirar he soportado
Si la comparo ¡Oh Dios! con lo que falta.

Un íntimo amigo de Medina, Gabriel de la Concepción Valdés, acusado de dirigir una conspiración de hombres de color contra hombres blancos, fué condenado a muerte. En su proceso se vieron complicados casi todos los de su raza que mostraran algún valer y posición. Puede decirse, siguiendo a Calcagno y Vidal Morales, que casi todos los negros "ricos" se vieron comprometidos. Se negociaba con la conspiración, la venalidad de los jueces más tarde se comprobó; de los que intervinieron en el proceso, algunos se suicidaron al hacerse posteriormente una investigación, y fué manifiesta la exclusión de la causa de todo acusado que dió dinero a los funcionarios judiciales. Esto fué, en síntesis, la llamada *Conspiración de la Escalera*; así se desenvolvió lo que un alma, seguramente aborto del infierno, malignamente fraguó.

Pero sus resultados fueron sencillamente espantosos. La clase profesional cubana, los intelectuales, los estudiantes, sin distinciones de matices ni de raza, tienen sus mártires: los ocho inocentes jóvenes estudiantes de Medicina inmolados una fría mañana del mes de noviembre de 1871, para satisfacer la sed de sangre de la bárbara soldadesca española. La raza de color cubana tiene también

sus mártires: los once hombres, que en plena virilidad, fueron vilmente ajusticiados en la mañana del 28 de junio de 1844 en la ciudad de Matanzas. Plácido, poeta de reconocida fama, genial autor de *Jicotencal*, *La Siempreviva*, *La Sombra de Padilla*, *La Flor de la Caña*, etc., erigido en jefe de la conspiración por la aversión que le demostró el general Tacón desde que llegó a regir los destinos de la Isla, por ser “raro en todo, en su origen, en su genio, en su muerte”; Andrés Dodge, educado en Londres, dentista graduado de la facultad de París; Santiago Pimienta, que “había heredado un ingenio con sus correspondientes esclavos”, y cuñado de Dodge; José Miguel Román, Jorge López, Pedro de la Torre, Manuel Quiñones, Antonio Abad, Bruno Izquierdo, Miguel Naranjo y José de la O García, y otros hasta el número de 67, entre ellos una mujer—los héroes anónimos de toda jornada—, que fueron ejecutados por esta causa, y sus bienes confiscados.

Las persecuciones que se iniciaron contra la raza de color con motivo de la *Conspiración de la Escalera* llegaron a tomar tal cariz que pueden compararse, sin exagerar, con las que inició Nerón contra los cristianos. Recordemos que unas dos mil personas de color sufrieron diversas penas a causa de este proceso, sin contar las que se vieron meramente comprometidas. En Roma, se llevaba a los devotos de Jesús al Circo para que los devorasen las fieras; en Cuba en el año 1844—casi a mediados del siglo XIX,—se hacían cazar por perros a los meramente sospechosos o maliciosamente acusados de estar complicados en aquella conspiración.

El terror se propagó entre la raza de color y tomó enorme magnitud. Llamaba la atención todo hombre negro que despuntase por su cultura, por su inteligencia, por su independencia de carácter. Dice Calcagno:

Para ciertas inteligencias malo es ser esclavo, pero es mil veces peor ser esclavo despierto: un esclavo que piensa es una protesta viva, es un Juez mudo y terrible que está estudiando el crimen social, no le tememos porque le conservamos bien desarmado, pero nos avergonzamos ante él.

Medina no podía dejar de contagiarse del pánico existente: era de los amigos de Plácido, como él, era poeta, poseía conocimientos, había cultivado su espíritu, y fué también perseguido. Y aún muchos años después, cuando hablaba de esta época, di-

cen los que le trataron que su mirada se obscurecía como si mentalmente presenciara tan tristes hechos, como si una visión lejana trajera al primer plano de su conciencia los once banquillos donde, atados, Plácido y sus diez amigos sufrieron el martirio, y que sus labios, temblorosos entonces, balbuceaban: “¡Oh! el 44, no saben ustedes lo que fué el 44!”

Tan grave crisis lo dejó desorientado por algún tiempo. Su bondad característica y la natural ternura de su alma le hacían sentir con infinita pena, por un lado, su soledad y su orfandad, y por otro lado, la situación de su raza. Por esto es que, deseando encauzar su vida por firmes derroteros, enamorado de una joven de grandes virtudes morales y muy agraciada, contrajo nupcias con ella en el año 1848.

Hasta esta fecha su posición económica estaba muy lejos de ser próspera; es verdad que no llegaba a la miseria, pero tampoco a la holgura. Era un vivir mediano; lo que ganaba en su oficio de sastre consumíalo, mientras vivió su madre, en sostenerse y en sostenerla; y después de su matrimonio tuvo que multiplicar sus esfuerzos para poder cubrir sus gastos y los de la familia que creó. Familia que llegó a ser numerosa, pues de su feliz unión llegó a contar trece hijos.

Fué en estos momentos de intensa lucha por el pan cotidiano, cuando más demostró su fortaleza moral y su gran constancia y resignación cristiana. Para demostrar que los efectos del trabajo y la agonía de la miseria no les eran desconocidos, escribió un soneto, para mí de lo mejor de su producción, que al igual que los titulados *Amor a Dios* y *La Oración del Huerto*, fué traducido al inglés. En él pinta Medina con tal realidad lo que para él era la pobreza, lo a menudo que la tuvo a su lado, y sus afanes por librarse de tan poco agradable compañía, que no quiero privar a ustedes del placer de oírlo.

La Pobreza

Llegó a las puertas de mi casa un día,
el cabello disperso, acongojada,
una débil mujer, que recatada,
con las manos el pecho se cubría.



Por su mejilla pálida corría
un abundante llanto, y la cuitada,
sin levantar su frente descarnada
un ¡ay! lanzó que el corazón partía.

De un pánico terror sobrecogido,
y por darle un consuelo a su tristeza,
la causa pregunté de aquel gemido.

Y al instante me dijo: “A Dios implora
que su ayuda te dé: Soy la Pobreza,
te vengo a visitar, conmigo llora”.

Y así era en verdad: por su desgracia la pobreza fué mucho tiempo para él una fiel compañera.

*

No obstante, hubo en su existencia un período de bienestar. Iniciemos el segundo acto de la historia de su vida. Al alzarse nuevamente el telón, la decoración ha cambiado: la tristeza va a ser sustituida por la esperanza y la alegría, las pardas nubes que acompañan a la desilusión se desvanecen ante los derroches de luz y los tornasoles de una aurora de prosperidad.

El puro amor que sentía por su virtuosa esposa María Modesta Valdés y el concurso que ella le prestaba, ayudándole en cuanto podía para que realizara sus afanes, produjeron en él legítima ambición por conquistar más elevadas posiciones, y le dieron fuerzas con que llevar a feliz término sus propósitos.

Si, adolescente, robaba al sueño y al descanso sus mejores horas por perfeccionar su instrucción, ahora, con mayor juicio, jefe de una familia, con ineludibles obligaciones para con ella, acrecentó sus desvelos, realizó toda clase de sacrificios, estudiando hasta altas horas de la noche, a la luz de un modesto quinqué, junto a la que, arrullando a uno de sus pequeños hijos, le alentaba María con su amorosa mirada.

De tal manera se esforzó, que en 1850, es decir, dos años después de su matrimonio, se examinó ante un tribunal presidido por el presbítero canónigo Amieva, obteniendo el título de Maestro de Instrucción Elemental.

Estableció entonces Antonio Medina y Céspedes en la casa Empedrado 35, en esta ciudad, un colegio que llamó *Nuestra Señora de los Desamparados*, y que dirigió hasta el año 1878.

Pronto adquirió fama el plantel. Era una garantía para el elemento de color tener a sus hijos estudiando en una institución dirigida por un hombre de su misma raza, donde al par que la instrucción, no recibían más que ejemplos de moralidad y buenas costumbres, al mismo tiempo que no se sentían vejados ni tratados como seres inferiores por pertenecer a otra raza; de tal modo que, aumentando el número de alumnos y deseando locales más amplios, primero lo trasladó para Compostela 28, y después a Chacón 16.

Trataba Medina a sus discípulos con su bondad característica, como si fuera el padre cariñoso que vela y aconseja; pero les exigía el cumplimiento de sus deberes de estudiantes. Les estimulaba con sus frases encomiásticas, y ni aún a los torpes desanimaba: era el amigo que guía, no el censor que castiga.

Su disciplina liberal despertaba el amor hacia su persona y hacia la institución, y la figura del "señor maestro" se agrandaba enormemente ante los ojos expectantes de la joven generación que asistía a las aulas del colegio *Nuestra Señora de los Desamparados* y cuando, ya mayores, abandonaban la escuela, seguían tan ligados a ella, que sin necesidad de formar, como ahora se estilaba, una asociación de ex-alumnos, en los ratos que les dejaban libres sus ocupaciones, ya de día, ya de noche, concurrían al plantel para visitar a Medina.

Las clases ofrecidas en el colegio no se reducían a las asignaturas comprendidas en la instrucción primaria, pues también se estudiaba música, dibujo, pintura, calistenia, declamación y las asignaturas de la segunda enseñanza. Muchos peninsulares deseosos de completar su instrucción, atraídos por la fama que conquistaba rápidamente Medina, asistían por las noches al Colegio para que aquél les diera clases particulares.

Su valer como maestro fué aumentando a través de los años y del éxito del colegio. Su nombre, ya conocido entre los hombres de letras, y aureolado entonces por su nuevo apostolado, llegó a todos los ámbitos de la ciudad, llegando a ser tan conocido del elemento de color como del blanco.

Entre este último elemento había una figura venerada, Don José de la Luz y Caballero, el mentor de la generación heroica que llevó a cabo la epopeya del 68, e inconscientemente fué el pueblo parangoneando el nombre de Medina con el de Luz: se fué equiparando la labor que realizaba Don José de la Luz entre los de su raza, con la que hacía Medina entre los de la suya, y comenzó a llamársele “el Don Pepe de la raza de color”, sobrenombre glorioso que mejor que ningún otro elogio determina su misión en el momento histórico en que vivió.

Es verdad que Don Pepe, apóstol de la enseñanza—según dice un biógrafo—cuya irreparable pérdida jamás será llorada en cuanto él lo merecía y cuyo nombre conservará siempre entre nosotros, el don de despertar en el alma inefables emociones de admiración y simpatía,

todo lo tuvo a su favor. La naturaleza lo dotó de dones extraordinarios: inteligencia, bondad, acrisolada virtud, amor al estudio, y sobre todo, de un gran amor a la humanidad. Pero también el destino le presentó oportunidades de las que él supo sabiamente aprovecharse.

Mientras que Don José de la Luz y Caballero, perteneciente a la raza blanca, tuvo por mentor desde sus más tiernos años a su tío, el presbítero Don José Agustín Caballero, (el primer orador sagrado de Cuba por su elocuencia, “tan erudito en las ciencias eclesiásticas como entendido en la Filosofía”), a los doce años comenzó a estudiar Filosofía, a los dieciséis se graduó de Bachiller en Artes, fué discípulo del Padre Varela, graduado Bachiller en Derecho, desempeñó la Cátedra de Filosofía en el Colegio Consiliar, después del ilustre escritor José Antonio Saco; viajó por los EE. UU., Inglaterra, Escocia, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza, Austria e Italia, cultivando valiosas relaciones con los sabios más notables de esos países extranjeros en aquella época. Antonio Medina y Céspedes, descendiente de africanos—no había que ascender mucho entre sus antepasados para encontrar al esclavo,—pertenecía a una raza vilipendiada, despreciada y perseguida, y todo hubo de conquistarle: en plena niñez tuvo que cambiar los bancos de una modesta escuelita de primeras letras por la dura mesa del taller, y pudiera decirse que todo conocimiento que adquirió, que todo principio que llegó a comprender,

que todo razonamiento que dedujo, estaba alimentado con su propia sangre, con savia de su vida, pues eran conquistados a costa de su reposo corporal, torturando su sueño con largas vigiliias, extenuando su cuerpo con sacrificios materiales impuestos a su organismo.

Cabe pensar: ¡a dónde hubiera podido llegar Antonio Medina y Céspedes dentro del ramo de la enseñanza, si se hubiera movido en un medio menos hostil! Tal vez, si las circunstancias le hubieran favorecido, su nombre, en alas de la fama hubiese recorrido el orbe entero, porque en él había lo que un artífice llamaría materia prima, y porque hizo de su profesión, como recomendaba el mismo Don Pepe, un sacerdocio.

El mérito de Plácido es indiscutible: en él existió el genio, le faltaron medios y ambiente; y sin embargo, fué poeta, un buen poeta, un gran poeta. Heredia ocupa el primer lugar entre nuestros vates, su renombre es universal, tiene un sitio preferente entre los primeros clásicos del mundo; pero no enturbia su triunfo el brillo de la gloria de Plácido; la aureola que a éste rodea brilla aún más por las vicisitudes y obstáculos que colmaron su vida.

Antonio Medina es a Don José de la Luz y Caballero algo similar a lo que Plácido es a Heredia; pudiérase, hablando en términos matemáticos, con los cuatro, establecerse una proporción.

El colegio fundado y dirigido por Medina, *Nuestra Señora de los Desamparados*, nombre magnífico, que mejor que ningún otro simbolizaba la situación de la mayor parte de los que a sus aulas concurrían, tomó tal auge al poco tiempo de establecido, que los exámenes de prueba final de curso que se efectuaban anualmente duraban de cuatro a cinco días, y concurría siempre a ellos un delegado del Gobierno. Uno, más preocupado que los otros, queriendo exagerar su celo—y cuyo nombre preferimos callar—, denunció al director de la Escuela ante las autoridades, acusándolo de propagar ideas subversivas, pues a los niños se les enseñaba en textos de ideas liberales, como la Geografía de Smith, “falta mucho mayor siendo esos niños de la llamada raza de color”, quienes no necesitaban, según dicho delegado, conocer más que las cuatro reglas para que al ir a hacer las compras que les ordenasen al Mercado no se equivocaran, en perjuicio de sus señores, al recibir el vuelto.

¡Maligno error que tanto daño nos ha causado: negar primero la instrucción, para después basarse en la ignorancia para hacer las diferenciaciones! Pero... silenciemos, silenciemos esos vicios de sistema.

Formósele a Medina, a virtud de dicha denuncia, un expediente; y hasta se trató de expulsarlo a Ceuta, amenazándolo con cerrarle el colegio. Mas como no todo está contaminado por la infamia en el mundo, su valer se impuso, y sus amigos influyentes de la raza blanca le defendieron y lograron que no se le persiguiera más. En donde sí dejó huella imperecedera este incidente fué en su alma, tan ajena al mal y a la hipocresía, aunque le sirviera de sostén, para no decaer en medio de tanta amargura, su gran resignación cristiana.

*

Antonio Medina y Céspedes residía en el mismo local en que se hallaba instalado su colegio; y terminadas las labores diarias, entretenía sus ratos de ocio recibiendo de visita a sus amigos. Eran éstos blancos y de color, pero todos gentes de saber, literatos, músicos, artistas o aficionados a los estudios, que concurrían con deleite a aquel hogar modelo, presidido por la virtud y la inteligencia.

Estas visitas, en horas de la noche, se convertían en verdaderas tertulias literarias. Allí se comentaban todos los asuntos de actualidad artística o científica, se leía el último libro publicado o las cuartillas inéditas del que pensaba mandar a imprimir alguno de los concurrentes, se cambiaban impresiones, se discutía, se criticaba, se aplaudía. Se planteaban problemas científicos, y cada uno estudiaba el caso, para dar luego su opinión. El colegio se convertía en salón literario.

A veces no eran meras tertulias, reuniones del azar de los que llegaron a aquel recinto, en horas de descanso y en busca de ambiente elevado y cordial, sino que se celebraban verdaderas veladas y conciertos, a las que concurría un auditorio selecto, al que a veces White, el grandioso José White, el Paganini cubano, maravilló con la perfección de su arco, su elegancia en la expresión y su brillante escuela; ante el cual el sublime e inimitable

Brindis de Salas, tan genial como excéntrico, desgranó las armonías de su violín divino, y Tomás de la Rosa, o Palma y otros dejaron oír los trinos y arpegios que lanzaban sus instrumentos.

Todo esto nos hace suponer el grado de bienestar y de cultura que había llegado a conquistar, en el transcurso del tiempo, Antonio Medina y Céspedes. El pequeño huérfano, que sostenía con su modesto salario de sastre y con grandes afanes a su madre viuda, se había convertido, por su dedicación y esfuerzo, en un hombre ilustrado, refinado, mentor de una juventud que adoraba en él, además de su saber, las virtudes más sobresalientes.

El campo en que se desenvolvían sus actividades era muy amplio. Alternaba el ejercicio de su profesión de maestro con sus ensayos literarios, colaboraba en diversos periódicos como *Diario de la Marina*, *El Avisador Comercial*, *La Aurora*, *La Prensa*, *El Faro*, *El Colibrí*, *La Fraternidad* y *La Familia* en donde se publicaron muchas de sus composiciones originales y de sus versiones del francés.

En esta época escribió la letra de una canción a la que puso música N. Palma, y que se titula *El suspiro de amor*. Si la música contiene delicadas armonías y bellos arpegios que convienen a tan sugestivo título, el sentido de la letra no es menos exquisitamente adecuado:

Quando el alba despierta las flores
Y las aves saludan el día
De mi pecho se escapa, alma mía,
Un ardiente suspiro de amor.
El recorre veloz el espacio,
Y se extingue al llegar a tu oído,
Como el canto del pájaro herido
A quien mata un acerbo dolor.

Quando el Sol se aproxima a Occidente
Y la tarde se ostenta serena,
Un ¡ay! triste que anuncia mi pena
Va volando tu planta a besar.
Allí vaga un instante, mas luego
Lentamente se agita, amoroso,
Cual se aleja el arroyo quejoso
que besara la flor al pasar.



Cuando tiende la noche su velo
 Salpicado de claras estrellas,
 Al no verte lucir entre ellas
 Vierto, hermosa, un suspiro por ti.
 Porque tú eres la luz de mis ojos,
 Y al faltarle a mi vista un instante
 Tu expresivo y risueño semblante,
 Todo es lóbrego y triste ante mí.

Yo te miro en la aurora apacible,
 En el sol, en la tarde rosada,
 Te contemplo en la noche callada,
 En el ave, en la fuente y la flor.
 Siempre, siempre me sigue tu imagen,
 Y hasta el sueño me roba atrevida,
 Y por eso, mujer, es mi vida
 Un continuo suspiro de amor.

Pero a pesar de la belleza que encierra la letra de la canción, no es lo mejor que Medina escribió, pues al mismo tiempo que se distraía con estas obras ligeras, realizaba una labor artística seria, escribiendo dramas y zarzuelas como *Jacobo Girondi*, *Ladoiska* o *La Maldición*—ambos, dramas en verso—y la zarzuela de costumbres cubanas titulada *Don Canuto Ceibamocha* o *El Guajiro Generoso*. También escribió varios tomos de poesías, cultivando con éxito diversos géneros y mereciendo juicios favorables de poetas de la época, como Don Rafael María Mendive.

Su drama en verso *Ladoiska* o *La Maldición*, compuesto e impreso en 1849, consta de cinco actos y fué estrenado en el teatro *Albisu*; su zarzuela *Don Canuto Ceibamocha* o *El Guajiro Generoso* fué escrita en 1858 y estrenada en el teatro *Torrecillas*, por la Compañía de Bufos Cubanos dirigida por Salas y Mellado.

En 1880 publicó el otro drama en verso, *Jacobo Girondi*, que estrenó en la noche del 26 de Marzo de 1881 la compañía de Leopoldo Burón en el teatro *Payret*.

El éxito de este drama fué rotundo. Medina fué aclamado entusiásticamente por su labor artística y por sus dotes de autor dramático, recibiendo de sus discípulos una corona de laurel, que conservó siempre como el mejor premio a sus afanes.

En 1882, invitado por la sociedad *La Caridad* de Matanzas, para que tomase parte en una fiesta que se efectuaba en el teatro

Esteban, hoy *Sauto*, con el propósito de recabar fondos e inaugurar una escuela, recitó una composición literaria titulada *El Trabajo*, escrita especialmente para ese acto; composición llena de bellezas y de elevados conceptos, cuyos versos finales vienen a ser corolario de su vocación:

Fundad con decisión y sin que os duela
en cada ochenta metros una escuela.

Sus notables sonetos *Amor a Dios*, *La Pobreza* y *La Oración del Huerto* fueron traducidos al inglés; también escribió un catecismo explicado, de una gran simplicidad, que obtuvo mucha aceptación, y preparaba un drama, *La Hija del Pueblo*, cuando le sorprendió la muerte.

Desempeñó Antonio Medina y Céspedes distintos cargos, todos honrosos, con gran beneplácito de sus conciudadanos, entre ellos el de perito calígrafo para las causas criminales de la Audiencia de la Habana. Fué socio de la Sociedad Abolicionista de Madrid, perteneció a su directiva como vocal, fué representante de la misma en la ciudad de La Habana y socio de número y vocal del Ateneo de La Habana.

No pudiendo desligarse de los acontecimientos políticos que ocurrían en su patria, aún cuando no tomó parte activa en el movimiento revolucionario del 68, mensualmente contribuía con cierta cantidad de dinero previamente asignada, para ayudar a sostener la lucha armada que en los lejanos campos de Oriente inició Carlos Manuel de Céspedes.

*

Estos son, en síntesis, los hechos más notables de la vida de Antonio Medina y Céspedes. Ni mi propósito, ni la extensión permitida a estos trabajos, que los harían largos y poco atractivos, ni mi carencia de aptitudes me permiten entrar en estudios más profundos. Sé de distintos jóvenes dados a las bellas letras, que recogen datos en bibliotecas para escribir sobre Antonio Medina; ellos harán la crítica de sus obras, ellos analizarán sus dramas y sus versos desde el punto de vista literario. Yo sólo he querido presentar el maestro, "el Don Pepe de la raza de color".

“Educar no es dar carrera para vivir, sino temprar el alma para la vida”, dijo el Don Pepe de la raza blanca en uno de sus más conocidos aforismos; el don Pepe de la raza de color no enunció el aforismo, pero lo vivió, como un axioma, en su plantel y dedicóse, sin prejuicios raciales, a difundir el saber entre negros y blancos.

Ahí están sus discípulos: unos viven aún, otros rindieron ya su tributo a la tierra, pudiendo citarse a los Urrutia, Canals, Gualba, Izquierdo, Infanzón, sus hijos Antonio y Manuel, el mago del violín Brindis de Salas que tantas glorias conquistó para sí y para su patria, el eminente hombre público, orador, escritor, Representante y Senador de la República, Juan Gualberto Gómez, y muchos más que pudieran citarse como demostración del fruto de la labor rendida por Medina como profesor.

En 1878, Antonio Medina y Céspedes se hizo cargo de la Agencia de Pompas Fúnebres Barbosa, y no pudiendo atender en debida forma el colegio, decidió cerrarlo. No por eso sus amigos y discípulos lo abandonaron, su hogar siguió siendo un templo en donde se rendía culto a la virtud y a la sabiduría; continuó cultivando la Literatura, hasta el 7 de abril de 1885 en que entregó su alma al Creador con unción y resignación cristiana.

He querido revivir en breve síntesis la figura de Antonio Medina y Céspedes en las diversas fases de su vida: niño dulce y cariñoso, marcado por el hado fiero y el sino fatal con la señal de la orfandad; joven trabajador entregado a labores superiores a sus fuerzas, a responsabilidades mayores que su experiencia; hombre triunfador, culto, distinguido, admitido por una sociedad cuyos prejuicios logró vencer con sus méritos; maestro inteligente, amado de sus discípulos, incansable sembrador de saber, director de multitudes; literato distinguido, autor de varios tomos de poesías y de dramas y zarzuelas aplaudidas; anciano venerable, devotamente acatado en su superioridad, respetado en sus canas, símbolo de la prístina pureza de su carácter.

Fué la suya una vida siempre en trazo ascendente: de la ignorancia al saber, de la pobreza al bienestar, del desconocimiento a la popularidad, del esfuerzo virtuoso a la plenitud serena de un perfecto carácter viril.



Juana Borrero, la adolescente atormentada,

por Angel I. Augier.

Frente al fenómeno de una vida no lograda plenamente, como la de Juana Borrero, frente a esta existencia a la que se le negó el tiempo preciso para que cristalizara espléndidamente, se cree experimentar una sensación de impotencia, un sentimiento de limitación lastimosa. Acostumbrados a contemplar a los grandes ejemplos de humanidad en su plena realización, en su trayectoria completa de todas o de casi todas las etapas de la vida y actuando con decisiva influencia sobre una circunstancia histórica determinada, pudiera estimarse que una adolescente, es decir, una existencia frustrada en su proceso normativo carece de verdadero interés. Sobre todo, muchos de los que han seguido esta interesante serie de conferencias sobre habaneros ilustres, quizás desconfién, por contraste, de la importancia histórica de esta muchacha genial que no llegó a los 20 años, y que es la única figura femenina incluida en esta galería de grandes hijos de La Habana; ella, la única, con su magnífico rostro de *virgen triste*, lleno de azorada juventud, entre tantos rostros venerables y severos, abrumados por la meditación rectora o iluminados por la gozosa inspiración.

Sin embargo, basta que nos asomemos con una absoluta carencia de prejuicios a este maravilloso *caso humano*, producido en un instante trascendental de nuestra historia, para notar que en el acto se gana nuestra emocionada simpatía: tal es el interés y la belleza que entraña. En Juana Borrero sorprendemos un temperamento excepcional, un espíritu riquísimo en ritmos y matices insospechados, estremecido en tal intensidad interior y volcado en tan hermosa forma exterior en el molde eterno del

arte, que podría asegurarse que porque vivió apasionadamente, en utilidad y en belleza, el corto tiempo de vida de que dispuso, que porque llenó a plenitud el pequeño lote de existencia que le fué asignado, murió precisamente en el momento que le correspondía, describiendo la corta parábola de su vuelo por el cielo confuso del *fin de siglo* cubano con tan graciosa majestad, que en la congregación de nuestros hombres realmente ilustres, puede tomar un lugar preferente junto a los que agotaron todas las posibilidades de una larga y fecunda vida. Ella no fué un triunfo, pero fué un impulso; no fué una realización absoluta, pero sí un esquema admirable. O para decirlo con palabras ajenas: “no fué una fuerza, pero fué una gracia”.

En la historia de Cuba existe un paréntesis de asombrosa intensidad: ese espacio de tiempo que se extiende entre el Zanjón y Baire, entre el desconsuelo de una derrota y la esperanza de una victoria; en ese período de aparente paz, pero de guerra sorda y silenciosa—y con el que muchos identifican el actual momento cubano—, transcurrió exactamente la vida de Juana. Nació en 1878, cuando se apagaban los ecos de los últimos estampidos de la Guerra Grande, y murió en 1896, un año después de iniciarse la lucha que habría de librarnos, con todas sus limitaciones, de la opresión de la monarquía española. Hay estados de conciencia colectivos, complejos históricos, que son difíciles de evitar por las grandes sensibilidades. Inconscientemente absorben la atmósfera histórica que les rodea, con sus manifestaciones a veces contradictorias, y aunque nunca, probablemente, intentarán relacionar su entidad espiritual con el clima anímico de su pueblo y de su época, serán un producto de éstos. Yo veo en Juana Borrero el símbolo del alma cubana en los años que ella vivió tan maravillosamente: el alma ansiosa y atormentada de Cuba que no podía conformarse con una existencia sin plena grandeza y libertad. Porque aunque muy contadas veces sus versos registraron los ecos de la tragedia patriótica, todo el sedimento de aquella época inquieta y penosa, plagada de provisionalidad, de inestabilidad, se resumieron insensiblemente en su exquisito espíritu inconforme.

He llamado a Juana Borrero “la adolescente atormentada”. En realidad, todo adolescente es de cierto modo un atormentado, por causas que no suele analizar. Ya los grandes psicólogos de

la adolescencia—que encontrarían en Juana un precioso documento humano para confirmar sus experiencias científicas—, han fijado la situación típica del alma en esa edad crítica del hombre. Ya la definió Mendousse como “un período de transformación y de crisis, de equilibrio inestable, una vez roto el equilibrio relativamente estable de la infancia, y como etapa para lograr otro equilibrio aún más estable: el de la edad viril”; es decir, una importante etapa del desarrollo psico-biológico del hombre, en la que, según Spranger, “muchos de sus fenómenos de conciencia tienen un *sentido evolutivo* expreso y que no se podría *comprenderlos* justamente sino como procesos evolutivos”. Pero con influir estos naturales trastornos sobre Juana más agudamente que sobre el tipo normal, fué su tormento de otra índole, se desplegó en otro sentido más profundo y doloroso: fué el tormento sublime de la creación artística, la tortura lenta y silenciosa de plasmar en la música del verso o en el color caliente del lienzo las inquietudes y los estremecimientos de la sensibilidad. Tolstoi creía que “fuera del crear, no había verdadero placer”; pero ese goce supone en el creador una plenitud de todas sus facultades, un dominio absoluto de la materia de creación. En esa edad de la preocupación inútil y de la encantadora despreocupación, crear no es un placer, y si alguna vez lo fuera, sería un placer doloroso. Es que entonces la voluntad está dominada poderosamente por la fuerza del imperativo artístico, y se crea como por una suerte de fatalidad insoslayable, sin poseer aún “el factor directivo y unificador de la conciencia” ni del instrumento de expresión. En la llama de ese tormento fué donde quemó su espíritu Juana Borrero.

Si un concepto materialista de los fenómenos humanos no nos aclarara muchos puntos oscuros de la vida, aseguraríamos que en Juana se realizó la teoría idealista de la predestinación. Pudiera decirse que ya desde antes de nacer caminaba por sus venas, con pasos silenciosos, como un inevitable virus de belleza y emoción, la sangre armoniosa de la poesía. Por todos los ángulos familiares le cercaba una interesante tradición lírica, que le hubiera sido difícil evadir. Como en el marathón de las antiguas olimpiadas, ella tenía que recoger la antorcha de sus predecesores y continuar incansable la carrera. Su abuelo paterno, Esteban de Jesús Borrero, dejó versos de una espontaneidad y

una delicadeza poco comunes, pero como queriendo perpetuar su destino poético en algo más vital que la estrofa, dió al mundo tres poetas: Esteban Borrero Echeverría, padre de Juana, y sus tíos Manuel y Elena. Manuel era conocido en Camagüey por *el vate Borrero*, debido a su efusivo espíritu bohemio y a sus versos satíricos, llenos de maliciosa gracia criolla; y Elena Borrero de Miró, entre otros lauros, obtuvo el de un concurso celebrado por la revista *La Habana Literaria*, en 1892, en la conmemoración del cuatricentenario del descubrimiento de América. Por la línea materna continuaba esta conjura que la poesía fraguaba cariñosamente contra el destino de Juana: su madre, Consuelo Pierra y Agüero, era hija de una prima de la Avellaneda y hermana de la poetisa Martina Pierra de Poo. Así, una clara atmósfera armoniosa la envolvía desde antes de nacer (1). Nació bajo el signo de la poesía, sería poetisa, amada de poetas, y por eso su vida es como un dulce poema inmortal.

El padre.

Esteban Borrero Echeverría fué un gran escultor de su propia vida, un gran poeta de su propia existencia. Su personalidad es una de las más vigorosas y sugestivas que ha producido Cuba. Para comprender su enorme influencia sobre el desarrollo artístico de sus hijos, es preciso referirse a su vida fecunda, que es como un himno de exaltación a la voluntad humana, a esa potencia volitiva que crea y que transforma.

Nacido a mediados del ochocientos en el Camagüey patriarcal, en un hogar de cubanísima cepa, desde pequeño tuvo que enfrentarse con la adversidad, palpando todas las penalidades que el régimen colonial descargaba contra los cubanos. Sólo contaba él dos años cuando su padre, poeta y patriota, tuvo que abandonar familia y posición, emigrando a los Estados Unidos, por encontrarse complicado en las conspiraciones con que entonces se iniciaban las luchas por nuestra liberación. Allí, en la humilde escuela hogareña en que su madre, maestra, libraba el penoso

(1) *Grupo de Familia, Poesías de los Borrero*, prólogo de Aurelia Castillo de González, Imp. La Moderna, Habana, 1895.

subsistir, hizo sus aprendizajes de primeras letras y de dignidad. Su inteligencia es clara y su voluntad fuerte: con esos elementos va venciendo los obstáculos que se le interponen a su tierna ansiedad. A los 14 años puede terminar sus estudios en la Escuela Municipal, con brillantes notas, consagrándose desde entonces a auxiliar a su madre en la escuela, y además tiene clases nocturnas para adultos. El muchacho-maestro no sólo ha adquirido los conocimientos indispensables para calmar sus anhelos de superación y la facultad de transmitirlos a sus semejantes. Escribe versos y además ha tenido ocasión de frecuentar, a esa edad, a los enciclopedistas franceses, ha leído a Voltaire, Rousseau, Hugo, Goethe, Shakespeare, a los clásicos españoles, y su mente y su espíritu han encontrado horizontes desconocidos. El ambiente de patriotismo en que se ha forjado, el inolvidable ejemplo del padre ausente y estas lecturas decisivas le han capacitado para ser algo más que un simple profesor, y con el entusiasmo de su juventud espléndida hace de su humilde magisterio provinciano pequeña cátedra de civismo, enseñando a sus alumnos la doctrina de la libertad.

Por eso no es extraño que al romper la aurora de Yara, se incorpore a las filas del deber, en unión de algunos de sus discípulos, respaldando con su acción los ideales que había predicado. Sin vacilar, puso sus veinte años y su talento al servicio de la liberación de su país. Y la madre heroica, en un gesto ejemplar, le sigue también a la manigua. Allí, madre e hijo, apretados en un común anhelo redentor, luchan juntos y fundan escuelas en pleno campo insurrecto. Aún está por escribirse el elogio de aquellas bravas mujeres cubanas, que lo abandonaban todo por seguir al hijo, al padre, al esposo, para estimularlos, con su presencia amorosa, en la lucha desigual, cielópea, con la que a golpes de puro heroísmo se comenzaba la conquista de un futuro mejor para Cuba.

Poco tiempo pudo servir como soldado activo de la Revolución. Prisionero, regresó a Camagüey, donde se le sometió a una estrecha vigilancia. Todas las puertas a donde tocó en solicitud de trabajo permanecieron cerradas. Al fin, consiguió un humilde empleo de repartidor de pan. En esa época difícil conoció al joven Enrique José Varona, quien después llegaría a ser el maestro de toda una generación. Desde entonces trenza-



ron una fraterna amistad, que duró tanto como sus vidas. Más tarde, llegaría a decir Varona de Borrero: "Fué el amigo a quien más quise y el hombre de más talento que he conocido".

Pero la vida se le hizo imposible a Borrero en Puerto Príncipe, por lo que decidió trasladarse a La Habana, sin más recursos que su enorme voluntad y su afán de superación. Entonces comenzó esa etapa áspera del autodidacta, en que tiene que debatirse contra toda clase de adversidades. Ya nos ha dicho Stefan Zweig cómo "es justamente una tendencia del Destino modelar en formas trágicas la vida de los grandes hombres. Ensaya lo mejor de sus fuerzas en los más robustos, levanta frente a sus proyectos las más absurdas contingencias, les obstruye el camino a fin de hacerlos fuertes donde es necesario que lo sean. Juega con ellos, pero con un juego sublime, pues toda cosa vivida es provechosa".

Y él habría de aprovechar las duras lecciones de la vida y vencer a la adversidad. Llegó a ser maestro y luego director de distintas escuelas privadas, en las que apenas ganaba para cubrir sus necesidades más indispensables. Y así, en medio de los mayores sacrificios pecuniarios y morales, poniendo su firme voluntad al servicio de su carácter, logró graduarse de médico en nuestra Universidad, en 1879. Desde ese momento fué un carácter y una voluntad al servicio de su país y de la humanidad.

Novela de una artista adolescente.

I

Es como una novela, como una de esas novelas que de verdad arrancan de la Vida. La época y los personajes la hacen un tanto sentimental, porque sucede en nuestro momento post-romántico. Podría comenzar en 1891; es más, debe comenzar en ese año, pero, para comprenderla mejor, tendremos que recordar algunos hechos ocurridos en años anteriores.

Este hombre admirable que hace un momento conocimos, que hemos dejado con su título de médico en las manos, conquistado a fuerza de entereza y de sacrificios, desde entonces ha tenido

que poner en juego, en muchas ocasiones más, los recursos poderosos de su voluntad y de su energía, porque ya no era sólo la madre con quien tenía que compartir su vida. Ha contraído matrimonio y tiene su pequeña gran familia. Ha obtenido, tras de arduas oposiciones, una plaza de médico municipal en Puentes Grandes. Como sabe que “toda la vida está en el impulso y que no hay belleza sino en lo que se realiza en el entusiasmo por la fe”, y él tiene gran fe en sí mismo, ha querido ser algo más que un simple médico, y ya se le conoce y respeta por sus magistrales incursiones en el campo literario y por sus investigaciones científicas. Colabora en las principales publicaciones de Medicina y Literatura, es solicitado en los más selectos círculos culturales, y su palabra cuenta en los laboriosos reductos de las conspiraciones.

Puentes Grandes es un caserío tranquilo en el que se refugian, huyendo de la densa vida citadina, muchas familias acomodadas de la capital. Junto a las quintas más o menos confortables levantan su callada queja las casas donde habitan los trabajadores de las fábricas cercanas y los campesinos que labran la tierra de las fincas circundantes. Es un bello retiro, en donde se respira un arcádico ambiente. Frente a esa bucólica beatitud, que rubrica el curso suave del Almendares, tiene su morada, “que se mira en las ondas”, don Esteban Borrero Echeverría, médico del lugar. Es “una vetusta casa tras cuya altura se dilata el firmamento azul”. Al frente, dos altos cedros guardan inmóviles una ancha explanada rodeada de vegetación. El fondo de esta casa nos lo describirá Julián del Casal sobre un cuadro de nuestra artista adolescente (2): Hay

una puerta solferina de madera agrietada y de goznes oxidados, encastrada en ancho murallón, jaspeado por las placas verdinegras de la humedad y enguinaldado por los encajes de verde enredadera cuajada de flores. Frente al murallón, serpentea un trozo de camino, sembrado de guijarros, que chispean a la luz del sol. Tallos de plantas silvestres se siguen a trechos. Hacia la izquierda se extiende el río entre la yerba de sus orillas, como una banda de tela plateada que ciñera una túnica de terciopelo verde.

(2) *Bustos y Rimas*, por Julián del Casal, Habana, Biblioteca de La Habana Elegante, 1893.

A este lado se contempla, desde la terraza, la hermosa cascada en que el río despeina sus cabellos de cristal y de espuma.

Para llegar allí, donde nos interesa encontrar a la segunda hija de don Esteban, para iniciar nuestra novela, hemos de seguir los consejos de Casal:

Tomad el tren que sale, a cada hora, de la estación de Concha, para los pueblecillos cercanos a nuestra población... El viaje sólo dura algunos minutos... Frente al río célebre... que se encuentra a mitad del camino, descended del ferrocarril... Yendo por la mañana al caserío presenta alguna animación... En tales horas, podreis encontrar a la niña, con el pincel empuñado en la diestra y con la paleta asida en la izquierda, manchando una de sus telas, donde veréis embellecido algún rincón de aquel paisaje, iluminado por los rayos de oro de un sol de fuego y embalsamado por los aromas de lujuriosa vegetación.

Esta niña artista, a quien queríamos encontrar, es Juana Borrero. Tiene doce años cuando la conoce Julián del Casal (1891), que es justamente cuando comienza su novela; pero antes es preciso seguirla desde su infancia precoz, es necesario que sepamos que nació en La Habana, en una casa de la calle Rayo, y que tendría dos, tres años, cuando sus padres se trasladaron a esta mansión solariega de Puentes Grandes, con Lola María, su hermana mayor, y ella. El padre, poeta, las ha querido rodear de un ambiente propicio a la belleza. Quiere fomentar en ellas y en los demás hijos que allí han de nacer, un sentido alto y fecundo de la vida, quiere transmitirles su firme carácter y su potente idealidad. Afuera, tienen aquel paisaje impresionante donde sienten los latidos de la naturaleza; dentro, los latidos del mundo, los conceptos de la vida los aprenden del padre, que ejerce amorosamente en ellas su invencible vocación magisterial. En el anejo salón donde, rodeadas de libros, estudian las lecciones del padre, han de mirarse a lo más íntimo y descubrirse la inquieta presencia del ensueño; y en la terraza, frente al paisaje cuajado de luz, han de sentir la necesidad de darle forma bella y perdurable a esa inquietud.

Así le va naciendo a Juana el imperativo exquisito de desenvolver sus emociones en imágenes, así se va modelando insensiblemente su temperamento plástico, y muy niña aún tiene la tendencia irrefrenable a dibujar todo lo que hiere su imaginación alerta. Sus cinco años ya saben descifrar los caracteres escri-

tos y también lo que está detrás de la muda fila de las letras. Su padre ha puesto en sus manos los dramas de Shakespeare, y le impresionan tanto los tristes amores de Romeo y Julieta, que estando en el jardín, toma una rosa y un clavel, los más bellos, y en silencio trémulo los ha dibujado con fresca gracia infantil. Titula su dibujo *Romeo y Julieta*, y ha interpretado tan bien el clásico amor de Verona en aquellas flores que parecen amarse, que el padre jubiloso guarda celosamente detrás de un cristal y dentro de un marco—donde aún se conserva—, este primer indicio de una genuina artista, y desde entonces se consagra con entusiasmo a cultivar su vocación pictórica. Pocos, tal vez, advertirían el gran sentido poético de aquel gesto precoz.

Hasta ese momento, quizás, duró su infancia, esa etapa en blanco de la infancia. Ella habría de decir más tarde que su niñez fué “corta y triste”. Así es la infancia de todos los genios, corta y triste, porque muy temprano despiertan a las cosas de la vida. Ella nos lo había de decir después en un poema primigenio:

¿Por qué tan pronto ¡oh mundo! me brindaste
tu veneno amarguísimo y letal?...

¿Por qué de mi niñez el lirio abierto
te gozas en tronchar?

¿Por qué cuando tus galas admiraba,
mi espíritu infantil vino a rozar
del pálido fantasma del hastío
el hálito glacial?

Los pétalos de seda de las flores
déjame ver y alborozada amar,
ocúltame la espina que punzante
junto al cáliz está.

Más tarde!... Cuando el triste desaliento
sienta sobre mi espíritu bajar
y el alma mustia o muerta haya apurado
la copa del pesar;

entonces sienta de tu burla el frío
y de la duda el aguijón mortal...
pero déjame el goce de la infancia
en la hora fugaz!

(*Todavía*, 1891)



Recibe las primeras lecciones de dibujo de la pintora Dolores Desvernine, que también reside en Puentes Grandes. Pero al mismo tiempo lee mucho, poesías con preferencia. Cuando conoce los tiernos *lieds* de Enrique Heine y las rimas suaves de Gustavo Adolfo Becquer, es como si se le revelara un mundo desconocido que ella llevaba consigo sin saberlo. Es como si su propio espíritu resonara en los versos dulces y amargos del alemán triste y del español melancólico, y descubre estremecida su propia música interior, adivina que la rima le palpita y le salta en lo más profundo de su ser, y bajo la influencia—que ya no le abandonará más—, de los dos bardos pálidos, escribe sus primeros versos, que oculta al padre poeta y que tal vez sólo enseña a su hermanita mayor que le dobla la edad. Ya se ha adueñado de su confuso mundo infantil el tormento creador, la doble llama en que ha de quemar su espíritu y que inflamará el soplo ardoroso del amor.

Nueve años. A esta edad las demás niñas juegan, corretean, hacen travesuras inocentes. Ella es seria y triste, replegada en sí misma, sin dejar de ser amable; mirará con honda nostalgia el juego de sus hermanitas pequeñas: Elena, Consuelo, Dulce María, Ana María, Mercedes, nombres que le acarician la angustia niña. Ella ha de jugar con extraños juguetes de ritmo y de color, y el padre estimulará ese juego enviándola a la Academia de San Alejandro, donde los profesores Mendoza y Herrera la inician en el sentido de la perspectiva de los planos y los términos, del manejo de la paleta, en la que se forman los colores como por una sencilla fórmula cabalística. Luego, el pintor Menocal que comienza a darle clases, teniendo que desistir de ello, porque “no tiene nada esencial que enseñarle”. (3)

Después, tres años que transcurren rápidamente, en los que ella se ha ido haciendo, en los que se ha estado concentrando su angustia y ampliando su talento. Entonces comenzaría esa fase

(3) “Para comprender el valor de sus cuadros, es preciso contemplar algunos de ellos. Corta serie de lecciones, recibidas de distintos maestros, han bastado para que, iluminada por su genio, se lanzase a la conquista de todos los secretos del arte pictórico. Puede decirse, sin hipérbolo alguna, que está en posesión de todos ellos. “No me explique teorías, porque son inútiles para mí, le decía recientemente a Menocal, pinte un poco en esa tela y así lo entenderé mejor”. Y en efecto, al segundo día, la discípula sorprendió al maestro con un boceto incomparable...” (Julián del Casal en *Bustos y Rimás*.)

de la adolescencia, llena de “un vago anhelo que es un deseo sentimental, pero que no es todavía un interés y que también ignora el objeto preciso”. Es el estado mental que expresaba Juan Jacobo Rousseau: “Yo estaba inquieto, distraído, soñador; lloraba, suspiraba, deseaba una dicha de la que no tenía idea, y cuya privación, sin embargo, sentía”. En ese momento psicológico es que llega a su vida, aureolado de fama y de armonía, el poeta Julián del Casal.

II

Ya sabía ella de su nombre musical y de sus poemas exquisitos y tristes, que interpretaban de un modo asombroso todos sus estados de alma; se sentía muy cerca de él, en aquella angustia hermana mayor de la suya, pero se lo imaginaba lejos, a esa distancia inaccesible con que se contempla a los ídolos. Así fué de supremo el gozo que experimentó—eterna huella de luz en su vida—, el día que Julián del Casal prestigió la tertulia literaria de don Esteban Borrero.

Tenía Casal 28 años, abrumados de complejos, que se traducían en hastío enorme de la vida que le rodeaba. Se debatía en intensa crisis sentimental, con la tuberculosis devorándole el organismo débil y su incurable melancolía comiéndole lo mejor del espíritu. Ya nos ha descrito José Antonio Portuondo, en este mismo lugar, en conferencia anterior, con su ágil y profundo talento, aquel instante crítico de la vida de Casal. Era, sin embargo, la figura culminante del momento literario. Acababa de publicar su primer libro *Hojas al Viento*, y colaboraba en *La Habana Elegante* y *El Fígaro*, dos de las principales publicaciones que registraban la inquietud cultural de la época. Aún se conservaría, aproximadamente, como lo describía dos años antes Manuel de la Cruz:

La cabeza voluminosa rapada a lo recluta, la nariz enorme e incorrecta, la boca grande, sensual, con un rudimento de mostacho crespo y blondo, color pálido con tonos de rosa,—cirio bañado en arrebol—, la pupila azul, lánguida y dulce, ojo de iluminado, al andar se mueve de un lado a otro como funámbulo que pugna por mantenerse en equilibrio, y no obstante ser

opulento de músculos con tendencias a la prosaica obesidad, tiene la ligereza de una estatua de corcho.

Si para él fué un fresco remanso aquel claro ambiente artístico de *Las Puertes* y encontró un placer inolvidable en la charla sugestiva de don Esteban Borrero, mucho más le conmovió su dormido entusiasmo aquella niña genial, cuyos lienzos le deslumbraron y cuyos versos leyó complacido y emocionado. Esa entusiasta impresión la expresó en el magistral *Busto* de Juana, ya citado, escrito en aquel estilo sonoro y ampuloso de la época, cuando no la había visto más que dos veces, en las cuales siempre le había evocado “la imagen de la fascinadora María Bashkir-seff”, la inquieta niña rusa.

Ambos espíritus—añadía Casal—, han tenido, en la misma época de la vida, idéntica revelación de los destinos humanos y análogos puntos de vista para juzgarlos. Se ve que han sufrido y han gozado por el mismo ideal. Pero ahí debe limitarse la comparación. Una vivió en los medios más propicios para el desarrollo de sus facultades y la otra se enflora en mísero rincón de su país natal. Aquélla fué rica y ésta no lo es. Tuvo la primera por maestros los dioses de la pintura moderna y la segunda no ha recibido otras lecciones que la de su intuición. La hija de la estepa voló tempranamente al cielo... y la del trópico, por fortuna, se afirma en la tierra con toda la fuerza de su juventud.

Transcribía Casal a continuación el retrato de Juana que una tarde, de regreso de *Las Puertes*, esbozó en los siguientes versos:

Tez de ámbar, labios rojos,—pupilas de terciopelo
que más que el azul del cielo—ven del mundo los abrojos.
Cabellera azabachada—que, en ligera ondulación,
como velo de crespón—cubre su frente tostada.
Ceño que a veces arruga,—abriendo en su alma una herida
la realidad de la vida—o de una ilusión la fuga.
Mejillas suaves de raso—en que la vida fundiera
la palidez de la cera,—la púrpura del ocaso.
¿Su boca? Rojo clavel—quemado por el estío,
mas donde vierte el hastío—gotas amargas de hiel.
Seno en que el dolor habita—de una ilusión engañosa,
como negra mariposa—en fragante margarita.
Manos que para el laurel—que a alcanzar su genio aspira,
ora recorren la lira,—ora mueven el pincel.
Doce años! Mas sus facciones—veló ya de honda amargura
la tristeza prematura—de los grandes corazones.

Todo el artículo desbordaba admiración. Juzgando la triste intimidad de los versos de Juana, dice Casal estas palabras dignas de un psicoanalista contemporáneo:

La melancolía de destilan las primeras producciones de ciertos artistas no es más que la fermentación de los pesares que, día por día, les ha causado la observación de las múltiples deficiencias que la vida ofrece ante sus deseos... de ahí ese hastío prematuro, ese profundo descorazonamiento, ese escepticismo glacial... en que se encuentran por completo sumergidos a los veinte años.

Después reproducía el poeta algunas composiciones de la niña artista, aquellas en que revelaba su formidable sensibilidad plástica, como *Crepuscular*, donde bosqueja “un paisaje, como los de Sanz, verdaderamente ideal”, o como el soneto *Apolo*, donde cincela “una estatua que, por el soplo de vida que la anima, parece sustraída del taller de un Rodin”; terminando con un apasionado comentario a su genio pictórico y con una descripción de sus más notables cuadros.

Aquel artículo fervoroso, en el que se vió reflejada y comprendida por el maestro, sembró en la cálida tierra de su espíritu una extraordinaria devoción, tan profunda que la confundió con el amor. Aquella figura interesante y melancólica, que la miraba con su azul simpatía, le inspiró no pocos poemas, entre ellos los de *Cantares* (1893):

Bajo tus ojos azules—mis ilusiones se abrieron
como las flores se abren—bajo la lumbré del cielo...

Y aquellas delicadas estrofas de *Mis Quimeras* (1892):

En el misterio de la noche
cuando el insomnio me atormenta
gira en mi mente visionaria
alado enjambre de quimeras.
¿Adónde van mis locos sueños?
Mis ilusiones, ¿do me llevan?
Hacia el país de las delicias
donde se olvidan las tristezas.
Donde es el cielo siempre puro,
donde en las horas de la siesta
se oye rumor de blandas olas
al expirar sobre la arena.



Donde se siente la esperanza
 llenar de luz el alma enferma
 y los espectros de la duda
 raudos huir de la conciencia.
 Donde al llegar la noche breve
 siempre tranquila, siempre fresca,
 gimen las brisas del oceano
 como la voz de las sirenas,
 mientras desciende de la altura
 el resplandor de las estrellas
 y se dilatan mis pupilas
 en sus pupilas soñolientas!

Y su trémula *Confidencia*:

Los ensueños de dicha que en mis horas de insomnio
 en raudos giro surgen de mi mente exaltada,
 nacieron bajo el yugo de mi dolor recóndito,
 de mi propio martirio, de mi propia nostalgia...

Juana creía amar a Julián del Casal, pero como muy bien ha dicho José Antonio Portuondo,

Eduardo Spranger le hubiera puesto las manos sabias sobre los bucles y le hubiera dicho que tras de sus pupilas ansiosas aún no había amor, sino ese delicado y complejo sentimiento que se llama el erotismo adolescente, es decir, el impulso apasionado de dación a lo que se admira, a las grandes ideas o a una figura que se nos aparece grande y noble.

¿Advertiría el poeta de *Nieve* aquel sentimiento que había hecho despertar en la apasionada niña? A pesar de sus seis lustros escasos, se sentía derrotado, abatido por su "angustia y evasión", en tanto que ella, no obstante su melancolía transitoria, era la vida que florece en todo su esplendor. En bella parábola lírica ella expresó su afán de hacer revivir el corazón cansado de Casal con el fuego de su pasión adolescente:

¿ Ves ese viejo tronco que la nieve
 con su manto cubrió?
 Bajo el frío sudario que lo envuelve
 conserva su vigor.



Cuando torne la tibia primavera
a los besos del sol
su desnudo ramaje ha de cubrirse
de florido verdor.

Así tu alma aunque parece muerta
conserva su calor
y para florecer le bastaría
el fuego del amor...

¡Oh corazón ardiente de mi amado
que prematuro invierno amortajó,
sé tú el árbol cubierto por la nieve
y yo el rayo del sol...!

(*Sol y Nieve*, 1892)

Casal percibió aquella ofrenda apasionada, que sin duda iluminó su espíritu de una tenue esperanza; se dejaría inundar de la fresca agua de ternura que le ofrecía la vibrante niña-poeta, para después ahogarse de nuevo en su cerrado escepticismo. Porque, aunque en su poema *Virgen Triste*, dice a Juana:

No hay nadie que contemple tu gracia excelsa
que eternizar debiera la voz de un bardo,
sin que sienta en su alma de amor el dardo
cual lo sintió Lohengrin delante de Elsa
y, al mirar a Eloísa, Pedro Abelardo...

termina con estos versos, fraternos y proféticos:

¡Ah!, yo siempre te adoro como un hermano,
no sólo porque todo lo juzgas vano,
y la expresión celeste de tu belleza,
sino porque en ti veo ya la tristeza
de los seres que deben morir temprano...

Aquel amor ideal, hecho de mutua simpatía y comprensión, tuvo, sin embargo, sus quiebras. Sería después que ella regresara de los Estados Unidos, donde permaneció durante algunos meses, tomando lecciones de pintura de un profesor de Washington. Ella, en una carta íntima, ante la proximidad de una fecha, habría de decirlo más tarde, con estas palabras adoloridas:

Ese día hice sufrir a un sér muy grande... Me reprochó duramente y mis juramentos no bastaron a disipar su resentimiento. Llevé aquella espina clavada en el alma más de diez meses y nutría en mi corazón la esperanza de verlo. El destino implacable me castigó. El murió sin que yo hubiera realizado mi aspiración suprema de vover a verlo.

Casal falleció el 21 de octubre de 1893, dejando ese doble dolor encendido en el alma de la torturada adolescente. Desde ese momento fué más triste su verso y más sombrío su pincel. Estuvo postrada, muy enferma, pero su naturaleza robusta venció, y continuó viviendo "con el alma muerta—como ella diría—llena de su recuerdo y de su reproche". De esos instantes exprimidos de angustia brotaron delicados poemas, flores de dolor que llenaban de fragancia los ámbitos de su torturada ansiedad:

Cuando se cierran mis cansados párpados
en el sopor dulcísimo del sueño
oigo una voz querida que me nombra...
Voz de un amigo que dejé muy lejos!

Palabras murmuradas en voz baja
que pronuncian mi nombre con misterio,
muy cerca de mi oído... y sin embargo
son voces que han venido de muy lejos!

Entonces me incorporo sollozando,
abro los ojos, pero nada veo,
y no vuelvo a escuchar la voz querida
que me estaba llamando desde lejos...!

(*Ensueños*, 1893)

.....
Fúlgidas quimeras
que nutrí con mi llanto de fuego,
¡esperanzas de dicha más dulces
que la hermosa promesa del cielo!
¿Dónde habéis huído
que os miro tan lejos?
Tan lejos del alma que fué vuestra cuna
y que anhela encontraros de nuevo.
.....



En mis horas de ardiente nostalgia
 el alma te evoca sedienta de afectos,
 y entonces te siento muy cerca, tan cerca
 que percibo el latir de tu pecho.
 ¡Oh, ven siempre al morir de la tarde
 cuando todo yace dormido en silencio,
 porque siempre en sus horas de angustia
 te espera impaciente mi espíritu enfermo,
 mientras surge del fondo del alma
 como un rayo de sol tu recuerdo...!

(*Sol Poniente*, 1893)

Cuando evoco tu sombra querida
 y surgir a mis ojos la veo,
 al sentir en mi frente ardorosa
 la fusión de tus manos de hielo,
 y al mirarme en tus ojos sin brillo
 de pavor y de angustia me lleno,
 y tu voz de ultratumba me habla
 de la noche en el hondo silencio.

Yo también como tú cruzo errante
 por el mundo ideal de los sueños,
 y también en la sombra nocturna
 grato alivio a mis penas encuentro.

Cuando al ver mi temprano fastidio
 yo sentía oprimírseme el pecho
 nadie vió mi tortura recóndita,
 nadie vió mi martirio secreto,
 y expiraron mis hondos gemidos
 de la noche en el triste silencio.

Sólo tú comprendiste mi pena,
 dulce amigo doliente y sincero,
 que viniste a calmar mis dolores
 desde el mundo ideal de los muertos...

(*La Evocación*, 1894)

Tornad de nuevo, efímeras y alegres ilusiones,
 delirios, esperanzas de un tiempo que pasó!
 ¿Puede mi alma, acaso, recuperar su dicha,
 ni palpitar de nuevo, feliz, mi corazón?



¿Qué haré de mi ternura, qué haré de mis ensueños
 cuando en mi pecho prenda su llama un nuevo amor?
 Si ya no existe el alma gemela de mi alma,
 Si ya la luz del faro radiante se extinguió!

Junto a la cripta muda donde mi amor reposa
 no crece el verde césped ni la fragante flor,
 así en mi alma, tumba de mil venturas muertas,
 la flor de la esperanza tampoco germinó.

El cielo transparente que sobre mí fulgura
 no es el radiante cielo que busca mi dolor!
 Mi cielo eran sus ojos, ¡sus ojos de zafiro
 cuya radiosa lumbre por siempre se nubló!

El vigoroso tronco que el vendabal deshoja
 puede quizás de nuevo cubrirse de verdor,
 pero del seco leño que calcinó la hoguera
 no brotarán de nuevo las verdes hojas, no!

Huid del alma, efímeras y alegres ilusiones
 ¿Por qué turbar la fúnebre quietud del corazón?
 Dejadme que solloce junto a la cripta muda
 donde reposa el gélido cadáver de mi amor!

(*Dolorosa*, 1894)

Y aquella *Intima* doliente, que dedicara a la pianista Luisa Chartrand, su amiga entrañable:

¿Quieres sondear la noche de mi espíritu?
 Allá en el fondo oscuro de mi alma
 hay un lugar donde jamás penetra
 la clara luz del sol de la esperanza.

¡Pero no me preguntes lo que duerme
 bajo el sudario de la sombra muda:
 detente allí junto al abismo, y llora
 como se llora al borde de las tumbas!

Sí, seguramente la pasión de Juana Borrero por Julián del Casal no fué *el amor* propiamente dicho. Fuego vivo su alma, ansioso de desbordarse en llama, creyó amar al hombre-poeta que

le comprendió y acarició sus sueños; pero no fué su pasión sino un cariño enorme hacia el espíritu sutil y melancólico—tan semejante al suyo—, y hacia el talento poético que, sin dudas, le brindó orientaciones artísticas fecundas. Devoción lírica, gratitud espiritual, simpatía vital que le llegaron cuando su fantasía y su fuego interior eran incontenibles; cuando predominaba en ella esa característica del adolescente que, según Barnés, es el *triunfo del impulso de la vida*. Y al faltarle aquel sujeto de adoración, al chocar con el dolor de la primera ausencia, se conjugaron en su espíritu ardiente la predisposición pesimista de su formación romántica, la exhuberancia de su vida interior, y aquel presunto amor frustrado por la muerte, para realizar lo que llamara Stefan Zweig “la más noble fórmula del poeta: cantar el sufrimiento con un amor infinito y revestir de una eterna música el grito del dolor”.

III

¡Cómo se agudizaba su tormento en el filo de aquella ausencia, y cómo se dilataba su angustia desamparada en aquella “noche de su espíritu”! Su canto se quebraba en la soledad:

.....

En mi pecho solloza el fastidio
y me agobia profunda nostalgia.
La belleza inmortal de Natura,
el engaño feliz de la infancia,
la memoria de días tranquilos,
el recuerdo de dichas pasadas
no han podido llenar un instante
el vacío que siento en el alma.

(*Nostalgia*, 1894)

Un año largo hubo de transcurrir desde la muerte de Casal, para que retoñara su esperanza, para que ese vacío enorme fuera desapareciendo lentamente. El milagro llegó con suavidad insospechable en la forma misteriosa de un libro: *Gemelas*, breviario de versos de dos jóvenes poetas matanceros: los hermanos Carlos Pío y Federico Uhrbach, discípulos del amado ausente. El libro

—publicado a fines de 1894 por la revista *La Habana Elegante*—, estaba consagrado “a la memoria del maestro Julián del Casal”, y, como un lema heráldico, aparecían estos versos de él al frente del libro:

.....
 O librando mi alma de mi cuerpo
 haz que suba a perderse en lo infinito,
 cual fragante vapor de lago infecto...

Símbolo de una generación desarraigada, que se debatía en un afán de trágica y constante evasión; que sin apenas haber vivido sentía, sin embargo, asco y desprecio de la vida, como una resonancia del “mal del siglo” del romanticismo europeo, lo que en el fondo no era sino una repulsión subconsciente a la miserable realidad colonial. Alguna vez habrá que hacer la disección de esta característica enfermiza de los poetas cubanos de los últimos quince años del siglo pasado, que huían vertiginosamente, de mano de la imaginación, hasta países remotos, para no enfrentarse con el dolor de su pueblo; o bien traducían este dolor, sin sospecharlo al exhalar en sus cantos la angustia, para ellos mismos inexplicable, que les abrumaba.

De esta ácida melancolía propia de aquella generación, estaban saturados los versos de *Gemelas*, pródigos en visiones exóticas, y paisajes distantes creados por la fantasía del poeta. Exactamente definió Bonifacio Byrne la poesía de los Uhrbach en estos tercetos:

Sueñan con las Pirámides y el Nilo,
 y con las blancas celdas silenciosas
 donde el dolor humano encuentra asilo,
 y cincelando rimas armoniosas,
 piensan en reinas de mirar tranquilo
 y de grandes ojeras azulosas.

Todo el libro estaba colmado de mensajes emotivos para Juana: la dedicatoria, la evocación del maestro, y el acento casualiano que lo impregnaba, haciendo una rima perfecta con su afición y con su recuerdo. Pero en particular había algo que le llegó más rápida y más profundamente: un soneto *Exótica*,

descripción de una imaginaria estampa oriental, que dedicaba: “A Juana Borrero”.

Aquel eco simpático traído bajo la advocación del poeta que había hecho florecer su ternura y crecer su dolor de música y de luz; aquellos ritmos, que parecían como una prolongación de la nota temblorosa que él le había dejado, le inspiraron las *Vibraciones* (1894) que dedicó al mayor de los Uhrbach:

Escuchando las notas aladas
que surgen vibrantes de tu arpa de oro,
se han llenado mis ojos de lágrimas
y ha subido a mi boca un sollozo,
escuchando las notas aladas
que surgen vibrantes de tu arpa de oro.

Yo no sé lo que tienen tus rimas
que al llenar mi alma de triste dulzura,
me recuerdan la imagen querida
de un ser adorado que duerme en la tumba.
Misterioso poder de tus rimas
que llenan mi alma de triste dulzura.

Canta, ¡oh, bardo! Tus cantos evocan
en mi pecho enfermo profundas tristezas,
y se puebla mi frente ardorosa
de febriles, fugaces quimeras
cuando escucho tus cantos que evocan
en mi pecho enfermo profunda tristeza.

No fué injustificado este presentimiento. La fuerte afinidad lírica y sentimental, la analogía de sus destinos, los unieron. Se encontraron con esa sutilísima lentitud y seguridad con que se llegan a encontrar dos seres que, sin saberlo, se buscaban. Debía de ser un encuentro breve, pero de una intensa brevedad. Carlos Pío también cargaba el dolor de un idilio truncado por la muerte, y los dos se fundieron en el mismo fuego, ansiosos de consolarse mutuamente.

Esta vibrante presencia de una nueva pasión, más definida, suscitó en Juana un conflicto que a duras penas rebasó. La triste sombra de Casal la obsedía; la abrumaba el temor de profanar la memoria del amado ideal, del fantasma azul que la mi-

raba sin pupilas. Pero la bella evidencia de aquel otro amor desbordado de humanidad, se impuso. De su reacción espiritual son prueba elocuente estos párrafos conmovedores, que escribió en aquella ocasión :

¡Vengo a llorar ante tu fosa la certidumbre de haberme consolado! Vengo a llorar la tortura del consuelo, la suprema vergüenza de la conformidad involuntaria... Yo, de los que te amaron la que más te amó, la que menos derecho tengo quizás de llorar ante tu fosa! ¡Yo misma! ¡La que padece porque ya no sufre...!, la que lleva en el alma, irresponsable, la suprema nostalgia de la dicha! Me siento lleno el pecho de sollozos cautivos; tengo sobre el espíritu la profunda tiniebla, y por eso vengo a llorar ante tu fosa la pesadumbre de haberme consolado.

Voy por mi sendero con la risa en los labios. Llevo las pupilas vueltas hacia el espacio y no quiero bajarlas al camino. No quiero ver que piso sobre el rastro de sangre que tú dejaste a tu espalda al emprender tu viaje hacia la sombra...

Me he sentado a pensar en él sobre tu sepultura. Recuerdo su mirada, su dulce, persuasivo acento. Y pienso en este amor doloroso que se arraiga en mi alma... Sí, realmente lo adoro. Lo amo con toda la nostalgia de mi pobre alma enferma, con todo mi recóndito anhelo de la dicha. En mi espíritu perdura indeleble, ¡oh, pálido mío!, tu recuerdo sagrado... Pero mi corazón está lleno de su amor infinito. Viviendo tú la vida de la muerte y ocupando él por entero mi alma he venido a las puertas del olvido a hablarte de mis nuevas quimeras.

Hermano, ensueño, bardo, amado mío... ¿Me oyes? ¡Ah! Si me fuera dado rasgar el sudario de nieve que te envuelve y ablandar con mis lágrimas el mármol infranqueable... ¡Verte, verte! ¡Sólo un instante!... Tus ojos, tus dulces ojos color de cielo; y tus manos, ¡tus manos de lirio! ¿Por qué no me será dado devolverte la vida?... Pero no, no salgas de tu cripta! ¡No despiertes nunca!

Además de estos párrafos—publicados en 1913 por una revista habanera con el título de *Una página inédita de Juana Borrero*—, también escribió Juana otros con el título de *Sensaciones*, inéditos hasta ahora, que parecen escritos con posterioridad, y que ofrecemos seguidamente, por gentileza de Mercedes Borrero:

Acá en el mundo pocos lo recuerdan... Hay un alma, empero, que vivió de su vida y muere de su muerte, un alma grande y sensible que se entregó a la suya como el perfume se entrega al beso de la brisa...

Las almas tristes olvidan, los nuevos amores nacen, las ilusiones se imponen a las existencias de los que se quedan, y lo que fué un culto, una pasión, una vida, no es más hoy que un recuerdo... Nada pueden las almas fieles ante la sencillez aterradora del no ser, ante la crueldad anuladora de la tumba! No hay besos bastante ardientes ni caricias capaces de revivir el cadáver del pasado. Y el alma inconsecuente, ¡ay!, pero irresponsable también, se abre de nuevo a las solicitaciones de la vida, y el corazón lleno aún de lágrimas, responde a las emociones y a las esperanzas.

En mi corazón surge su recuerdo indeleble y pugna por desterrar de mi espíritu la aurora, que ya se inicia en él, de los nuevos amores. Su imagen temida y amada, aparece en mis sueños llenándome de angustia y envenenándome la vida. La obsesión de su reproche me persigue implacable y siento fija en mí su pupila acusadora que me interroga llena de lágrimas... ¡Traicionado en vida, traicionado en muerte! ¡Oh. mi amor primero! ¡Oh, amor de mi vida!

Ya no puedo decir: soy fiel!, porque en mis sueños se interpone otra imagen que no es la suya, y él ha muerto de nuevo y definitivamente en mi espíritu. ¡Oh!, doble muerte, oh, tristeza! Y para traicionarte te hice creer en promesas que yo mismo quebranto, y en juramentos que no he cumplido y que no valen nada, ahora, ante la marcha inexorable de la vida.

¡Qué lucha la de Juana entre el recuerdo empapado de lágrimas que le llegaba con la evocación estremecida por el misterio de la muerte, y aquella esperanza irresistible que le venía desde la vida! Lucha entre un pasado que no se quiere quebrantar, a pesar del dolor que lo envuelve, y un futuro que se impone imperiosamente, por la promesa de dicha y de belleza que trae consigo. Estaba en esa coyuntura sentimental que el pedagogo español Domingo Barnés, en su tratado sobre psicología del adolescente, definió de este modo:

La pasión del amor nos removerá como lo haría una explosión, en la que alguna determinada acción despertará en nosotros nostalgias y remordimientos que envolverán como en una nube todo el resto de nuestra vida.

Pero la llamada de la vida fué más potente—tenía que serlo—que las evocaciones de la muerte. En verdad, esa nube, aunque débilmente, la seguiría envolviendo a veces, pero ella sabría sobre-

ponerse vigorosamente, porque el impulso vital que la animaba era fuerte y profundo. Renació Juana de su mundo de tinieblas. Tenía que aspirar a plenitud el cálido aliento de sus 17 años fruteados, que hacía resplandecer su mórbido cuerpo y lucir “su cabeza soberbia y erguida” bañada de inefable serenidad. Su poesía, como siempre, nos habla con el más fiel lenguaje las cosas de su espíritu:

Del fondo de mi mente creadora
vi, mi noche alumbrando,
surgir el ideal irrealizable
tanto tiempo esperado.

Y con el alma de esperanzas llena
vi su ser encarnado
en los divinos versos de un poeta
sensible y desgraciado...

Desde entonces lo busco infatigable,
y aunque jamás lo alcanzo
yo lo llevo en el fondo de mi pecho
y también en mis cantos

.....
Bien ideal que alumbrá mi horizonte
como distante faro,
¿moriré contemplándolo de lejos
sin llegar a alcanzarlo...?

(Sin título, 1895)

¡Cómo no habría de alcanzarlo, si ya un hilo invisible la unía al poeta! A principios de 1895—año culminante para Juana—, comenzó el idilio lleno de gozos y tormentos sentimentales, que ya dejaría resonando para siempre el metal vibrante y armonioso de aquellas dos almas llenas de poesía y de inquietud. La dulce muchacha soñadora, la genial artista adolescente, encontró en el amor del romántico poeta yumurino el bálsamo que anhelaba su aflicción. Ella se lo diría alguna vez en una carta:

Tengo tu amor, y teniéndolo me parece una infidelidad sufrir. Tu amor! ¿Sabes lo que representa para mi alma? El ha sido bastante poderoso para desvanecer mi pasado...

Pero aquel idilio—tan grávido de humanidad y de ternura—, tenía que desarrollarse a espaldas de don Esteban, el padre

celoso de la juventud y de la carrera artística de su hija, quien, seguramente, no estaría desasido de los convencionalismos de la época. Los enamorados sólo podían verse los domingos, y alguna que otra vez durante la semana, en que visitaba Carlos Pío el hogar de *Las Puentes* en unión de un grupo de jóvenes artistas y poetas, algunos de los cuales también tejían su idilio recoleto con las otras muchachas de la casa (4). Por ese motivo poderoso, la comunicación entre ellos fué esencialmente epistolar. Juana escribía a su novio incansablemente, a todas horas, larguísimas cartas llenas de emoción y pasión. A través de ese delicado epistolario—cuya publicación se hace imprescindible, por todo lo que revela de aquella grande alma de mujer y de artista—, es como se puede comprender la calidad e intensidad de su amor (5).

Ese afán de darse, de ofrendarse todo a lo que ama y admira que es una de las características del adolescente, hacían que la apasionada niña consagrara todos sus instantes a comunicarse con su amado, hurtándole horas al sueño, haciendo rodar su ansiedad por la pista del insomnio, para volcar sobre el papel, en letra menudita, el caudal inagotable de su sensibilidad. Otros espíritus semejantes—María Bashkirseff, Amiel—, lanzaron ese caudal de su vida interior por los cauces estremecidos del *Diario íntimo*. Ella lo desbordaba a diario en las páginas de sus cartas, con la ventaja sobre sus hermanos ilustres de que, mientras aquéllos monologaban en silencio, nuestra adolescente atormentada hacía participar a otro sér—en diálogo sublime—de

(4) Federico, el hermano de Carlos Pío, era novio de Elena Borrero, una de las hermanas de Juana, y con ella casó después, en Key West.

(5) A la bondad de Consuelo Borrero—que con tanto fervor cultivaba el recuerdo de su hermana, y que generosamente me ha facilitado datos preciosos para esta conferencia—, debo el privilegio de haber leído las cartas que escribió Juana a Carlos Pío. Una singular elegancia de estilo—sólo comparable a la belleza de sentimientos que expresan—, predomina en ellas. Muchas de estas cartas están iniciadas con versos propios y ajenos—algunos de Casal—, y decoradas con finos dibujos alusivos a los estados de ánimo de la autora. Como por un caleidoscopio maravilloso, vemos desfilar por estas páginas íntimas las impresiones más recónditas de aquella compleja personalidad, y todo el intenso capítulo de su vida que fué su amor con Carlos Pío Uhrbach, para cuya narración completa resultan estrechos los límites de este trabajo.

sus ilusiones y sus ansiedades. Sobre esta dedicación continua que hacía a su amor, le decía alguna vez a Carlos Pío:

Todo lo que no sea tú me es absolutamente indiferente... A mí me parece lo más natural del mundo dedicarte mis horas de sueño, y mis días enteros. ¡Es tan poco esto! Tengo una sed inmensa de sacrificarme en algo!

En medio de todos los deleites espirituales—y de sus tormentos—, en que le inundaba aquel amor en plenitud, había el obstáculo casi insuperable de verse a solas, de hablarse sin testigos. Y este contemplarse a distancia, sin apenas tocarse las manos trémulas, le hicieron escribir estas rimas al frente de una carta:

Yo me muero de sed, pero mi boca
no ha de tocar el agua cristalina
que brotando del seno de la roca
con su grata frescura me convida.

¡Yo me muero de amor... mas la sincera
y ardiente confesión sube a mis labios
y no puedo besarte... ni siquiera
estrecharte la mano...!

(Tántalo)

Y al respaldo de una fotografía suya—que tiene fecha marzo 15 de 1895—escribió este poema, revelador también de esta tantálica angustia:

Ya que el deber tiránico me exige
que yo te oculte mis tristezas íntimas,
para poder hablarte y conmoverte
voy a escribir a espaldas de mí misma.

Para nombrarte acuden a mi pluma
multitud de ternezas espontáneas...
¡Cómo es verdad que la pasión sincera
aunque enmudezca el labio se delata!

Luz de mis ojos...! Vida de mi vida!
 Consuelo de mis fúnebres tristezas,
 ¡si pudiera verter en tus oídos
 de mi oculto pesar la confidencia!

¡Este retrato con mi amor recibe
 y guárdalo en tu pecho cariñoso,
 ya que no puedo verme retratada
 en la cámara oscura de tus ojos.

¡Tristeza de la pasión incontenible que tiene que ocultarse!
 Pero no todo habría de ser así. Su amor—que alguna vez hubo
 de definir de esta elegante manera: “siendo único es múltiple
 y compendia en sí mismo varios amores, como el rayo de luz bla-
 co y radioso comprende en sí los siete colores del prisma”—,
 siempre hacía resonar su nota vital y positiva, a pesar de las
 crisis de pesimismo que transitoriamente nublaban su ansiedad.

Estos versos, inéditos hasta ahora, así lo revelan:

Quiero extasiarme en tu mirada
 tan dulcemente soñadora,
 para buscar tu amor oculto
 en su penumbra misteriosa.

Quiero escuchar tu voz querida
 cuya ternura melancólica
 tiene la música del beso
 y la cadencia de la estrofa.

Quiero estrechar tu mano helada
 entre mis manos ardorosas
 y transmitirle todo el fuego
 de la pasión que me sofoca.

Cuando me envuelven tus pupilas
 en su caricia turbadora
 sube a mis labios espontánea
 la confidencia cariñosa...

IV

Yvone, Yvone, tu figura
surge en mis noches de dolor,
como una estrella blanca y pura,
como un querub, como una flor...!

Yvone, Yvone, tu belleza
prende en mi alma intenso amor.
Tu melancólica tristeza
me ha conmovido el corazón!

¡Oh dulce mártir de los sueños,
ángel de luz, rosa de abril!
Todo mi amor te pertenece,
todo mi amor es para tí!...

(Yvone (Balada bretona). J. B.)

Ya está cercano el desenlace de esta novela fugaz: es decir, el final de esta vida que es como una novela y que es algo más que una novela. He dicho antes que 1895 es un año culminante para ella, pero es porque igualmente lo es para Cuba. La patria, doliente y heroica, sufre y lucha por superar el sufrimiento que la agobia, en el esfuerzo de sus hijos mejores. Y Juana, también, sufre, pero ama y sueña también. La lírica figura de una leyenda bretona, Yvone, “mártir de los sueños”, “le ha conmovido el corazón”, y firma sus cartas de amor desde entonces con ese nombre que la ha cautivado. Pero es un nombre para el amado solamente, porque el suyo propio, en ese año precisamente, ya va siendo de todos. Su nombre y su apellido son pronunciados con admiración por las gentes que leen los libros y los periódicos. Su padre edita el libro *Grupo de Familia*, con versos de su abuelo, de su tío, de él y de ella, con un prólogo donoso de Aurelia Castillo de González; y la revista habanera *Gris y Azul*,—con un “Exergo” del conocido crítico *Conde Kostia*—da a la estampa su primer libro de versos, *Rimas*, quizás como un tácito homenaje—prolongado en sus versos—a Gustavo Adolfo Becquer. Todas las revistas reproducen sus obras y hablan de ella encomiásticamente. *El Figaro*, en

un número extraordinario dedicado a la mujer cubana (6), y en el que colaboran las figuras femeninas más ilustres de la época, publica su fotografía y una selección de sus poemas. Y en La Habana y en Camagüey exponen sus cuadros mejores. Sería entonces cuando pintó algunos de los que están expuestos aquí esta noche, entre ellos esa estampa de los tres negritos, iluminados de infantil ingenuidad, y ese otro de *Crucecita*, la anciana vendedora de billetes, cuyos rasgos de trágica resignación ella captó magistralmente.

También sufría Juana porque estaba enferma. No sólo era el tormento de aquel amor que no llegaba a su plena realización, ni el de su ansiedad creadora, ni el de su infatigable vida interior, ni el de los recuerdos que le visitaban para hacerle crecer el gran tormento de su vida. También le torturaba la sombra de la muerte. Esa cosa casi imponderable e inasible que es una enfermedad hizo presa de su delicado organismo. En una carta, dice a Carlos Pío:

Hace varios días que me siento muy mal, un dolor agudo en el costado izquierdo me quita la respiración por momentos... ¡Todos los días, por la tarde, me siento con fiebre! ¿Qué será esto?

Y en carta posterior:

Ayer por el día estuve bastante mal, los cáusticos me destroran la espalda y... la ausencia me destroza el *cuore!* Sufro mucho. Tengo una opresión al pecho que me angustia asfixiándome y produciéndome un tormento insufrible. No sé qué será ésto!...

...Me cuido mucho. Mañana me ponen sobre el homóplato izquierdo otro cáustico... el horrible escozor de la cantárida me va a parecer agradable porque pensaré que me mejoraré y que tú te alegrarás.

¿Sería la misma enfermedad pálida que abatía a las heroínas del romanticismo, y que hoy es la enfermedad de la miseria, que hunde su filo penetrante en los pulmones de los pobres? Quién sabe si por creerlo así, su padre, médico, le aplicaba esos cáusticos, y la mandaba durante varias semanas a una finca cercana a la capital, situada a altura capaz de suministrar una provisión generosa de aire puro, cálido y vigorizador...

(6) *El Figaro*, febrero 15 de 1895.

Pero todos esos tormentos que le asediaban implacablemente —mezclados con el goce de amar y de sentirse amada—no eran lo bastante para hacerle olvidar la tragedia de su patria. Amaba, soñaba, sufría... cantaba y creaba. Pero en el fondo de aquellos días, grávidos de amorosa inquietud, se alzaba la sombra gigantesca de la tragedia nacional. Y en *Rimas*, su único libro, publicado días antes de estallar la revolución, ella incluía un poema, *Esperad!*, que dedicó a Diego Vicente Tejera, y que estaba inspirado en los mártires de la patria, de quienes cantaba la poetisa:

Quizás nos culpan de mirar pasivos
la agonizante convulsión de un pueblo
que pugna en vano por romper el yugo
que lo mantiene, a su pesar, sujeto.

.....

¡No es posible! ¡Esperad! ¡Quizás no tarde
de la batalla entre el confuso estruendo
de ¡Libertad! el anhelado grito
en conmover vuestros sagrados restos!

Aquel grito ansioso y ansiado que se ahogaba en la garganta de la conciencia cubana, pugnando por brotar, estalló, al fin, como una sonora flor de rebeldía. La revolución extendiase rápidamente; incendio purificador, a todos los lugares llegaba el resplandor de sus llamas. En algunas de las cartas de Juana hay referencias dolorosas a la cruenta lucha que surcaba las entrañas de la manigua cubana. Un pueblo oprimido agitaba sus cadenas... Pero durante todo ese crítico año de 1895 los enamorados trenzaban su idilio como si estuvieran distantes del incendio. ¡A pesar de ello, tal vez algún presagio anunciaba a Juana que pronto les salpicaría aquel oleaje ensangrentado!

Así fué. El apacible retiro de *Las Puertes* perdió todo su encanto, porque la patria reclamaba sacrificios y esfuerzos. El desasosiego en que Cuba vivía se apoderó también de aquel hogar estremecido. Don Esteban Borrero, fiel a sus principios separatistas y a su tradición revolucionaria, estaba ligado por sólidos hilos a la lucha heroica. Casi todos sus amigos habían par-

tido para la manigua o la emigración. El no pudo tardar en seguirlos. Descubierta su participación en el movimiento emancipador, entre el destierro voluntario y el proceso fulminante, optó por lo primero. Y en una tarde de enero de 1896—en un crepúsculo que debió de ser triste—embarcó precipitadamente para Key West, en compañía de toda su familia.

Para Juana, esta separación sería el desgarramiento definitivo, del que jamás podría reponerse; el clímax de su tormento vitalicio. En Cuba quedó su Carlos Pío, envuelto también en la vorágine de la lucha redentora. El le había prometido ir más tarde a reunirse con ella, pero su asombrosa intuición seguramente le advirtió que no lo vería más: sus cartas lo denunciaban. Desde que llegó hasta aquellas playas extranjeras, bajo un cielo gris, sentíase más enferma que nunca; languidecía lentamente, torturada por el presentimiento de su muerte. Todas sus cartas escritas entonces revelan el conflicto en que ella se debatía, entre el clamor desesperado a la vida y la resignación a lo inexorable que ella siente revolotear en su torno.

Le cuenta a su amado que todas las tardes va hasta el cementerio, a llenarse más aún el espíritu de tristeza, a acostumbrarse a la idea terrible de la muerte. Desconfió de que alguna vez se hayan escrito bajo la advocación de la muerte páginas más bellas y más humanas que las que Juana escribió entonces. Alestaría continuamente en su recuerdo aquel soneto que escribió frente al paisaje de *Las Puentes*:

Quiero morir cuando al nacer la aurora
su clara lumbre sobre el mundo vierte,
cuando por vez postrera me despierte
la caricia del sol, abrasadora.

Quiero al finalizar mi última hora,
cuando me invada el hielo de la muerte,
sentir que se doblega el cuerpo inerte
inundado de luz deslumbradora.

Morir entonces: cuando el sol naciente
con su fecundo resplandor ahuyente
de la noche la fúnebre tristeza.



Cuando radiante de hermosura y vida,
al cerrarme los ojos, me despida
con un canto de amor naturaleza.

(*Vorrei Morire*)

Cuando en lugar de Carlos Pío llega a Key West su hermano Federico, novio de Elena Borrero, Juana se sume en la mayor desesperación. No basta que le mientan una y otra vez que su novio irá pronto a reunirse con ella. No puede creerlo. Carlos Pío—ella lo presentía—debía quedarse en Cuba porque la libertad de su pueblo lo reclamaba, para alzar su destino de poeta hasta la altura de su destino de hombre. Pero también ella lo reclamaba imperiosamente. De entonces son estos párrafos de una carta patética y desgarradora:

No tengo más que un ideal: morir! Y es tan fácil...! La esperanza de verte otra vez me encadena a la vida.

Tu Juana se va...! Espero que estés aquí dentro de 14 días a lo sumo. Yo no puedo más... No vayas a creer que mi partida será voluntaria. No, tú sabes que mi vida es sagrada porque es tuya, y si hasta ahora la he defendido es por tus ruegos. Pero todas las circunstancias me impulsan a ello y comprendo con horror que es *preciso*. Aterrada ante la perspectiva del naufragio total, y desolada de antemano con las desventuras presentidas, ¿no valdría más concluir?

Ya mi único anhelo es verte otra vez, y después la muerte definitiva y desoladora... para los otros... Ven, te lo suplico, te lo ruego, te lo grito por última vez... Espero que comprendas la solemnidad angustiada de esta súplica. Ven; ya no tengo fuerzas para esperar más. Además, estoy mal... muy mal. Nadie lo sabe porque nadie está en mí. La *sierpe* que llevo oculta en el pecho me muerde... me muerde. Tengo el temor horrible de morir sin verte.

Moriría sin que pudiera realizar este supremo anhelo. Hasta aquel cementerio que ella visitara días antes invocando a la muerte, la llevaron una triste tarde del marzo norteyño, hace exactamente 41 años, cuando ella apenas había llegado a los 18. No la despidió con un canto de amor la naturaleza, como esperaba en su *Vorrei Morire*. Entre las brumas que muchas veces añoró bajo la luz tropical, se apagó su llama trémula, se des-

vaneió su vida atormentada, su vida bella y dolorosa como un vibrante poema humano. Y cuentan que, en la angustia de la agonía, como en una obsesión, repetían sus labios convulsos los proféticos versos del poema de Casal:

...en tí veo ya la tristeza
de los seres que deben morir temprano...

NOTA.—La Dra. Piedad Maza, que con tanto celo y competencia ejerce la cátedra de Psicología del Adolescente en la Escuela de Pedagogía de la Universidad Nacional, juzgando interesante para sus alumnos este estudio sobre Juana Borrero, hubo de recomendarles su lectura. Ello dió por resultado que una de las mejores discípulas de esa Escuela, la Sra. Matilde Serra, leyera en la clase de la Dra. Maza unos agudos y certeros comentarios en torno a esta conferencia, desde un punto de vista psico-pedagógico, que estimo indispensables para la mejor comprensión de aquel complicado espíritu, aunque como muy bien dice la Sra. Serra, no podrá estudiarse completamente su personalidad hasta que no se conozcan minuciosamente todos los datos íntimos referentes a su vida, para lo que sería una importante contribución el dar a la estampa las cartas de Juana a su novio, y a amigas íntimas como la pianista Luisa Chartrand.



José Manuel Mestre.

La Filosofía en La Habana,

por Carlos Rafael Rodríguez.

Los biógrafos contemporáneos que han sabido narrar la existencia de guerreros, políticos y artistas, encuentran en el filósofo una materia inerte, resistida a toda biografía. Es que mientras el estadista y el poeta actúan en el mundo, los filósofos se retiran a su reflexión y soliloquio. Y actuar es el único modo posible de existir ante el prójimo. A Descartes le bastaba, para saberse vivo, sentirse un ser pensante: “Pienso—decía—luego soy”. Pero con ello solo no hubiera logrado ciertamente darle a sus coetáneos buena fe de vida.

Esa peculiaridad de los filósofos, que meditan mientras los otros aman o guerrear, hace de ellos, aun de los menos pacientes, hombres negados a lo biográfico. Del mismo Descartes, por ejemplo, tenemos noticia, no por su recuerdo de noble cortesano francés, y sus campañas militares en Bohemia, sino por el *Discurso del Método*. Un libro de apenas cien páginas esconde y suplanta toda una vida fragorosa. Külpe y Simmel, también, al hablarnos de Kant, demoran la pluma en describirnos como fueron naciendo sus ensayos críticos; pero apenas nos dicen de qué manera vivía en Koenigsberg aquel viejecillo, con extraña cara de mico, que cuando no enseñaba filosofía en la Universidad o escribía sus metafísicos ataques a la metafísica, empleaba las tardes en largos paseos, en que no hacía sino seguir meditando, lejos de la vida.

Si algo nos permite, a pesar de ello, incluir a un filósofo, a quien se presume tan poco cargado de existencia, en esta serie dedicada a los *Habaneros Ilustres*, es que, precisamente, la filosofía en La Habana tuvo muy poco de recogimiento y apacibilidad. Los pensadores habaneros no vivieron porque pensarán, según lo que-

ría el Cartesio que tanto influyó en ellos, sino que pensaron filosóficamente como una obligación de su época y necesidad vital. A José Manuel Mestre y sus amigos los ha llamado Enrique José Varona “hombres activos que vinieron después de hombres especulativos”. Pero es difícil coincidir con esta sentencia del Maestro. Varela, Luz y Saco, tuvieron muy poco de ociosa especulación. Oswald Spengler ha dedicado casi un capítulo de su *Decadencia* a condenar a los filósofos modernos, teóricos, según él, rezagados de todo lo importante en su época. El juicio, como mucho de lo spengleriano, carece de verdadera novedad. Hace varios siglos Erasmo, en su *Laus Stultitiae*, utilizaba a la locura para hacer el vejámen de los filósofos y la filosofía. Algo después, un escritor salido de la clase obrera, que tenía la simplicidad de quien no está contaminado por largos siglos de divagación, llamaba a los filósofos “monstruos, que sólo son lengua y carecen de brazos” (Monsters who are all tongue, and no hands). Ese calificativo, tan disminuidor, de Gerard Winstanley no podía ser aplicado a Félix Varela, que adiestró a los cubanos en su derecho a la libertad y supo alzar el brazo de clérigo para destronar a un rey traidor. Tampoco Luz y Caballero es reo de permanecer al margen de su tiempo; “no queremos filósofos expectantes —dijo alguna vez— ni eruditos de argentería, sino hombres activos...” De esa actividad está transido en lo político y pedagógico el pensamiento cubano de aquella época. Creadores de escuelas fueron sus representantes, y animadores, sobre todo, de una conciencia política.

A ese grupo de filósofos actuantes, llegó José Manuel Mestre por obra de un accidente, para su familia infortunado. Si la muerte del padre catalán no hubiera venido a quebrar sus proyectos, al pensamiento cubano le faltara aun su historia y en la chocolatería de *Mestre*, allá por la calle de Ríela, se habría disuelto una de las mejores aptitudes científicas de nuestro país. Pero la orfandad de José Manuel y sus hermanos, que habían quedado, según nos informa José Ignacio Rodríguez “sin más bienes de fortuna que un buen modelo al que imitar”, inclinó a José de la Cruz Torres, tío de los niños, a desviar hacia ellos la protección y el afecto paternal de buen español que no pudo poner en hijos propios. La fábrica fué sustituida por la escuela, y desde entonces se incorporó a las letras cubanas el que iba a ser uno de sus más recatados y

sólidos representantes. Cuando sugerí a nuestro Emilio Roig la inclusión de José Manuel Mestre en estas *Vidas Ilustres*, sabía yo de antemano que nada iba a añadir al estudio de su biografía, hecha ya por José Ignacio Rodríguez. Sólo quería renovar la presencia literaria de esta figura casi siempre olvidada.

Las influencias.

Después de pasar por los colegios de José Purcia y Esteban de Navea, Mestre, a los once años y con un latín casi maestro, hizo su ingreso en la Facultad de Filosofía de la Universidad habanera. Aún aquella disciplina no había logrado escapar al verbalismo que anegaba toda la educación escolástica española. Métodos y planes de estudio gravitaban sobre los alumnos, sofocándoles cualquier aliento personal. Particularmente el plan de 1842, que Mestre tuvo que vencer, era de tan agobiadora extensión, que la suspicacia de los cubanos llegó a creerlo elaborado con el solo propósito de apartar a los hijos del país de la enseñanza superior para disminuir así los riesgos de su insurgencia, ya entonces perceptible.

Pero si la escuela española vivía esa existencia de atraso en que el alumno distraído recitaba perezosamente la lección apenas avistada un momento, y el aula era un verdadero ámbito cerrado a la naturaleza, un *claustro*, para decirlo con ese término monacal que pasó a la enseñanza, en Cuba, desde los comienzos del siglo XIX se había producido una reanimación. Primero, José de la Luz quiso infundir a nuestros estudios la espontaneidad naturalista que prevalecía en las mejores instituciones de Inglaterra. Y pausadamente la enseñanza cubana fué perdiendo su condición deformadora —hormadora— en manos de una minoría profesoral atenta. Resultaría de otro modo inexplicable el escrúpulo, el entusiasmo investigador, la paciente atención a los hechos, el espíritu científico, en suma, que anima a Mestre y sus condiscípulos, cuando se atiende sólo a las circunstancias oficiales en que se educaron, olvidando la encomiable faena de los que fueron sus maestros. Comprendemos por qué Mestre fué en su madurez tan afecto a la Antropología, ciencia recientísima y exigente, cuando nos enteramos de que

el sabio Poey y el químico Aguilera empleaban ya en la disección y los laboratorios gran parte del tiempo dedicado a las clases. Discípulos de hombres semejantes y de los González de Valle, Bachiller y Zambrana, José Manuel Mestre y sus compañeros adquirieron el hábito de mirar a las cosas científicamente, con modestia y pasión.

De aquellos estudios preliminares, Mestre extrajo un entusiasmo peculiar por la filosofía y la amistad provechosa de los González del Valle, eruditos en ella. Manuel, antagonista de Luz con quien polemizara, fué quien le enseñó la historia de esa disciplina. José Zacarías, a más de profesor en física, lo tuvo como "amigo cariñoso". Bajo su atención y aliento tradujo José Manuel al castellano la *Física* de Marceet, que apenas publicada fué acogida como texto de la asignatura. No era ésta, sin embargo, su primera obra literaria. Entre viejos anaqueles quedó impublished otra traducción en la que había colaborado José Ignacio Rodríguez: la de los *Nuevos Elementos de Historia General* de Levi. El publicista hacía, antes de los veinte años, sus primeros ensayos.

Pero el hervor juvenil no se detenía en esas traducciones. Mestre y sus condiscípulos fundaron una ambiciosa *Academia de Estudios*. Biblioteca y lugar de esparcimiento, era a la vez un centro de enseñanza complementaria.

Cada noche del curso, con la sola excepción de los asuetos dominicales, aquel núcleo de jóvenes se congregaba a repetir las lecciones universitarias. Aquella academia, sospechosa a las autoridades españolas, cimentó en los solemnes y tempranos académicos, la vocación que sus profesores le imprimieran.

A rematar estas influencias, que auspiciaron la enseriada adolescencia de Mestre, vino su encuentro con José de la Luz y Caballero. En 1850, cuando andaba por sus dieciocho años de anticipada responsabilidad, don Pepe le confirió el privilegio de enseñar en *El Salvador*, auxiliando con ello la exhausta economía familiar. Sus lecciones iban a derramar sobre Mestre en dos corrientes alternas, que confluyeron luego en el pensamiento filosófico de aquél: la naturaleza como fuente del conocer humano, y la conciencia, como origen y reducto de la actuación moral. De la presencia de José Manuel Mestre en la cátedra universitaria, iba a decir Varona que marcó "el único período en que la influencia de

Luz se dejó sentir en las doctrinas enseñadas en nuestras aulas”. Desde esa misma cátedra lo evocó Mestre alguna vez:

...en medio de sus apasionados discípulos, doblado, sí, por la mano dura del sufrimiento físico, pero con el corazón joven y el espíritu elevado, ora fecundando las inteligencias de todos con los tesoros de la más vasta y enciclopédica sabiduría, ora comentando alguna epístola del gran apóstol San Pablo, ora más que todo edificando con el ejemplo de su heroica abnegación por la enseñanza...

Más que sobre su metafísica y epistemología iba a ejercerse el magisterio de Luz sobre la conducta de Mestre. Ya al intervenir en la polémica entre Manuel González del Valle y el Presbítero Francisco Ruiz, había desechado Don Pepe el utilitarismo como pivote de la moral, afirmando que sólo el deber podía ser la norma con que medir las acciones de los hombres. Hacia el deber estrictamente observado encaminó su existencia José Manuel Mestre. Cuando en 1855 concurre a las oposiciones para una cátedra supernumeraria en la Universidad, tema de sus preferencias son unas *Consideraciones sobre el placer y el dolor*. Se trata del más buido análisis del utilitarismo como principio moral, en que muestra un conocimiento actual y minucioso de los utilitarios desde Epicuro a Bentham. “En la naturaleza del hombre —concluía— existe una continua e irresistible inclinación al bien”, considerando además con Cousin que “la moral es un absoluto” y que ningún relativismo puede oponerse a sus leyes.

Esta vena moralista, común a la filosofía española y sus derivaciones, sería ya para José Manuel Mestre un lineamiento de su vida que lo llevaría a abandonar la jurisprudencia, la cátedra y la isla, trocándolas por el exilio revolucionario.

“La fuerza histórica de una clase —puede leerse en alguna parte de *El Capital*— se mide por su capacidad de asimilar a los miembros de las otras clases”. La de los propietarios cubanos, nuestra acaudalada aristocracia criolla, estaba entonces en plena integración y crecimiento. Comprobando el apotegma de Marx, esa clase de terratenientes se iba allegando lo mejor de una pequeña burguesía formada en el estudio y la ciencia, pero desposeída de fortuna. Tal vez el más claro testimonio de ello es la vida de Morales Lemus, que comenzó en la orfandad desolada de Gibara,

con apenas unas casas desguarecidas por primer escenario, y llegó, en el intermedio del siglo XIX, a ser el representante más genuino de la Cuba liberal.

Mestre, mero profesor y aspirante a la abogacía, penetró en la aristocracia criolla y en el más excluyente de sus rangos, por el amor, es decir, por el escotillón de lo fortuito. La familia Alfonso resumía todos los caracteres de aquel período de la historia cubana. Del padre, Don Gonzalo, decía Saco que era “uno de los hombres más dignos que ha producido el suelo cubano y que no debía morir nunca para consuelo de la patria”, era hermano de Silvestre Alfonso y tío de José Luis, el marqués de Montelo cuya desdichada participación en nuestra política colonial es ya sobradamente conocida. Una tarde de suave morosidad veraniega entraba José Manuel Mestre en aquel ámbito patriarcal. Iba, con un poco de azoramiento juvenil en el ánimo, de la mano de Luz y Caballero. El Maestro lo introdujo como “una esperanza de la patria”, filósofo en ciernes y profesor adecuado para Ricardo y Felipe Alfonso, los primogénitos que debían presentarse a examen en la Universidad.

En aquel atardecer desvanecido, el nuevo profesor entrevió la belleza tranquila de Paulina Alfonso. Comienza allí una amistad pronto llevada al deliquio amoroso. Lectora de los clásicos en un flúido alemán e italiano, inclinada a las ciencias naturales, ninguna compañera podía completar mejor los veinticuatro años de José Manuel Mestre. Francisco Ruiz, el presbítero discutidor, los unió el 7 de agosto de 1856, con su mano de filósofo.

Pero no aprovechó Mestre la favorable situación que aquel matrimonio le deparaba. Evadiendo las ofertas solícitas del padre político, continúa en la abogacía y la enseñanza. Es un destino común a los más genuinos talentos de Cuba tener que distraer sus aptitudes empleándolas en los oficios más ingratos. Mestre hubo de constreñir su capacidad de abstracción a los códigos con que administraba la ley en un Juzgado de Primera Instancia. No pudo allí hacer que sobresalieran sus calidades de jurista, evidenciadas luego en más de una sentencia memorable y en los escritos de su *Revista de Jurisprudencia*, que fundó junto a Azcárate, Fesser y José Ignacio Rodríguez, aumentando así su contribución a la cultura insular. Pero en cambio, aquel juzgado subalterno del distrito de Belén, puso a prueba por primera vez sus condiciones de

hombre insobornable. La anécdota es intrascendente. Puesto a dirimir una querrela entre don Miguel de Embil y el Capitán General Concha, el juez propietario prefirió trasladar la responsabilidad a Mestre. Basta recordar lo que representaba la autoridad de los gobernadores y la peculiar situación en que los cubanos se encontraban, sobre todo después de lo acaecido con Ramón Pintó. El gesto levantado de Mestre negándose a convalidar una injusticia, le granjeó una condena y la sospecha de desafección, pero aumentó el respeto que inspiraba. Alternó el ejercicio de la abogacía con su inalterable dedicación filosófica. Cuando Manuel González del Valle abandonó su cátedra universitaria, se la encomendaron, como a un continuador indiscutido. Poco podemos decir de la doctrina de Mestre, que ha permanecido lamentablemente dispersa entre los que fueron sus discípulos. Hasta entonces el cousinismo, profesado con polémica animación por Del Valle, había sido la teoría al uso académico. Pero para Mestre, el pensamiento de Víctor Cousin “carecía en lo absoluto de base y de substancia”. Cierto que tanto él como Luz, a pesar de imputarle a los cousinistas la carencia de un sistema homogéneo, pecaron también de las desigualdades de un eclecticismo de índole diferente. Pero lo que señaló las enseñanzas de José Manuel Mestre en su cátedra, es el afán de abandonar la huera metafísica e imponer a la filosofía el rango de ciencia verdadera, sustentada sobre los hallazgos que otras ciencias iban acarreándole. El, que más tarde defendería el evolucionismo, afirmando—tal vez sin advertir su débil posición intermedia— que “la verdadera ciencia no puede ser materialista ni espiritualista”, sostuvo en la lección inaugural de 1856 que la psicología era como antesala de los estudios filosóficos, porque la conciencia de sí mismo constituía —como Descartes lo enseñaba— el preliminar de toda reflexión profunda. La lógica, elevada por los escolásticos al rango de suma del filosofar, la redujo a instrumento del saber, “gimnasia del entendimiento”, o “fórmula legítima de la filosofía”, como la llamara alguna vez. Y, desdeñando la especulación que estorba el recto entendimiento de la naturaleza, tuvo la audacia de afirmar, antecediendo en ésto al pensamiento de Varona, que

...las ciencias puramente filosóficas y en especial las metafísicas, han tenido casi siempre una propensión desgraciada a re-

montarse tan alto en el espacio de las abstracciones, que con demasiada frecuencia se han puesto fuera de la comprensión de la generalidad de las inteligencias.

De semejante actitud contra la metafísica, pudo decir con encarecimiento Enrique José Varona que marea un cambio de rumbo en los estudios de la filosofía cubana. Nadie antes que el mismo Mestre ha descrito con tanta probidad y penetración los caracteres que hasta ese pronunciamiento tenía el pensamiento filosófico entre nosotros. Su discurso de 1861 sobre *La Filosofía en La Habana* queda aun como el único ensayo de conjunto que poseemos. Desde los comienzos apenas desbastados con el Obispo cubano Hechevarría, reformador de los estudios, hasta el movimiento bifronte de Luz y González del Valle, la filosofía habanera queda revisada, como lo había hecho José Zacarías G. del Valle, con una limpidez estilística raras veces lograda, aunque con forzado esquematismo. Aquel breve e iluminador ensayo lo finaliza Mestre declarando que en una época de positivismo y adelanto científico, sólo le era posible prosperar a una filosofía que se condujera bajo esos principios.

Pero el título de positivista adolece de gran ambigüedad, e incurriríamos en error al adjudicárselo a Mestre sin un previo esclarecimiento. José Ignacio Rodríguez, con su catolicismo pacato, ha querido reducir todas nuestras grandes figuras a la beatitud. No ha escapado a ese empeño su biografía de Mestre que nos sirve de índice esta noche. Después de presentárnoslo descarriado del catolicismo por motivos genéricamente políticos, deja entrever la posibilidad de un acuerdo posterior con la Iglesia. Si en realidad jamás Mestre volvió a avenirse con los clérigos, si en la muerte de Don Pepe decía: "no murió como hubiesen deseado los jesuitas, es decir confesado y comulgado", hay en cambio en su pensamiento una actitud ponderada que ciñe lo que de positivista pudo tener. Adversario de la metafísica divagadora, asume ante sus temas finales una actitud conciliatoria. Siguiendo la tradición filosófica cubana que sólo Varona empezará a quebrantar, aboga por los métodos experimentales, pero sin negar radicalmente la existencia divina. Racionalista, todavía se percibe en él la huella de aquellas palabras de Varela para quien en lo divino actúa la fé y en lo humano la razón y la experiencia. José Manuel Mestre, descreído,

deja entreabierto para los demás un camino hacia la mítica creencia.

Aquella disposición admirable para la filosofía y la enseñanza iba a encontrar enseguida un escollo en que zozobraría definitivamente. Antonio González de Mendoza, amigo íntimo de Mestre y catedrático como él de la Universidad, fué objeto de un agravio injustificado que provocó su renuncia del claustro. Mestre lo imitó al punto, no sintiéndose capaz de continuar en un centro de estudios que se hallaba, según su propio dictamen, “en indefinible situación”, y cuyos profesores se encontraban en sus cátedras “como de prestado”. Sobreponía de nuevo la norma interna al interés, fiel a una filosofía moral cuyas consecuencias jamás quiso evadir.

La política.

Aquella generación de “hombres activos” en que formaba Mestre, tuvo que incidir obligadamente en lo político. Con la mitad del Siglo XIX llega para el espíritu cubano un instante en que al desánimo, al pesimismo de obtener la liberación por la violencia, se asocia la necesidad de negociar siquiera aquellas reformas apremiantes sin las cuales la riqueza nativa iba sucumbiendo, acumulada en tierras que sufragaban casi todos los impuestos del fisco, o en industrias sin amplitud posible entre las restricciones aduanales. El fracaso de pronunciamientos y expediciones dejó, al par que la amargura y decaimiento, el afán, arduamente sofrenado, de intentar, por otros derroteros, abrirle a Cuba un escape de libertad.

Muy pronto, uno de los sucesos más infrecuentes en nuestra historia, la llegada de un Gobernador liberal, ofreció la inesperada oportunidad de concretar todas aquellas confusas ansiedades en un movimiento político. Don Francisco Serrano, casado con cubana, tenía sobre la organización colonial un criterio centralmente distinto del que adoptaran sus predecesores. Convencido de lo imprescindible de otorgar a Cuba un régimen de mayor holgura, y que le hiciera menos angustioso el coloniaje, procuró —como él mismo dijo— “atraer a los cubanos a su amistad, oír sin prevención sus quejas y merecer su afecto”. Nada remisos a utilizar la menor

coyuntura favorable, los cubanos, por su parte, se dispusieron a que el ademán amistoso de Serrano se tradujera en algo más que en una suave moderación en el gobierno del país. Muy pronto, en el banquete que en su honor ofreciera Trinidad, Fernando Escobar se levantó para describir ante Serrano la realidad política de Cuba y demandar un trato menos opresivo. De ese y algunos rasgos semejantes, fué surgiendo lo que en nuestra historia se ha llamado el "movimiento reformista".

Voy a eximirme de repetir ante ustedes los pormenores del reformismo, que nos desviarían de esta lectura. He dicho en otra parte lo que de ocasional tuvo aquella corriente que congregó a hombres de la más disímil ideología. Oportunidad casi momentánea de alcanzar para la Isla algunas ventajas a todos deseables, el interregno reformista agrupó a revolucionarios en espera, anxionistas limpios y anxionistas torvos, alguno que otro revolucionario contrito, y un pequeño núcleo verdaderamente partidario de las simples reformas, entre los que incluiríamos a Nicolás de Azcárate, al que Mestre llamó "el último de los reformistas".

Aquel movimiento, como muy bien lo advirtiera Enrique Piñeyro, no fué nunca verdaderamente popular, a pesar de los varios miles de firmas que avaluaban la carta que se dirigiera a la Reina solicitando modificaciones en el régimen de gobierno. No era posible, en efecto, que las reformas constituyesen una aspiración orgánicamente recogida por nuestras mayorías. Ramiro Guerra encuentra ya en el siglo XVIII los primeros síntomas de la cubanidad entre las capas populares. Pero no creo que pueda confundirse el movimiento de los vegueros con una manifestación nacionalista. En Cuba, como en el resto de América y Europa, la idea de nación surge, ante todo, entre los propietarios y sólo se transvasa lentamente al pueblo. Son aquéllos los que desean tener en la política insular el mismo predominio que por su riqueza les corresponde. Además, el cerco jurídico en que España nos retuvo siempre amenazaba de bancarota a la economía cubana, que esperaba de las reformas inmediatas un alivio siquiera temporal.

A ese núcleo de liberales pertenecía Mestre. Sus ideales y sus intereses se conjugaban perfectamente en aquel proceso. La posición de propietario, administrador de los Ferrocarriles y de la herencia que a Paulina Alfonso le correspondiera, no amenguaba

el anhelo de terminar con una subordinación política que le produjo siempre ira y amargura. La esclavitud, por ejemplo, uno de los apoyos del dominio español, la tuvo, no obstante ser amo de ingenio, por institución abominable. Ya en 1852, inicia con José Ignacio Rodríguez la versión castellana de un libro que suplía su escasez literaria con el servicio histórico que estaba prestando: *La Cabaña del Tío Tom*. Y en el banquete político con que los reformistas honraron a Don Eduardo Asquerino por sus campañas en Madrid a favor de Cuba, se escuchó a José Manuel Mestre pedir la manumisión de Ambrosio Echemendía, el negro trinitario en quien, como en el caso precursor de Manzano, concurrían las circunstancias de esclavo y de poeta. Aquel abolicionismo convencido que el filósofo iba a llevar a todas las sociedades anti-esclavistas de su época, y que tendría más tarde su confirmación ostensible cuando Mestre y Paulina Alfonso dejaron en libertad a sus esclavos, encontraba en la campaña reformista un vehículo legal. Cuando, con motivo del voto de los Comisionados cubanos en la Junta de Información, los negreros de Cuba se levantaron contra el abolicionismo declarado que aquellas proposiciones contenían, Mestre escribió a Saco estas palabras de asentimiento:

...nada han podido hacer nuestros comisionados que sea más honroso para Cuba ante la Europa civilizada, ni que le prepare mejor las vías del porvenir.

Ese anti-esclavismo patente libra a José Manuel Mestre de toda sospecha de ser uno de los que nuestro Herminio Portell Vilá ha denominado "Anexionistas por motivos económicos". José Ignacio Rodríguez, ganoso tal vez de añadir a la idea de la anexión incondicional un nuevo y preeminente catecúmeno, nos presenta a Mestre como partidario en todo tiempo de la unión con Norte-América. Para ello aduce el testimonio de dos cartas que aquél le escribiera en plena guerra grande y que son lo suficiente explícitas. "La anexión como tú sabes —dice una de ellas— ha sido toda mi vida mi ideal político". Y la segunda reafirma este parecer con palabras precisas: "hablo como viejo y empedernido anexionista que soy, como tú sabes". No creo a Rodríguez capaz de alterar el pensamiento político de Mestre, sin embargo, en los mismos documentos en que el biógrafo encuentra corroborada esta profesión

anexionista, aparece también un poco contradicha. Cuando se convoca a la Junta de Información, Mestre escribe a Saco condenando el procedimiento dilatorio y equívoco de Madrid:

El gobierno español con su conducta, ha dado margen a que se establezca en Nueva York una nueva sociedad republicana y que vuelva a dar señales de vida, como está dando ya, el fénix del anexionismo,

palabras en que si no pudiera percibirse la escasa simpatía que le suscita dicha resurrección, se completarían con estas otras de una carta al propio Saco en que al excitarlo para que aceptase el cargo de comisionado que sus paisanos le ofrecían en la Junta, alegaba:

...pues el partido llamado concesionista o reformista, no es otra cosa que el resultado de la victoria de las ideas de ud. sobre los anexionistas, el fruto de aquella semilla que con tanto valor sembró ud. en los más difíciles momentos...

De ambos datos puede colegirse que el anexionismo de José Manuel Mestre consistió, más que en un ideario político final, en la aceptación de un estadio transitivo. Mestre podría llamarse anexionista por las mismas razones que había esgrimido el admirable y criollamente procaz Gaspar Betancourt en su manejadísima carta a Saco: antiespañolismo de recta intransigencia, temor —vanamente alentado por algunos con el ejemplo vecino de Haití— al desequilibrio racial, debilidad de la idea nacional aun incipiente, prevenciones sobre el fracaso de la democracia en el Sur americano y admiración por el Norte. Todo esto podría resumirse en una falta de perspectiva para el porvenir histórico del continente, que Saco, con mayor sagacidad de estadista, supo anticipar.

En ese anexionismo de limpia intención incidió José Manuel Mestre, como una fórmula temporalmente acatable. Algo de ello trasunta su carta desesperada a Nicolás de Azcárate cuando ya la insensatez política conservadora había dejado ver a qué extremos de burla iban a conducir las Informaciones abiertas en la Península.

¿Qué piensan los cubanos?—dice entonces. NADA. Quizás piensen de nuevo en la anexión, que acabando de una vez con el cáncer de la esclavitud nos ponga de nuevo en el camino de la libertad...

Pero cualquiera que fuese el veredicto sobre las veleidades anexionistas de Mestre, sin duda cuando Cuba se prepara después de 1860 para obtener las reformas del sistema colonial, sus opiniones políticas estaban asistidas de profundo realismo, de un examen perspicaz sobre las posibilidades y los métodos. Nunca creyó sincera la oferta española, y la misma incredulidad poseía a casi todos los que dirigieron el reformismo. Pero, sin embargo, los gobernantes madrileños daban una ocasión que no era desaprovechable. Cuando José Antonio Saco se muestra inconforme en aceptar una postulación sujeta a todas las vicisitudes de un régimen electoral elaborado con el sólo propósito de auspiciar el triunfo de los asimilistas más cerriles, Mestre le arguye casi con vehemencia:

Ha llegado el momento de echar el resto, —dice con criollísima expresión. El país no debe desperdiciar ninguna coyuntura por donde se pueda adelantar en la propaganda de las buenas ideas...

Cierto que las condiciones en que la información ha de efectuarse, no nos habrán de traer la reforma; pero

...si pudiéramos los cubanos —dice— constituir en Madrid un grupo de buenos patriotas que de un modo oficial pudiese atribuirse la representación de esta provincia o colonia o lo que sea, de ese modo es de esperarse que pronto partirá un impulso eficaz en beneficio de los derechos de esta desheredada tierra. ¿Quién quita —añade— que una vez en Madrid y revestidos del carácter que llevan amplíen la información y hagan luz sobre lo que pasa en estas regiones y las injusticias de que somos víctimas?...

Con ese espíritu tan cautelosamente político interviene José Manuel Mestre en el reformismo cubano. Para la adquisición del periódico *El Siglo*, su auxilio económico es de los primeros. Miembro del consejo directivo, lo orienta políticamente, junto a Morales Lemus y el conde de Pozos Dulces, participando en la reunión donde habría de acordarse la memorable réplica del Conde al *Diario de la Marina*, que vino a quedar como base programática de los sostenedores de las reformas.

Más tarde, cuando ya los incidentes de la Junta dejaban entrever el fin descorazonador a que se llegaría, Mestre fungió de

corresponsal de los Comisionados cubanos, manteniéndolos al tanto de la situación, y comunicándoles la resonancia que iban teniendo en la Isla los acuerdos de la Junta, que a pesar de mantenerse en secreto, traslucíanse siempre por entre las palabras ministeriales y las declaraciones oficiosas del gobierno.

Si los resultados de aquella información, en que el espíritu cubano recibió un nuevo agravio, sorprendieron a algunos reformistas, no figuró entre ellos sin duda José Manuel Mestre. Ya hemos visto con cuánta reserva y prevención tomaba la convocatoria a dicha Junta, que para él no era más que una ocasión de propagar nuestras protestas. El reformismo lo consideraba como "un partido de existencia artificial"... Pero con todo y esa desconfianza previa, el fracaso de las reuniones de Madrid le dejó el ánimo contraído, horro a toda esperanza. Lo hemos visto en su carta a Azcárate, en la que aparecía además cierta falta de fe en la capacidad de los cubanos.

Pero aunque le dijera a Azcárate que "el país actuaba bajo el peso del más profundo desencanto", la ira cubana estaba buscando ya con impaciencia un desahogo. Apenas al año de clausurarse la Información en la Península, en el departamento oriental un grupo de terratenientes, agobiados por los nuevos impuestos y ansioso de una libertad para la que no había camino legal, madrugó en Yara, heroicamente dispuesta a conseguirla por las armas.

José Manuel Mestre, apenas supo el preámbulo guerrero del Diez de Octubre, que dió comienzo a una contienda de diez años, se sometió a lo inevitable. Tanto él como Morales Lemus fomentan los grupos separatistas en el Occidente aquietado y ponen su economía al servicio de la revolución. Pero antes, realizan lo que José Ignacio Rodríguez califica de "último esfuerzo en el sentido español".

Fué éste la dramática *Conferencia con Lersundi*, quien actuaba entonces, con agria autoridad, como capitán general de la Isla. Se trata de una entrevista entre el Gobernador y los más connotados habaneros, provocada por las sugerencias del señor Rato, regidor de este Ayuntamiento. España se hallaba entonces en trance de pronunciamiento, pues los liberales de la península habían iniciado su revolución al grito de "¡Viva la libertad y fuera los Borbones!" No faltaron cubanos que esperasen de aquel golpe

trionfante, las reformas que el cerrilismo conservador había frustrado. De ahí que se pensase en la entrevista, como medio para indagar los resultados que en Cuba habían de tener los sucesos hispanos. Es presumible que Mestre y Morales Lemus alentaban muy escasa ilusión cuando, el 24 de octubre de 1868, concurren a Palacio para escuchar a Lersundi. La ansiedad pública hizo que se agrupase en aquella reunión un número tan considerable de personas, que le daba carácter de acto casi popular. Al presentarse en el salón Lersundi, con su tono colérico, dejó advertir el disgusto que aquello le causara. En vez de explicar, interrogó a los asistentes sobre el motivo real de la visita. Un poco embarazado ante la acogida, Rato habló enseguida, para manifestar que sólo estaban allí para expresar su adhesión a Lersundi y su sistema de gobierno. Pero Mestre no pudo soportar en silencio aquellas palabras tan equívocas. Con mesurada energía interrumpió al regidor y, después de excusar su intervención cuando había allí hombres tal vez más caracterizados que él, a quienes convenía escuchar, dijo a Lersundi que quería dejarle saber la opinión del país. Habló de la revolución española y sus principios liberales. Cada español —prosiguió— se sentía con derecho a disfrutar de aquella transformación revolucionaria y Cuba era una provincia a la que, sin duda, debían extenderse esas ventajas. El único remedio valadero consistía en adoptar aquí un régimen de franquicias liberales como el que España inauguraba entonces. Por eso habían querido reunirse con Lersundi los asistentes, y proyectaban cambios de impresiones sucesivos entre todos los factores de la Isla, para determinar el mejor entendimiento de los diversos intereses políticos, dentro de un marco de libertad y respeto. Sólo así podría evitarse que la ebullición interior del país tomase, con peligro evidente, vías clandestinas.

No necesitó más la ira fácil del general Lersundi. Un largo discurso vino a desterrar en los comisionados cualquier vestigio de confianza. Lo que se le proponía —dijo— era un *pronunciamiento*, inconciliable con su dignidad de militar. Las palabras de Mestre —agregó— eran similares a las de los insurgentes de Yara, cuya actuación se deseaba justificar. No era posible ocultar la analogía de semejante método con el que habían empleado, medio siglo antes, los revolucionarios de Hispanoamérica.

Morales Lemus ensayó vanamente, atenuar la rudeza de aquel encuentro político. Pero Lersundi, rechazando sus indicaciones, manifestóle, como amenaza soterrada, que a veces el sacrificio de algunas vidas solía evitar sacrificios más dolorosos y mayores.

De nuevo el magisterio moral de Don Pepe había primado en Mestre sobre la conveniencia. El juicio de Concha, la renuncia a su cátedra, y la liberación de sus esclavos eran los antecedentes de aquel día magnífico.

La revolución.

Después, ya no tuvo sosiego su vida en La Habana. Conspirador, la vigilancia que sobre él provocara el incidente de Lersundi aumentó con los discursos pronunciados en los sepelios de Cepeda y Vázquez, donde ya se hacía evidente su separatismo. Así, cuando Morales Lemus embarca en secreto para New York, poco quedaba a Mestre por hacer en La Habana. Y en marzo del 69 navegaba también hacia el Norte.

El entusiasmo revolucionario le compensa todos los sufrimientos.

Ya tenemos —escribe a Saco— una bandera bautizada con sangre en los campos de batalla... ya estamos por fin en el encarnizamiento de una guerra a muerte...

No importa así que la confiscación de bienes a Paulina Alfonso los dejara en precario, ni que su familia viviera el exilio forzado. Una nueva esperanza —tal vez la última que alentaría con ardor— mitiga esos rigores.

Ningún encuadernamiento mejor a la cultura y preparación política de Mestre que la diplomacia. El gobierno de Céspedes lo comisiona, con Morales Lemus y Aldama, para que dirija las negociaciones de Cuba en Norteamérica. Sujeto a las querellas de la emigración, a los debates entre “quesadistas” y “aldamistas”, recibió también él algunos de los denuestos con que ambas facciones trataron de disminuirse recíprocamente el crédito público. Se le atribuyó una “política ambigua y misteriosa con ribetes de españolismo e inaptitud para los negocios diplomáticos”... Pero no

mermaba esto sus trabajos. Cuando Morales Lemus muere, se le confía, por decisión de Céspedes, el cargo de Comisionado Especial y Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba. No sólo gestiona en el extranjero el reconocimiento de nuestra beligerancia, sino que vigila la guerra de la Isla, queriendo impedir que la destruyan rencores y desavenencias. Temeroso de ello, escribe a Ignacio Agramonte, de quien fué profesor, y a Ramón Zambrana, recomendándoles no se dejen llevar por nuestra vieja herencia española de indisciplina. En su carta cree hallar José I. Rodríguez una condena de los “llamados principios franceses”, —es decir del radical liberalismo de los camagüeyanos— y su adhesión al criterio más conservador de Céspedes. Estimo que más bien opera en Mestre el pensamiento —sostenido después por Martí mismo— de que durante la guerra no podían introducirse aquellos métodos parlamentarios y descentralizados, buenos para un Estado libre.

Con el Zanjón viene ya para él un definitivo desaliento. Recobra entonces bríos su propensión anexionista y aspira a asimilarse las costumbres yanquis, tras haber adquirido la ciudadanía norteamericana. Todo lo español se le hace más aborrecible. Quisiera ausentarse por siempre de Cuba y busca compradores para el ingenio.

Pero al fin el regreso se hace inevitable. Retraído de la acción política, retorna en La Habana a su ciencia y se recluye en el bufete. Una mañana, en el invierno de 1885, la parálisis abrió sus primeras distancias con el mundo. Quieto en su sillón de impedido, aquellos últimos seis meses fueron como un símbolo de toda su existencia. El, que desechara el placer como mensurado de la felicidad, atribuyendo la más alta categoría moral del hombre a su poder para sobrellevar el sufrimiento, se fué desvaneciendo con un alegre y heroico dominio de su padecer.

Arango y Parreño.

**Ensayo de interpretación
de la realidad económica
de Cuba,**

por Enrique Gay - Calbó.

En ningún momento puede venir más adecuada la solicitud de indulgencia, que humildemente pido a ustedes, porque estoy de antemano persuadido de que mi contribución a estos miércoles habaneros no ha de ser lo que esperan todos ni lo que yo mismo pretendía aportar.

Dedicado desde hace mucho tiempo a estudios de nuestra historia y de nuestros hombres, aficionado a investigar sobre los hechos que constituyeron al pueblo cubano, acepté el compromiso de hablar aquí, en la última sesión de esta serie destinada a evocar habaneros ilustres, acerca de don Francisco de Arango y Parreño, el propulsor inicial de nuestra vida económica.

Sabía que el asunto no habría de presentarme dificultades, porque entre mis obras en preparación figura una, que voy haciendo con todo el dolor y con toda la esperanza del que observa la violencia de nuestras realidades y sabe que ha de llegar el día en que todos los hombres de Cuba vivan de acuerdo con esas realidades y las atiendan y basen su bienestar en las soluciones lógicas de todos nuestros problemas. Conocidos bien el personaje y sus obras, examinados la época y los progresos obtenidos por gestiones de Arango, pensé en una interpretación de la realidad económica de Cuba, pensé en tomar todos los acontecimientos difíciles

de la historia nacional y entremezclarlos con la biografía de Arango Parreño.

Quería aprovechar la oportunidad que me proporcionaba el centenario de la muerte de aquel estadista para decir una vez más, a quienes tienen oídos y saben oír, cómo la vida cubana está, de modo raro e incomprensible, tocada de imprevisión. De mi trabajo habría de salir como una síntesis anticipada de lo que procuro explanar en aquella obra. Y así tenía el propósito de hacer servir el ejemplo de Arango, para que los cubanos de hoy conocieran las previsiones del preocupado de ayer, que siguen de actualidad, que están al día, a pesar del siglo y medio transcurrido desde su primera manifestación de hombre público.

Pocos hombres pueden ser tan útiles para ese intento como Arango. Al través de toda su existencia de estadista, no hizo otra cosa que señalar los males de Cuba y proponer los remedios, con una extraordinaria visión de porvenir. Que esa es la única razón de la supervivencia de ciertos nombres.

El gobernante circunstancial, cuando es un enano que se monta en los zancos de un poderío transitorio y se ve grande, por haberse encaramado en una altura superior a él, y no por haber crecido, pensará, mientras duran sus días de esplendor, halagado por las adulaciones y los intereses, que ha de perdurar en la historia su paso por aquellas cumbres. Y lo cierto es que, si queda un recuerdo suyo, será la memoria de sus actos equívocos o de sus arbitrariedades, o de sus ridículas posturas de improvisado presuntuoso.

Pero el propósito queda un poco frustrado ante sucesos imprevisibles para el hombre. Los meses de preparación de este trabajo se convirtieron en semanas, y las lecturas especiales y las investigaciones complementarias fueron insuficientes.

En verdad, nunca serían bastantes los archivos y las bibliotecas de Cuba para conocer toda la inmensa labor de Arango. En los viejos estantes del Consejo de Indias y en los archivos de los ministerios españoles se encuentra lo más importante y lo más silencioso de esa obra, que iban conociendo y admirando los distintos consejeros de los reyes.



Una política de isla.

Para los cubanos de este momento constitutivo ha de ser útil que vengan al primer plano de publicidad las ideas de Arango. Se advertirá, entonces, que cuanto se hacía en Cuba, cuanto se hizo después, y casi siempre, ha sido contrario a la política especial de isla que debemos mantener.

Arango Parreño fué el primer escritor público que “descubrió” a Cuba como isla, que habló de sus enormes posibilidades, que se fijó en el mapa de este hemisferio y pensó en las riquezas no halladas aquí y que el hombre podía encontrar con su previsión y su esfuerzo.

Sin embargo, hemos vivido como las mujeres lindas a quienes los trovadores les han cantado el aria insulsa y enervante de una admiración interesada. “La tierra más hermosa que ojos humanos vieron”. “La provincia que bien vale toda ella un imperio”. “La maravillosa isla de Cuba”. “La Perla de las Antillas”. “La isla de coreho”. Y eso nos ha hecho alcanzar el calificativo de “la engréida Cuba”, como dijo de nuestra patria un conocido escritor argentino.

Si unimos todos esos “ingredientes” a los resultados de una herencia que requiere un crisol preparado de modo distinto, mezclados con los efectos del sol y del clima, con la feracidad no explotada pero inextinguible y pródiga de la tierra, tendremos la imprevisión como la primera de nuestras calamidades, además de las consecuencias negativas de tales factores.

Arango Parreño pensó para nuestra isla una peculiar orientación en la conducta. Quiso crear una conciencia económica. Después de él, muchos cubanos, jamás atendidos, han procurado despertar esa conciencia. Contemporáneo de la economía política, fundamentalmente liberal, hijo de la Enciclopedia, miró con previsión de estadista los problemas de Cuba. No lo crucificaron, pero tuvo opositores que detuvieron a veces su marcha. Administradores públicos que no administraban, y en cambio se enriquecían, como los hemos conocido luego, negreros que compraban títulos nobiliarios, contrabandistas al por mayor, cortesanos que lucraban con la inmoralidad y con el estancamiento de la facto-

ría y el "presidio", fueron los obstáculos puestos en su carrera de vivificador del sentimiento económico nacional. Y todo a pesar del aprecio de unos cuantos altos gobernantes cercanos al trono y de casi todos los capitanes generales de Cuba, y de que como contrincante era temible, pues además de su representación oficial y de su importancia como prócer e hijo de próceres, tenía el escudo de su desinterés, de su probidad y de su bien demostrada capacidad.

Con mejores tierras que otros países, con mayores posibilidades, con más facilidad para los medios de comunicación y para sostener un comercio activo y enriquecedor con el resto del mundo, nuestra isla había vivido épocas de grandes penurias en lo económico.

La primera ocupación de los colonizadores fué la del laboreo de las minas, en una explicable necesidad de realizar exportaciones remunerativas y de poco volumen, que no ocuparon gran espacio en los pobres barcos veleros de la conquista. Smbrraron frutos para vivir e importaron ganado, y al poco tiempo era Cuba el lugar en que se aprovisionaban de reses las colonias cercanas de todo el Golfo. Este segundo comercio cesó también a medida que se reproducían los animales en la tierra firme.

Retornados a la inacción y a la pobreza, los habitantes de Cuba vegetaban en aquellas pequeñas poblaciones sin vida y entre aquellos bosques inmensos, de los que no sabían extraer siquiera la satisfacción de sus necesidades materiales.

El primer siglo de la colonización fué, de ese modo, un período interminable de hechos mínimos y de continuada escasez, sólo interrumpida por unas cortas épocas de ganancias producidas por el oro y las exportaciones de ganado. El segundo siglo no fué diferente.

Completo el siglo XVI, y en todo él había progresado la Isla tan poco en población, que no contaba sino trece mil almas, de las cuales la tercera parte estaba aglomerada en los alrededores de La Habana.

El siglo XVII fué para la isla de Cuba un reflejo, o por mejor decir, un trasunto del anterior. Si en aquél se había visto trabajada de piratas y rencillas, y luchando con mil obstáculos para su prosperidad, obstáculos, piratas y disensiones tuvo también en éste.

La Habana era la única que daba señales de vida, pues Santiago de Cuba, en vez de adelantar, retrocedía: vióse el pueblo abandonado; los vecinos errantes sin domicilio; la iglesia sin obispo; el obispo sin libertad; y para formar una idea de la instrucción, y de las creencias de aquellas gentes, baste decir que en 1608 no había en la ciudad otro médico que Ana de Nava, merced a cien ducados que percibía; y que para abrir una noria que les proveyese de agua, tuvieron que valerse de Antón García, de profesión zahorí, que supo embaucarlos haciéndoles creer que a seis o siete estados bajo tierra pasaba un río. J. A. ECHEVARRIA: *Historiadores de Cuba*, en la *Revista de Cuba*, t. VII, p. 383-84.

Entrado el siglo XVIII, la factoría y “presidio”, o plaza fortificada, toma alguna vida en las fechas de los arribos de la flota. Especialmente La Habana, punto de tránsito y de abrigo para los galeones que viajaban “en conserva” y trasladaban el oro de las tierras americanas, y traían de Cádiz cargamentos de segundos. Generalizada la esclavitud, el trabajo de los dueños era el de velar por que aquellos servidores produjeran siempre más.

Al revés de lo que demanda la industria civilizada, un minimum de provecho se obtenía con un maximum de esfuerzo. El esfuerzo lo hacían millares y millares de siervos, a quienes se dejaba lo suficiente para no morir de hambre, como gran provecho. Naturalmente la industria minera estuvo siempre en mantillas. La agrícola no despierta hasta el siglo XVIII; y aún entonces con tal lentitud, que cuando Humboldt arriba a Venezuela, le parece un desierto. Todo lo halla inculto, el suelo y los hombres. E. J. VARONA: *El fracaso colonial de España*, en *De la Colonia a la República*, p. 104.

El único puerto habilitado para comerciar con toda la América era Sevilla, y luego Cádiz, también único. Era prohibido, y perseguido tenazmente, el tráfico con los restantes de España y con todos los del mundo. Las leyes vigentes eran las famosas de Indias, cuya intención previsora, tan elogiada, no tuvo virtualidad benéfica. De hecho, no está demostrada la bondad de esas leyes, porque debían aplicarlas en lejanos reinos, casi inaccesibles, unos gobernantes que tenían su mejor negocio en el incumplimiento de toda ley justa y en la perpetración de toda inmoralidad y de todo atropello.



La tierra de la prosperidad.

En 1792, hace ya ciento cuarenta y cinco años, un poco menos de los que lleva de establecida la república de las trece colonias de Norteamérica, cuando la nación de Washington se hallaba en su primer período y aún no había empezado a crecer desmesurada y peligrosamente para las tierras vecinas, don Francisco de Arango y Parreño anunció que su isla podía ser la tierra privilegiada de la prosperidad. Y no lo dijo en la forma poética de una *oda a la piña o a la zona tórrida*, sino en los términos claros que los estadistas usan para explicar sus razonamientos. Miró al mapa, recordó la pobreza de la agricultura, hizo notar las dificultades de la producción y del mercado, y propuso los remedios.

En 1937, pasado mucho más de un siglo, está en casi iguales condiciones la agricultura cubana. Largos años después de Arango dijo otro economista, Pozos Dulces, que

En Cuba se estudia todo menos la agricultura, y, sin embargo, Cuba todo se lo debe a la agricultura. No hay una sola fibra de su constitución social que no esté más o menos enlazada con la producción de sus campos... Si comparamos nuestra agricultura con la de otros pueblos menos favorecidos por la Naturaleza, nos avergonzaremos de nuestra impotencia y esterilidad a pesar de llamarnos un país agrícola por excelencia... Nos parecemos a aquellos jugadores de "monte" que porque ganan se llenan de vanidad suponiendo que su habilidad es la causa de sus triunfos. Nosotros acertamos por causas independientes de nuestro saber. Medramos a pesar de nuestros desaciertos, y esto hace que condenemos el estudio y la observación sin pensar que el "albur" puede muy bien volverse contra nosotros. *Atraso de la agricultura cubana y necesidad de mejorarla.*

Así, ya hemos pasado por el siglo y medio que nos separa del *Discurso sobre la agricultura*, programa inicial de Arango, y sigue nuestra economía bajo el peso de idénticas trabas, y es en ese terreno nuestro porvenir una pavorosa y oscura interrogación, como lo era en 1792.

Arango Parreño se adelantó a su tiempo y se situó por sobre todas las perspectivas, y es necesario reconocer que su previsión es todavía hoy de una premiosa actualidad.

Biografía esquemática.

Yo quiero evocar aquí la personalidad de aquel animador de nuestra vida factoril, de aquél que intentó convertir a Cuba en una colonia y que logró levantarla de un letargo de trescientos años. Y trato de unir los hechos salientes de sus actividades con nuestra realidad económica.

No vamos a los detalles de la biografía, sino a la epopeya que nos permita interpretar el drama de nuestra penuria.

Libros muy recientes, publicados para conmemorar el centenario de la muerte de Arango y Parreño, nos dicen cómo era, qué hizo en su estudiosa adolescencia; nos describen su robustez de pensamiento en la juventud, y los cargos de gran responsabilidad y de beneficio para Cuba que ocupó desde antes de llegar a la mayoría de edad hasta casi en los días de su fallecimiento, ya anciano y siempre joven de espíritu y pronto para servir a la tierra natal. De esos libros sale bien dibujada la figura del estadista, con explicación de sus actos y análisis de sus ideas. Y con los documentos que ha sido posible encontrar en Cuba, se apreciará el nunca agotado esfuerzo del que siempre vivió preocupado ante las contingencias que nos amenazaban y oprimían.

Útiles son esos libros, porque van a la descripción de los hechos y a su presentación en la forma documental necesaria para formar juicio. En ellos, generosamente cedidos por el autor, doctor Francisco Ponte Domínguez, antes de ser impresos, he buscado también algunos datos oportunos, y no para hacer una biografía, sino para confirmar criterios. Por otra parte, la vida de Arango no tuvo otros problemas que los causados por su actuación pública, ni fué la de un pasional lleno de complicaciones, ni dió margen a leyendas o intrigas privadas. Para él no hubo otra ocupación que la de favorecer a su tierra, y sólo pensó en sí mismo, y en crear una familia, al penetrar en la vejez.

En la vida personal de Arango Parreño no han entrado los biógrafos, porque su historia es breve como las de las mujeres honradas y los pueblos felices. El propio doctor Ponte Domínguez dedica sólo ocho páginas a relatar los hechos de este hombre que únicamente vivió para su pueblo.

La "intimidad privada" de Arango fué corta. Se limitó a su infancia, a la adolescencia y a unos pocos años de su primera juventud.

Ya se ha dicho muchas veces que nació en esta ciudad el 22 de mayo de 1765, y que era el noveno hijo de distinguido matrimonio, bien quisto por las altas cualidades de todos sus parientes de ambas ramas. Su nombre fué el de Francisco María, de la Luz. Lo bautizaron en la Parroquial Mayor, que entonces ocupaba una parte del lugar en que está la casa Ayuntamiento, hacia la esquina de Mercaderes y Obispo.

Eso es todo lo que dice Ponte Domínguez de su infancia.

Sobre sus estudios tampoco hay mayores datos. Asistió a las clases de humanidades —gramática, latín, retórica, etc.—, en el Seminario de San Carlos. Hizo allí sus tres años de filosofía e ingresó en facultades, para cursar derecho, en la Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo, como se llamaba en aquella fecha. Tenía diez y seis años, y durante cinco asistió a las clases de derecho y a las conferencias semanales. Intervino en doce de estas últimas, en las que probó su disposición para la oratoria y el dominio que iba adquiriendo de las disciplinas jurídicas. Se presentó a exámenes del bachillerato en leyes, y por unanimidad, o sobresaliente, obtuvo ese grado en abril de 1766.

En dos ocasiones explicó las clases de derecho real, en su primera hora, y era elogiado por los superiores a causa del adelanto que evidenciaban sus alumnos. Tenía sólo veintiún años, y aún no era licenciado o doctor.

El padre de Arango, de nombre Miguel Ciriaco, heredó de su hermano Manuel Felipe el cargo de Alférez Real en este Ayuntamiento, vinculado a su familia. Tal legado originó un ruidoso y largo pleito que debía resolver la Audiencia territorial, establecida en la hoy república de Santo Domingo. Cuba carecía de Audiencia, y no la tuvo hasta 1797. Los hombres de leyes debían cruzar el mar para resolver sus asuntos en ese tribunal de apelaciones, como luego debían ir hasta Puerto Príncipe, en Camagüey.

Arango fué autorizado para defender los derechos de su padre, a pesar de que no estaba graduado ni recibido para abogar, y de no haber cumplido los veinte y cinco años en que se iniciaba entonces la mayoría de edad.

En Santo Domingo contendió, en estrados, con muy doctos jurisconsultos. Demostró su saber y la razón de su causa, y ganó el pleito.

Uno de los oidores de la Audiencia, o magistrados, don Agustín de Emparán, le permitió leer su *Código negro*, conjunto de leyes para regular el comercio de esclavos y el trato que debían recibir los africanos. España, que tuvo las mejores Leyes de Indias, y nunca las cumplió, también quería tener un *Código negro*, como otras naciones esclavistas, en que se obligara a reconocer, también como otras naciones esclavistas, numerosos derechos a sus esclavos. Los intentos quedaron como normas no acordadas, y el de Emparán fué otro de los muchos buenos propósitos que empujaron el infierno de la esclavitud en la dominación colonial española.

El regente de la Audiencia, don Francisco Javier de Gamboa, escribió al marqués de Jústiz, amigo del padre de Arango, una carta en que celebraba las prendas del joven y en que hablaba de la conveniencia de que terminara sus estudios de derecho en Madrid.

Por aquellos tiempos estaba prohibido que los naturales de Cuba se recibieran de abogados en La Habana. Tenían que vivir una temporada en Santo Domingo, o hacer un viaje a España para graduarse. Don Miguel Ciriaco de Arango envió a la corte española a su hijo, y lo proveyó de los indispensables documentos de nobleza. Admitido el 3 de octubre de 1787 en la Real Academia de Derecho Patrio y Común, llamada de Santa Bárbara, leyó ese día una conferencia sobre las causas justas para la declaración de guerra, la que fué aprobada *némine discrepante*, o por unanimidad.

Antes de recibir su investidura de abogado en 4 de junio de 1789, había sido nombrado, el año anterior, Apoderado del Ayuntamiento de La Habana ante la corte de Madrid, lo que equivalía a una representación universal, más amplia y honorífica que las de los subsiguientes diputados a Cortes.

Ahí terminó la vida más o menos privada de Arango Parreño, como lo hace notar Bachiller y Morales (*Apuntes para la Historia*, t. III, p. 11) y lo repiten sus demás biógrafos. Ya no hay un solo episodio de aquella existencia que pueda ser considerado per-

sonal, ni una aventura, ni un hecho corriente, ni el más leve indicio de que tuviera ambiciones o anhelos de hombre. No se conoce que haya habido para él más intereses que los de su patria, como se puede advertir en estas palabras suyas:

Sí, lo digo con firmeza a la faz del universo, amo con la mayor ternura esta tierra en que nací, y siempre estoy muy dispuesto a sacrificar por su bien cuanto tengo y cuanto valgo...

En ninguno de sus panegiristas y biógrafos: Anastasio Carriello y Arango, Andrés de Arango, Ramón de Palma, Antonio Bachiller y Morales, Jacobo de la Pezuela, José Silverio Jorrín, Francisco Calcagno, Nicolás García y Pérez, Antonio L. Valverde y el último, ya mencionado, Ponte Domínguez, he encontrado otros datos de índole absolutamente personal.

Hijo de familia noble, en tiempos en que una ejecutoria de limpieza de sangre era el mejor medio para el tranquilo disfrute de una prosperidad nacida del trabajo esclavo, creyó desde muy joven, casi un niño, que

...los honores sólo deben otorgarse en mérito al talento y virtudes, y no por razón de la cuna.

Aquella sociedad le brindaba las más amplias satisfacciones y las mayores posibilidades de vivir en la morbosa molición colonial de un dueño de esclavos. Podía ser uno más de los que sacaran riqueza y goces, en las tembladeras de la factoría.

Y fué precisamente el destructor de la factoría. El 15 de julio de 1788, al llegarle el nombramiento de Apoderado, se marcó un camino a seguir, un programa, que cumplió ya siempre:

Toda la atención del Apoderado debe ocuparse en promover y fomentar la felicidad de su patria.

No basta asegurar los brazos que animan la agricultura y proporcionar con ésta frutos abundantísimos, siempre que su extracción no se facilite en términos que lisonjee al labrador de un premio correspondiente a las fatigas que emplea.

Es indispensable, pues, intentar que se destruyan las trabas que hasta aquí se han puesto a este equilibrio dichoso: es preciso establecerlo en todos y cada uno de los frutos conocidos en La Habana.

Habla luego de la supresión de derechos al azúcar y al ganado, del desestanco del tabaco, de la nueva industria del aguardiente, para la que pide libertad de comercio con las provincias españolas vecinas y con los Estados Unidos de América. También se refiere al numerario que hace falta para que los productores no caigan en las uñas de los usureros.

Es preciso tener en cuenta la fecha. En julio de 1788 tenía Arango veinte y tres años. Ya era un estadista, superior a casi todos los de su tiempo en España. No es de este lugar un paralelo con Aranda, Campomanes, Floridablanca, Jovellanos y otros, que probaría la afirmación.

Murió Arango también en esta ciudad, el 21 de marzo de 1837. Durante aquella larga enfermedad repetía algunas veces, como si recorriera el panorama de su vida.

... que el mayor consuelo que llevaba consigo al sepulcro era la seguridad de no haber hecho derramar lágrimas a nadie.

Negrero abolicionista.

El estadista es patriota y previsor, pero trabaja con los medios que están a su alcance. Podrá ser vituperado por las generaciones sucesivas, si alguna de sus actividades no es vista después como la más útil.

Hay que dar su misión al decursar de los años. La transformación de las ideas es un hecho histórico. Cambian los conceptos y cambian los intereses.

Arango Parreño pidió libertad para la introducción de brazos dedicados a la agricultura. Los "brazos" eran de esclavos. Reclamó y obtuvo libertad para que el "miserable comercio"—como él mismo lo llamó— condujera a Cuba más esclavos.

Aplicado el criterio de hoy, asombra pensar que un hombre de cerebro tan claro, de tan exacta visión de nuestras conveniencias, haya fomentado así la trata de negros, y con ella el aumento de la esclavitud y el de una población infeliz, iletrada y sometida a la brutalidad y a la explotación.

El esclavo era el único trabajador posible. Vivían aquellas gentes dentro de la convicción de que los trabajos agrícolas, bajo

los rigores de nuestro sol y en medio de la humedad de nuestra tierra, sólo podía resistirlos el hombre negro, fuerte, incansable al parecer, propio para esas duras tareas. El español, que era como europeo el solo admitido en estos países de colonización, y aún así necesitaba expedienteo y permisos, venía a *poblar* o a medrar. Trabajaba poco, y encomendaba los más rudos menesteres a sus mayores, casi siempre negros, entre los que hubieran demostrado su servilismo y su crueldad en toda plenitud.

El pobre esclavo no tenía modo de encontrar una relativa tranquilidad, si no agotaba su vida en las labores de los ingenios. Desde la siembra y el corte de la caña de azúcar hasta los trabajos finales, y con ellos los de las maquinarias, todo lo hacía el esclavo. La fuerza motriz la proporcionaban los grupos de negros que iban turnándose, sacudidos por los látigos de verdugos de su propia raza. Y allá, lejos, en los barracones inmundos, bullían las dotaciones en las escasas horas de asueto, en espera de la salida del sol, para recomenzar muy temprano el agobiante corte de la caña, durante el día entero, bajo la lluvia o bajo el calor.

Si la esclavitud es de cierto modo cara, y si es preciso renovar periódicamente el personal, los dueños de esclavos resolvían estos problemas con nuevas compras. Conseguían la mano de obra barata por medio del contrabando, de que disfrutaban los gobernantes y los administradores. El esclavo que moría o que se inutilizaba era sustituido por otro inmediatamente. Los buques negreros proporcionaban a toda hora el mísero cargamento humano, que costaba poco. Por esta razón no vino abajo el sistema, contra lo que inducen lógicamente las leyes de la economía.

Era, de ese modo, indispensable para la agricultura la introducción libre de esos brazos. En aquel tiempo no había otra manera de suplirlos. Las naciones vivían aisladas, y el cruce de fronteras constituía una agresión. La política internacional no conocía las inmigraciones. España, con poco más de diez millones de habitantes se despoblaba en el empeño de colonizar todas las provincias de su imperio ultramarino.

Arango Parreño pidió sólo lo que era posible en aquellos finales del siglo XVIII, que presagiaban el rápido eclipse del poderío ibérico, ya muy acentuado. La casa de Borbón cruzó los Pirineos para continuar la obra de los Austrias, y la de los innumera-

bles reyes guerreros que había usufructuado la Península. La agregación de reinos obligados a la obediencia, desposeídos de sus leyes, de sus tradiciones y hasta de su idioma, no formaba un Estado. Aquella unión forzosa llevaba en sí los gérmenes de la disgregación, que persistió en los establecimientos fundados en la América.

Ya hemos visto que el estadista de Cuba quería la prosperidad de su tierra. No la prosperidad a toda costa, porque tal deseo no habría sido de estadista, sino la que hasta su tiempo no era peligrosa para la población dominante. Los riesgos futuros no eran imprevisibles para él, pues descontaba el aumento de la población blanca, la mezcla con la de color, las fusiones de ambos elementos en intereses e ideales, y un trato humanitario con los trabajadores. La prosperidad haría el resto: produciría nuevas concepciones, nuevas necesidades, otras urgencias, que darían frutos de civilización.

No justifico: explico. Y al explicar situó al personaje en medio de los factores que lo impulsaron.

El creía que los brazos únicos que podían encontrarse eran los negros y los pidió; esperaba que el comercio extranjero y las franquicias traerían brazos blancos y abogó por todo conjunta y separadamente. A esos esfuerzos debió Cuba progreso innegable... Bachiller: *Don Francisco de Arango y Parreño y sus censores*, en la *Revista de Cuba*, t. XIV, p. 390.

Más tarde, en 1811, volvería a tratar el tema, como portavoz del Ayuntamiento, del Consulado y de la Sociedad Económica, para combatir dos proyectos de leyes presentados en las Cortes de Cádiz por los diputados Guridi Alcocer y Argüelles sobre abolición de la esclavitud. Pero en ningún momento omitió lamentar la necesidad de ese odioso comercio, el que de ser abolido de pronto privaría en absoluto de brazos a la agricultura, y esto

...quería que se verificase de una manera prudente... Bachiller: *Id.*, p. 388.

Y pasados veinte años, ya abiertos al comercio mundial, y a la prosperidad, los puertos de Cuba, ya iniciadas aunque tímidamente algunas corrientes inmigratorias, escribió a Fernando VII una carta sobre la condición de los esclavos en Cuba y urgente ne-

cesidad de la supresión del tráfico, que fué traducida al inglés y al francés y celebrada por los más eminentes abolicionistas de la época.

Preocupación racial.

No fué Arango un negrero más de los que oscurecían nuestro ambiente. Se ha dicho en forma reiterada que era un posibilista, un utilitario ideológico preocupado por el futuro de su tierra, y lo probó también al estudiar estas cuestiones. Llevó su previsión hasta las seguras transformaciones que anhelaba propiciar, para que las sucesivas inmigraciones blancas fueran absorbiendo las de color. Suprimido el tráfico, aumentada la población con centenares de miles de europeos, en cien años podía desaparecer casi en absoluto el problema racial en nuestro país.

En la misma Representación de 1811 a las Cortes de Cádiz afirmaba:

Nosotros... decimos que sin esclavitud, y aún sin negros, pudo haber lo que por colonias se entiende, y que la diferencia habría estado en las mayores ganancias, o en los mayores progresos. *Obras*, t. II, p. 22.

Miraba con ojos de antillano el panorama:

Las tres grandes Antillas, —es decir, Cuba, Santo Domingo y Jamaica,—casi se tocan. La raza negra puede considerarse unida en las dos últimas, y, si no llega, está muy cerca de un millón de almas, y, en estas circunstancias, Cuba no puede tener completa seguridad si no es *blanqueando* sus negros. No nos alucinemos, repito. No hay momento que perder. Tomemos al instante los caminos que hoy nos recomienda la política y antes señaló la justicia. Madrid, 25 de agosto de 1816. *Ideas sobre los medios de establecer el libre comercio de Cuba y de realizar un empréstito de veinte millones de pesos*. *Obras*, t. II, p. 375.

Y ya en su empeño abolicionista, después de proponer el cese del tráfico negrero, demostró que conocía bien a sus paisanos, por lo que pedía a Madrid que se recomendara

...al General que cuide que esto se haga sin ruido; pero con mi intervenció, porque sin ella todos seguirían el camino que ahora siguen para precipitarse, o precipitar a nuestros hijos, en el abismo que tienen a la vista, y no quieren ver. *Obras*, t. II, p. 735.

El discurso sobre la agricultura.

Al tener noticia de la sublevación de los esclavos de Haití, el Apoderado del Ayuntamiento de La Habana se siente diputado de toda Cuba. Es también ahora el posibilista, con todo lo que de oportunismo tiene esta denominación, que encuentra en la inevitable y no deseada desgracia de los franceses la ocasión de engrandecimiento para su patria. La producción haitiana era superior a la de casi toda la América, por la intensidad de los cultivos y por la cantidad enorme de africanos llevados a aquella colonia. Con la destrucción del comercio francés de Haití, veía Arango nacer el de Cuba, y quería que los gobernantes tuvieran la previsión de evitar su ruina, para el caso de que los anteriores productores se repusieran e inundaran otra vez el mercado.

Escribió entonces su *Discurso sobre la agricultura*, que es de actualidad, aunque tiene ya más de ciento cuarenta y cinco años. No bastaría un curso entero de disertaciones para explicar en toda su amplitud el alcance de aquella exposición al rey Carlos IV.

Afortunadamente, fué atendido, después de una larga polémica entre los propios consejeros del Borbón de turno.

Arango preparó luego otras *representaciones*, como entonces se decía, algunas de ellas de gran interés: la que trata de la necesidad de establecer refinerías en Cuba, que es de 1794; las que se refieren al tabaco y a la urgencia de suprimir la Factoría, de 1805 en adelante; las que plantearon los problemas de la esclavitud y de la abolición del comercio negrero; las que pidieron instrucción de primeras letras y que implantaron un plan de estudios, y otras muchas más. En ellas se muestra su capacidad de estadista.

Sin embargo, hay que preferir siempre el *Discurso sobre la agricultura*, que es el punto de partida de nuestro descubrimiento económico. Ahí está cuanto necesita saber, de fundamental, un gobernante cubano para cumplir sus deberes. No puede un hombre de gobierno ignorar el *Discurso* de 1792. Y ya entrado en ese mundo de verdades, irá el gobernante a los estudios complementarios, a los informes que siguieron, a las gestiones de Arango en el Consulado, y marchará en forma ascendente hacia el conocimiento

absoluto de lo que escribieron después Saco, Pozos Dulces, Balmaseda, Bachiller, Cisneros Betancourt, Martí, Varona y tantos más que se han preocupado por nuestra pervivencia como pueblo. Entonces llegará a percibir con claridad la magnitud de su misión de director de este país.

Nuestros males económicos vienen de no haber seguido los consejos de Arango.

Uno de los primeros párrafos del *Discurso* abarca el problema :

Ya nadie niega ni duda que la verdadera riqueza consiste en la agricultura, en el comercio y las artes, y que si la América ha sido una de las causas de nuestra decadencia, fué por el desprecio que hicimos del cultivo de sus feraces terrenos; por la preferencia y protección que acordamos a la minería, y por el miserable método con que hacíamos nuestro comercio.

Es todo un programa vastísimo, trazado con la sobriedad del hombre de ciencia en unas cortas palabras. Arango afirmaba a continuación que Cuba bastaba por sí sola para vivificar el organismo nacional, el de toda España, y hacerlo poderoso, y lo prueba con la enunciación de ideas que son axiomas en el terreno de la economía. Para ello —dijo— se hacía necesario suprimir los monopolios a fin de quitar las cadenas de la industria, permitir la venta y la compra libres, desestancar el tabaco, fomentar los buenos métodos de agricultura, continuar el impulso dado al comercio por los conquistadores ingleses de La Habana, aprovechar todas las oportunidades para lograr el mercado de las demás naciones, considerar como artificiales e inseguras las alzas de precios ocasionadas por estados transitorios de escasez mundial y preparar a nuestros productores para que hicieran frente con fortuna a las rehabilitaciones de los antiguos cosecheros, establecer zonas francas para las mercancías en depósito, tomar en serio las industrias derivadas de la caña, la del tabaco, educar para la agricultura a los cubanos, acordar aranceles lógicos, implantar las refinerías en Cuba, defender a los productores contra los usureros estimular el aumento de la ganadería, posibilitar la población blanca, colonizar de modo racional, industrializar la agricultura, diversificar las siembras.

Arango habla de los períodos de miseria y de los de prosperidad, aquéllos debidos al atraso de la agricultura y del comercio,

y éstos logrados por circunstancias ajenas en todo al trabajo y a la gestión de los gobernantes y productores de Cuba, como ha ocurrido después la mayor parte de las veces. Así, dice en Madrid estas cosas nunca bien comprendidas, con respecto a las épocas de ganancias traídas por la guerra de 1779 contra los ingleses y por la sublevación de los esclavos haitianos:

¡Ojalá que a tantos bienes se hubiera reunido la ventaja de saber aprovecharlos! Pero cuando volvió la paz, cuando zarpó la escuadra, cuando se ausentó el ejército, cuando nos vimos solos y ajustamos nuestras cuentas, fue cuando conocimos que apenas quedaba en nuestro poder el diezmo de las riquezas que allí se habían derramado. Las demás se escaparon al extranjero en cambio de bagatelas, y lo peor es que aún de este corto resto, la mayor parte se había empleado en el fomento de haciendas que no daban los costos cuando faltó la abundancia de consumidores.

Hoy, en más feliz situación, por el funesto incremento que han tenido las desgracias del vecino, vendemos nuestros azúcares a un precio ventajosísimo; pero mañana ¿qué habrá? He aquí el verdadero cuidado que debe tener la isla de Cuba.

En la comunicación anunciadora del *Discurso* de 1792, Arango decía que era preciso mirar la calamidad que sufría la población francesa de Santo Domingo

...no sólo con compasión, sino con ojos políticos.

Esa es una frase eterna. El estadista observa los acontecimientos *con ojos políticos*. El estadista ve la sucesión de los hechos, en donde el imprevisor no encuentra más que motivos de reflexiones tristes, o de lamentos, o medios de lucro fácil. Y mientras éste se agazapa y esconde la cabeza como un avestruz, aquél se prepara a luchar con los elementos que encuentra, saca energías de su propia debilidad y evita el descalabro o lo hace menos peligroso. Es que ha mirado *con ojos políticos*.

La lección del mapa.

Arango Parreño sabía estudiar el mapa. Es el mapa un instrumento de fecunda labor, si lo utiliza un hombre de proporciones de estadista. En el mapa se dió cuenta Arango de la situación

geográfica de Cuba. Miró los pueblos circundantes y conoció la historia de todos juntos. Sus deducciones fueron las lógicas de quien se siente preocupado por el futuro del grupo humano a que pertenece.

El mapa le dijo que está Cuba en un lugar privilegiado del mundo, hasta el punto de que puede convertirse en el centro comercial de este hemisferio, sólo con un poco de previsión y de trabajo útil. La hoy llamada fatalidad geográfica, en que algunos gobernantes del Norte basaron su *política de la fruta madura*, era entonces una realidad ventajosa. De nosotros ha de depender en todo instante el disfrute feliz de esa realidad, porque los pueblos forjan su propio destino.

Arango no pensó en el azúcar como en la única fuente de riqueza, aunque la tomó bajo su protección. Ciertamente, en sus días, era el que se podía llamar "fruto de extracción". Y verdad es que reprodujo estas palabras de un autor francés:

El azúcar, la más rica e importante producción de la América, bastaría sola para dar a la isla de Cuba toda la felicidad que está ofreciéndole la madre naturaleza.

A pesar de eso, es preciso afirmar que en su *Discurso sobre la agricultura* procuró "...fomentar la exportación de los frutos de la isla de Cuba", porque nada es más cierto.

No podía ser de otro modo, si quería precaver a Cuba contra un porvenir lleno de duras zozobras económicas y políticas. Bien sabía él, porque lo había estudiado afanosamente y porque en penetración lo superaban pocos, que los cultivos debían ser diversificados para crear la verdadera estabilidad pública.

Ya en su tiempo había sufrido la incipiente colonia las consecuencias de las fluctuaciones del mercado, aunque ese mercado era exiguo y estaba sujeto a las arbitrariedades de la Casa de Contratación. Y entonces era también una verdad, como lo ha sido luego y siempre, que la imprevisión del monocultivo es el peligro mayor para la economía de los pueblos.

Así, cada cierto número de años, inevitablemente, vivimos, igual que en aquella época, la dramática angustia de un pueblo en crisis. La producción de azúcar nos ahoga. Los precios bajan. Los campos se mustian. El trabajo decrece. Los hombres

vagan de lugar en lugar, en busca de ocupación y de comida para sus familiares. Y nos dedicamos en cada ocasión a lamentar la suerte contraria que sufrimos periódicamente. Cruzados de brazos sentimos llegar la miseria, y cruzados de brazos vemos cómo retornan los períodos de bonanza, durante los cuales tampoco sabemos prepararnos con la indispensable previsión para evitar nuevos cataclismos económicos.

Todos los acontecimientos ocurridos en la economía cubana han tenido una repetición curiosa al través de dos siglos. Parece que se ha dado en nuestro país un peculiar fenómeno histórico de retorno al pasado, como si en estas cuestiones se obedeciera a un eterno *leit-motiv*, a un tema nunca desarrollado de modo perfecto. Cada período de trastornos de las demás naciones, por una causa siempre bélica, ha tenido repercusión en Cuba, y el efecto ha sido intensificar la producción azucarera. El oro del mundo ha inundado nuestra isla, sin mayor provecho. Cortos como han sido esos momentos de fabuloso auge, nada han enseñado a nuestros hombres, que han vivido espléndidamente de los millones inesperados. Las ganancias increíbles, logradas casi sin el esfuerzo de nuestros productores, sin mayores riesgos, sin una inversión muy superior a las de tiempos normales, han perturbado siempre la moral económica de los hacendados y capitalistas de Cuba, han creado un concepto artificial de todos los problemas vitales, han dejado en nuestro espíritu unas como subcapas de morbosos providencialismo que es funesto para el desarrollo de la vida nacional. Porque en asuntos que deben ser tratados con la mayor seriedad científica y con la previsión inherente a un hombre de Estado, hemos tenido la ligereza de los deportistas y la despreocupación de los improvisadores.

Arango propuso el remedio en su informe de 1792.

Bien veo—dice—que no es ésta la ocasión oportuna de hacer un arreglo fundamental en nuestros aranceles; porque subidos los precios del azúcar exorbitantemente con la desgracia del Guarico, todo está fuera de nivel, y el vendedor y no el consumidor es el que pone la ley; pero lo cierto es que las demás naciones siguen con sus ventajas, y si nos descuidamos, podremos llegar a tiempo que nada nos aprovechen las medidas que tomemos, esto es, cuando los franceses hayan recobrado sus fuerzas y cuando los ingleses hayan tomado en este ramo la superioridad decidida que

les deben procurar sus conocimientos y cuidado en protegerlo... La misma ventaja que hoy logramos en la venta de los azúcares puede sernos funesta, si no la sabemos aprovechar. Ya he dicho y repito que si se quiere fomentar este ramo, es menester que obremos como si estuviésemos en los tiempos anteriores a la insurrección de los negros del Guarico, para que, cuando vuelvan, no nos encontremos en el triste caso en que estábamos.

¡Cómo verán evidentes esas verdades los que eran ya hombres cuando estalló la guerra europea en 1914 y presenciaron la fiebre de azúcar que se apoderó del cuerpo económico nacional, y los efectos de una locura colectiva que ya había sido estudiada por Arango y Parreño! Recuerdo que yo era jefe de un periódico de provincia, y que inicié una campaña para que todos los ingenios destinaran tierras suyas al cultivo de otros frutos. En esos meses los grandes centrales habían empezado a destruir nuestros últimos bosques y a prohibir terminantemente la siembra de frutos menores. La isla de Cuba se convertía en un enorme cañaveral. Los intereses creados que sostienen y usufructúan toda publicación impusieron el cese de aquellos artículos previsores. Pocos años después, vimos las caravanas de familias hambrientas por los caminos próximos a los yermos campos en que todo había sido antes caña y riqueza fugaz. Y recuerdo también que en 1920 don Miguel Arango, nieto del habanero ilustre, presidente de los hacendados y colonos, instaba a sus compañeros para que vendieran su azúcar al precio altísimo en que se mantenía aún entonces, y que en una reunión borrascosa de aquella corporación algunos improvisados ricos lo acusaron de *bajista*, que era tanto como traidor a la clase. Don Miguel Arango, que no parecía jugar a la baja con los intereses de sus consocios, que veía claramente la inestabilidad de los insólitos precios, salió del recinto poco menos que acosado por una jauría de irritados economistas tropicales que aspiraban a imponer su voluntad al mundo. Dos días después, andaban aquellos airados señores solicitando, desesperados, un comprador que adquiriera su azúcar al bajo tipo de plaza, para detener su ruina ya inevitable.



Lo que es, lo que debe y puede ser Cuba.

Arango Parreño logró que fuera establecido en esta ciudad el Consulado de Agricultura y de Comercio. Tuvo la suerte de que junto al rey de España había hombres de suficiente comprensión, que facilitaron su obra. El *Discurso sobre la agricultura* se hacía tangible. Para ello, viajó Arango por varios países, en unión del conde de Casa Montalvo, a fin de conocer los progresos agrícolas e industriales de aquellos pueblos y trasladar sus adelantos a Cuba, como lo hizo con la introducción de la caña de Otahití y con las maquinarias modernas.

La real orden de 4 de abril de 1794 dispuso la instalación de ese Consulado con poderes para promover el bienestar de la Isla. En la regla 22 de esa real orden se encuentra el objeto del nuevo organismo:

Esta Junta para llegar al útil, e importante fin de su establecimiento deberá procurar por todos los medios posibles el adelantamiento de la agricultura y el comercio, la mejora en el cultivo y beneficio de los frutos, la facilidad en la circulación interior, y en las expediciones mercantiles fuera de su distrito; en suma cuanto parezca conducente al mayor aumento y extensión de todos los ramos de cultivo y tráfico. *Boletín del Archivo Nacional*, 1930, Pág. 51.

El Síndico de aquel Consulado, que era el propio Arango, tenía la misión de

...promover el bien común de la agricultura y del Consulado y defender la observancia de lo contenido en esta Cédula. *Idem*. Pág. 60.

En ciertos momentos es preciso trasladarnos al pasado remoto, vivir un poco aquellos días desorientados y llenos de incertidumbres, que por nuestra desdicha se han repetido de trecho en trecho al través de muchos años.

Nos representaríamos a los hombres reunidos el 10 de abril de 1795 para constituir el Real Consulado de Agricultura y de Co-

mercio, en un salón del Ayuntamiento, en esta misma casa, posiblemente aquí mismo. Eran hacendados y comerciantes que recibían del rey el encargo de fomentar la prosperidad de la Colonia y de estudiar y resolver los pleitos mercantiles.

Nada se había visto que tuviera tanta importancia como aquella junta. Las asambleas que antaño celebraban los procuradores de los ayuntamientos fueron de trascendencia escasa, sobre todo porque no obedecían a un plan. Arango Parreño venía con el suyo, aprobado en Madrid y respaldado por la voluntad de quien era todavía monarca absoluto.

En la junta, el Síndico, designado con poderes amplios y con funciones definidas y bastantes para intentar la realización de su proyecto, dijo esto, que es también de actualidad:

Considero además de esto que antes de hablar de remedios deben conocerse los males, que al método curativo ha de preceder el estudio de la naturaleza del enfermo, del régimen que la ha alterado, y de los diferentes síntomas que caracterizan la dolencia; y que por esta regla no debemos ocuparnos en descubrir los medios de fomentar la agricultura y comercio de esta isla sin que sepamos lo que es, lo que debe y puede ser, en qué consisten sus bienes, y más que todo sus males, y dónde le han provenido, y si nuestras facultades bastan para desempeñar nuestro vastísimo encargo. La mayor parte de estos temas están tratados también en el papel que os presento, pero en tan débil escrito no es en donde encontrareis motivos que les recomienden. En vuestra propia meditación. En la utilidad de obrar con orden, y sobre todo en la necesidad de iluminar a un público numeroso. Yo respeto más que nadie o tanto como el que más al que actualmente servimos, pero hablando en general, ni le supondré ilustrado de aquellos preliminares, ni menos convendré en que sin ellos contribuirá gustoso a la obra de su felicidad. Si vosotros lo dudais, consultadle en este instante preciso en que principia él mismo a cuidar de su fortuna, y le hallaréis tan lejos de aquellos principios como de su verdadero interés, tan cerca de la indiferencia, como de la desconfianza, y tan lleno de deseos como de dificultades. Su cuidado se reduce a preguntar por todas partes, y ver si puede indagar cuál será el primer favor que recibirá de esta Junta, pero sin tocar siquiera la dificultad de la respuesta, sin advertir que para ella, al menos en mi opinión, es preciso examinar, analizar, y apurar todo lo que en sí comprenden aquellos antecedentes. *Boletín del Archivo Nacional*, 1930, p. 62.

Ahí está, en esa síntesis, todo lo que representa Arango Parreño en nuestra evolución hacia la Colonia. Previamente había estudiado lo que es, lo que debe y puede ser la agricultura, y había encontrado prontamente los remedios. Sabía que nada se obtiene, en estas cuestiones, sin un orden para proceder, y que es indispensable ilustrar, educar, conducir a todos los interesados, cuyo grado de cultura y de preocupación por estos menesteres calibraba bien, hasta el extremo de calificarlo

... tan cerca de la indiferencia como de la desconfianza, y tan lleno de deseos como de dificultades.

Probaba su valer de estadista en esa ojeada sagaz de conjunto. Lo que caracteriza al hombre de gobierno es el dón de saber advertir a dónde va y por qué se ha trazado un derrotero. Y como no le es posible esperar al planteamiento de los conflictos, para dar entonces una solución de urgencia que únicamente aplace la crisis o la catástrofe, se adelanta a investigar la naturaleza de cada cuestión y el remedio adecuado, o el que las circunstancias permitan aplicar. Esa es la diferencia que hay entre el estadista y el mero gobernante que sin capacidad ocupe el poder. Para los pueblos puede ser felicidad tener a un estadista en la alta dirección de la vida nacional, porque mientras un hombre de esa envergadura prepara el porvenir, el gobernante se limita a permanecer o perdurar en el cargo —mucho tiempo si puede— y a soslayar desesperadamente los problemas, sin demostrar preocupación por los desastres que provoque. Gobernantes hemos tenido en enorme cantidad. La no realización de los planes de Arango Parreño nos dice con dolorosa evidencia que nuestros estadistas se han visto imposibilitados de gobernar.

En la junta de gobierno que el Consulado celebró el 22 de julio de 1795 el Síndico Arango Parreño dijo que

... en la economía civil antes de proyectar reformas y mejoras parece que debía ser un requisito indispensable el conocer a fondo la situación del cuerpo político, sus alcances y recursos, sus vicios y enfermedades, sin cuyo conocimiento se exponía uno a errar sus operaciones. Que a este tenor hubiera deseado ver trazada por unas manos como las de los señores comisionados una especie de mapa político de nuestra isla, que manifestase con individualidad su situación, recursos y fuerzas actuales en cada ramo para poder aplicar los remedios con más acierto y conocimiento.

Muchas veces han deplorado los hombres públicos de nuestro país la falta de ese "mapa político", que viene a ser lo mismo que la falta de estadísticas e informaciones, preparadas con interés y con honestidad científica, para saber al fin lo que somos y lo que podemos.

La instrucción primaria.

Arango tuvo como una de sus máximas preocupaciones, y ya lo dice en el *Discurso* de 1792 y luego en todos sus informes y escritos, la de la educación de nuestro pueblo. Al ir a ocupar su cargo de diputado en las Cortes de Cádiz, envió una *representación* a la Junta Provincial que lo había designado, en la que proponía la creación de escuelas primarias. Fué en 1813. Hay que recalcar la fecha. Donó a Güines ocho mil pesos para fundar una escuela primaria gratuita, fabricó el edificio, que aún se mantiene y cuyo costo fué de treinta mil pesos, ofreció trescientos pesos mensuales para el sostenimiento de las aulas, y por fin hizo venir un maestro para implantar el sistema lancasteriano de enseñanza.

La instrucción primaria gratuita era cosa ignorada en Cuba y en España por aquella fecha. Nadie se interesaba por que el pueblo supiera leer y escribir. Arango Parreño, en esa *representación* de 1813, decía:

Casi toda la población rústica de nuestra Isla (esto es, los principales instrumentos de nuestra fortuna), y gran parte de la urbana, no sabe leer ni escribir. No sabiendo leer, no puede saber, *como corresponde*, lo que es Constitución; y no sabiendo como *corresponde* lo que es Constitución, ni puede amarla ni defenderla *como corresponde*...

Comisionado por el gobierno de Madrid para formar un plan de estudios, Arango preparó un programa completo que prueba hasta dónde llegaba en aptitudes para esas disciplinas tan diferentes de las que hasta entonces había cultivado.

Promovió con Luz Caballero la creación del Instituto Cubano, que debía estar bajo la dirección del filósofo.

Cooperó siempre en toda labor que propendiera a la educación pública, por ser un convencido de que la enseñanza transforma a los pueblos y es elemento esencial para las evoluciones de la economía. Sus informes, o *representaciones*, tienen muchas referencias a la instrucción pública, y denotan un afán sostenido en propagarla. Sería interesante hacer aquí un estudio de las ideas pedagógicas de Arango, pero ha de bastar por ahora con esos datos.

Arango español.

Piensen con exactitud los que sitúan a Arango dentro de la órbita de la política española. En verdad, nunca fué un revolucionario violento, ni un patriota independentista americano. Arango fué un español nacido en Cuba, un estadista que dedicó a su provincia olvidada un enorme talento, una sorprendente laboriosidad y una gran influencia sobre los gobernantes de Madrid y sobre la mayor parte de los capitanes generales que vinieron a La Habana. De familia noble, rico, investido de honores y poderes por los representantes oficiales de aquella sociedad, se consagró al bien de la isla natal y pudo alcanzar algunas conquistas económicas y sociales, y eso lo consideró su deber. No encontraba Arango diferencias, ni las hubo, entre los personajes de España y él. Vivió en su comunidad, allí fué respetado y querido, y allí se casó. Todas las facilidades y todas las dificultades de un español de la época le fueron conocidas, pero ni las unas ni las otras las disfrutó o padeció por ser americano. Tuvo una concepción totalitaria del patriotismo, y dentro de ella un propósito local, provinciano, que favorecería el desenvolvimiento fácil de la economía del conjunto. La incomprensión, la ignorancia, la maldad de los políticos y de los traficantes con el dolor, con la miseria o con la esclavitud, fueron combatidas por él como lastras del sistema. Pero en sus luchas no había distinciones entre el peninsular y el ultramarino.

Arango conoció de las preeminencias de su alta clase social, y dentro de ésta fué uno de los aristócratas más liberales. Su li-

beralismo era ciertamente conservador, aunque no dejaba de tener atisbos revolucionarios.

Revolución era, para su tiempo, abrir los puertos de Cuba al comercio mundial. Revolución era suprimir el estanco del tabaco. Revolución era cambiar la rutina de nuestra agricultura. Y lo era también difundir la instrucción primaria, crear industrias agrícolas, modificar los aranceles. Y sobre todo, y esto de un modo eminente, mirar hacia el mapa y comprender la misión histórica de Cuba.

Nada había sido intentado en ese sentido en España o en América, a pesar de las prudentes indicaciones del conde de Aranda, que por su fuerte previsión política habrían traído sin duda criterios más ajustados a la verdad nacional. Arango procuró todo eso para Cuba, con el fin de hacer la prosperidad de su tierra, provincia de España. Quería la unión eterna de Cuba con la metrópoli, y buscaba los medios de producir riqueza en ella para que desaparecieran los posibles motivos de disgusto y no arraigaran los deseos separatistas. Creía firmemente que el estado de atraso, de injusticia, de abandono y de miseria explotada en que vivía el resto de la América había causado la insurrección. Una de sus finalidades era la de quitar a Cuba del sendero revolucionario político, en que veía gran número de calamidades y peligros. Porque Arango temía a la vez los trastornos de la demagogia y los del convulsionismo, y las asechanzas de una anexión, ya fuera a la nascente república norteamericana o a cualquier potencia de Europa. En carta de 1816 decía al Ministro de la Corona, don Pedro Ceballos, que la desesperación y el descontento podían abrir "...las puertas de Cuba a alguna nación envidiosa". Terminaba formulando su voto por que nuestra isla fuera en todos sentidos una de las provincias de España:

Este es mi deseo, menos por el bien del momento, que por llevar al sepulcro el dulce consuelo que mis paisanos se conserven en los tiempos más remotos, tan fieles vasallos de S. M. C. como lo ha sido y será siempre.—*Francisco de Arango.*

En un manifiesto de 1821 rechazó Arango la afirmación de que él había propuesto en 1808 la formación de una Junta provincial para Cuba. La Junta flotaba en el ambiente, y Arango la

aceptaba, como su propio enemigo y contradictor el conde de Casa Barreto. Así lo aclara en esta forma:

...yo no fui autor de semejante proyecto y sólo tuve parte, primero: en los prudentísimos y saludables medios que se adoptaron para manifestarlo al público, y segundo, en hacer que se cumpliera el juiciosísimo acuerdo de que no tuviésemos Junta, o que fuese con el debido aplauso. BACHILLER: obra citada, t. III, p. 22.

Calificaba de delirios los propósitos de independencia. No conocía más que los disturbios, los desastres y la inseguridad sobre el porvenir de las nuevas naciones de América, y como contraste se aferraba al concepto de Estado en que por su nacimiento y sus experiencias tenía a España. Precisamente por no haber dejado de ser en Madrid un español distinguido, un buen español de noble cuna, con todas sus prerrogativas y por haber sido atendido y respetado, concebía la posibilidad de integrar una gran nación con todas las provincias lejanas del imperio colonial y con la península ibérica por metrópoli. Por lo menos no concebía la separación de Cuba.

Pero su amplio ideal estaba asentado en una fidelidad lograda por la justicia y por el bienestar. Los españoles de todos los continentes debían seguir bajo su bandera política por una voluntad propia basada en la compenetración y la convivencia.

Arango puso en práctica su plan con respecto a Cuba. El Consulado de Agricultura y de Comercio y la Sociedad Económica de Amigos del País fueron los medios de que se valió, y luego el Consejo de Indias, alto organismo al que fué llamado. Las Memorias de la Sociedad Económica y las obras de todo carácter público que inició en ella o en el Consulado, o en que intervino, prueban bien claramente una orientación sostenida, producto de algo más que un simple deseo altruista y cooperador.

La riqueza que vino con aquellos adelantos transformó la fisonomía de la Colonia. Otros conceptos de la política se filtraron en la vida local. El comercio libre trajo el intercambio de ideas. Ya no era tan fácil cumplir la orden de Carlos IV de

...que no se hiciera general la ilustración en la América.—
MANUEL MARTÍNEZ MOLES: *Contribución al Folklore*, 1926, t. I, p. 67.

La Sociedad Económica y el Consulado tenían la misión de hacer general la ilustración. Y las consecuencias se sumaron inevitablemente: el estudio y la crítica, la duda y el descontento, las luchas pacíficas, los intentos de alcanzar por la razón mayor suma de libertades, la protesta y la rebeldía.

Todo lo que Arango quería impedir, sucedió a pesar suyo porque faltó la estructura general de la nación española, porque su pensamiento españolísimo era superior a lo que entonces bullía en la corte de unos reyes incapaces.

El avestruz del Trópico.

No han sido tratadas las numerosas facetas de la personalidad de Arango, sino las que eran necesarias para intentar una interpretación de nuestra realidad económica.

Factoría era Cuba cuando Arango empezó a trabajar por su progreso. Una factoría más, entre las usuales que eran explotadas por el rey de España y sus gobernadores y sus delegados en la Casa de Contratación.

En los días de Arango, el economista encontró muy serios obstáculos para triunfar. Se interpusieron entre él y sus planes la ignorancia, la rutina, el negrero —cubano o español—, el contrabandista, el funcionario, que casi siempre era en una pieza contrabandista, negrero e ignorante.

Después, él mismo pudo apreciar que algunos de esos obstáculos cambiaban de meridiano y de personas. Vivió los tiempos del Congreso de Panamá, y a su certera mirada no pudo escapar la intención de Jefferson.

Son ya obstáculos tradicionales, los que detienen, los que amarran, los que impiden, y que han tornado difícil la obra de los cubanos para constituirse o rehacerse.

Arango tuvo los ojos bien abiertos, y la palabra pronta para advertir. Jamás negó los peligros circundantes, porque tenía la

noción exacta de su deber. Habló cuerdamente al pedir que tuviéramos

...dentro de casa aquello que sea indispensable para conservar la vida, en el remoto caso de que cesasen del todo los cambios ultramarinos. Nadie que lo piense un poco podrá decir que nos falten abundantes provisiones para tan terrible momento... *Resumen de mis ideas.*

Otro sabio, que era además economista, el barón de Humboldt, adelantó lo que lógicamente debía ocurrir en la producción de Cuba:

No... se abandonará el cultivo del azúcar y del café, pero no quedará como base principal de la existencia nacional, como no es para México el cultivo de la cochinilla, ni para Guatemala el índigo, ni para Venezuela el cacao. *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, t. II, p. 22.

Obstáculo tradicional, y de los más fuertes y tenaces, el cultivo único fue visto por Arango como inconveniente.

No fué el economista un avestruz más para esta tierra pródiga en avestruces. Pero su esfuerzo y sus ideas no hacen camino con la debida rapidez.

Una región cualquiera de Cuba serviría para probarlo. En 1860 cruzó por varias provincias cubanas el historiador español don Ramón de la Sagra. Veamos lo que dice en un párrafo de la descripción de su viaje:

Todo el valle de Trinidad pertenece a un corto número de hacendados, que le han cubierto con sus ingenios y potreros, sin dejar casi nada para los cultivos menores de los *sítios* y *estancias*. De aquí la carestía de las viandas y legumbres, que he mencionado antes, la falta de ocupación para el pobre cultivador, y por ambas causas, el incremento de la miseria y del pauperismo. *Historia...* p. 81.

Miseria, pauperismo... Esa ha sido siempre la realidad dramática de nuestro pueblo. Las personas felices no se han molestado en ir a buscar, en su centro, las causas de nuestras profundas subversiones. En el fondo de cada conflicto se hallan el pauperismo y la miseria, cuyos creadores son los que han organizado

la economía deficiente de esta isla, economía que Arango trató de balancear.

Cada vez que hemos tenido una "danza de millones", recibida con admiración y placer por los que sólo ven la superficie, hemos aumentado la caravana innúmera de los miserables y de los depauperados.

Y es que la riqueza insólita es origen de ruina para los pueblos, porque no es riqueza estable. Siempre ha ocurrido así en Cuba, al menos, y para probarlo habría querido traer una reseña corta de los ciclos de prosperidad y de bancarrota que después de Arango hemos sufrido.

El pasado debería ser el mejor maestro de los cubanos, y con la historia se podría hacer un programa de acción para nuestro país, confirmadas como han sido las previsiones de economistas como Arango y Pozos Dulces, entre otros.

Los avestruces hacen con la historia un programa negativo, lleno de frases huecas y de lirismo infecundo. Elogian la feracidad del suelo cubano, que produce zafras de cuatro millones de toneladas, y quieren que todo sea azúcar, o lo han querido, para saciar de oro a los interesados. El resto de los habitantes de Cuba ha vivido a veces sometido a la necesidad, a la urgencia de producir azúcar en las máximas cantidades para enriquecer en las máximas proporciones a un grupo exiguo de personas y personajes, de poderosos, extranjeros en su mayoría.

Pero el cubano niega, porque en nuestra vida hay el morboso empeño de ignorar las realidades. No es porque se desee lo mejor, sino que se responde a la tendencia de negar todo lo que pueda despertarnos del sueño de optimismo en que ocultamos nuestra incapacidad de ver lo que otros, como Arango, nos han dicho para mostrarnos el error. Negamos, para hacer ruido y para sustraernos de la luz que nos quitaría la ilusión de vivir en el mejor de los mundos posibles.

En lo económico, todo es espejismo para el cubano. Desde muchos años atrás la producción de azúcar hace su labor de morfina en los nervios del nativo. Adormece, calma, y depaupera al fin. El azúcar ejerce su fascinación, promete la opulencia rápida, cruza por el mercado en medio de un deslumbrante prodigio de

millones y acaba a veces por empobrecer al que le haya dedicado ingenuamente la totalidad de sus actividades.

Repetida la terrible enseñanza de ocho en ocho años, o de veinte en veinte, cree cada uno que el hacendado o el colono en la miseria quedaron así por su mala comprensión de los negocios, y no por la inevitable ruina que siempre ocasiona el desconocimiento de las leyes de la economía.

Por la caña de azúcar hemos sacrificado la prosperidad mediana que gozan los pueblos felices, y que Arango deseaba para nosotros, y también, especialmente, Pozos Dulces. A la caña de azúcar hemos dedicado nuestros campos, supeditado nuestro sistema arancelario y hasta nuestra vida internacional. La contribución de Cuba a la victoria de los aliados de los Estados Unidos, en la guerra europea, fué de azúcar, a un precio bajo que retribuía bien porque la organización nacional ponía en esa producción todos sus afanosos cuidados. Prohibidos los movimientos proletarios, sofocadas las protestas, ahogadas las manifestaciones de rebeldía, todo quedaba relegado ante el interés de los explotadores de las zafras. Una prosperidad aparente, artificial, cubría la superficie de la Nación. Nada vivía, fuera de la atención a la caña de azúcar. Las empresas impedían sembrar frutos menores en las tierras que daban a cultivar a sus colonos, y bien armados y omnipotentes gendarmes hacían cumplir de modo convincente esas prohibiciones. Cuba traía de fuera, importaba, todo lo demás, porque necesitaba producir sólo caña para exportar únicamente azúcar. Para llegar a los millones de toneladas que debían inundar el mercado mundial, eran pocos los brazos baratos o caros del país, y la Administración no negaba los permisos para "contratar" inmigraciones indeseables, que nos inocularían más vicios y aumentarían a la larga nuestra miseria. Esclavos del siglo XX, venían, como los de otros tiempos, a perturbar la economía de esta tierra.

La caña de azúcar ha sido como el valladar alzado por el avestruz del Trópico. Se niega, siempre se niega por nuestros economistas al menudeo, que estemos, no en crisis, sino en bancarrota. Y como la vitalidad de nuestros campos es sorprendentemente fecunda, y como la ley de la gravedad de los conflictos no produce resultados fulminantes, pues tiene sus ciclos, sus años de estabilidad y sus treguas antes del estallido, parece que los proble-

mas se inclinan a la solución más suave y que nada serio ocurrirá. Y así vivimos en un estado de mesianismo absurdo e imprevisor, en la tierra de Arango Parreño. Esperamos que todas las tormentas se disolverán como tempestades tropicales, o que un poder extra nacional vendrá a socorrernos en la caída. Y nos arruinamos de modo inexplicable por conquistar a los que no han de tener más interés que nosotros mismos en sostenernos.

Es preciso que el avestruz del Trópico saque la cabeza de debajo del ala y vea en torno los peligros, y sobre todo las posibilidades para su vida que ya desde hace siglo y medio supo advertir con su penetración de estadista don Francisco de Arango y Parreño.



Índice.

| | <i><u>Págs.</u></i> |
|--|---------------------|
| Nota Preliminar, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i> | 5 |
| Antonio Medina y Céspedes, el Don Pepe de la raza de color, por <i>Angelina Edreira de Caballero</i> | 7 |
| Juana Borrero, la adolescente atormentada, por <i>Angel I. Augier</i> | 29 |
| José Manuel Mestre. La Filosofía en La Habana, por <i>Car- los Rafael Rodríguez</i> | 63 |
| Arango y Parreño. Ensayo de interpretación de la realidad económica de Cuba, por <i>Enrique Gay-Calbó</i> | 81 |

